



VIAJE A
NORRKÖPING

PAULA PERELLA SÁEZ

LUNAR DE MEDIA
LUNA II

VIAJE A NORRKÖPING

Lunar de Media Luna II

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Viaje a Norrköping*

© *Paula Perella Sáez*

Primera edición en papel octubre 2015.

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Elena Calderón Pera*

VIAJE A NORRKÖPING

LUNAR DE MEDIA
LUNA

PAULA PERELLA SÁEZ

*A los que me quieren
porque aunque no me lo digan, yo ya lo sé.
Para Lluc, la Estrella Polar de mi noche.*

Índice

Prólogo I.

Prólogo II.

La búsqueda de lo perdido, el deseo de lo olvidado.

La esperanza es una retahíla de expectativas sin cumplir

Los hombres siempre han sido perjuros.

Cuando el hielo se resquebraja.

Llegar a Reinøya sin desesperar.

Todas las mujeres zurcen.

En el censo de Norrköping.

De viaje con Lisa.

Ver a Arn, solo quiero eso.

En el interior de un dolmen.

Aullarle a un histérico.

Algo sencillo y en el campo.

Hacia el este, hacia el oeste, hacia el cielo y hacia la tierra.

Completo e incompleto no son incompatibles.

Sobre la autora

El nombre de la piragua

Prólogo I.

Los gritos de la mujer eran fuertes e incluso se tornaban agónicos. Algo no iba bien.

—No sé si sobrevivirá —le dijo uno de los ancianos al esposo—. Son dos y Narök no está entrenada lo suficiente.

—¡Narök! —llama con rabia el desesperado esposo y la niña entra en la choza de palos y barro.

—Narök —se dirige a ella, cogiéndola del hombro—. Intenta algo antes de que sea tarde y mueran los tres.

La niña, asustada, pone una mano en la barriga y otra en la vagina. Su cabello, antes rubio casi blanco se vuelve negro y sus ojos celestes en un ámbar potente.

Comienza un cántico con el que la mujer se siente mejor.

—Empuja ahora —le dice el anterior anciano.

Y tras varios intentos nace una niña con dos lunares de media luna, uno en cada sien.

—Tiene que salir el otro bebé pronto, o morirá —dice la madre, y vuelve a empujar para alumbrarlo, pero le cuesta más, está muy agotada por todas las contracciones.

En el exterior ya ha comenzado la tormenta y se oye al resto del poblado correr asustados. Un rayo ha alcanzado a una cabaña y la ha incendiado.

—Thor le está dando la bienvenida —augura el anciano.

—¡Empuja, Rard! —la anima su esposo Öðr—. Narök, ayúdala.

La niña Narök no ha cejado de su empeño con sus oraciones, está sudando y seguramente acabe agotada.

Tras muchos más intentos que con su hermana, al fin nace el segundo bebé, vivo para alegría de todos.

—¡Un niño con dos lunares! —dice orgulloso el padre tras haberlo examinado.

Narök deja su agotador trabajo y se levanta, tambaleándose, hasta la pared. Se queda allí apoyada sin que nadie le preste demasiada atención.

—Habrá que esperar para ponerles nombre —dice el anciano.

La gente grita cada vez más en el exterior y se oyen peleas. El valiente Öðr entrega los bebés a su esposa para salir de la choza a ver qué sucede y poner orden, pero se le adelantan: [Tryggr](#) abre de una patada la puerta de la cabaña. Está enfadado y lleva una espada en la mano.

Entra y, en dos movimientos, les corta la cabeza al anciano y a la niña.

—¡Tryggr! —le grita Öðr—. ¿Qué haces?

—Qué hacemos, dirás. Nadie en el poblado os quiere aquí.

Öðr se transforma en lobo y aúlla, llamando a las manadas libres a la guerra. Rard abraza a sus bebés, pero no tiene por dónde huir con ellos.

Mientras Tryggr y otros hombres de un solo lunar o sin ninguno luchan contra su esposo, ella coge un puñal y rasca la pared con todas sus fuerzas. Va abriendo un agujero por el que, de repente, se introduce una mano y arranca trozos de barro y varas de avellano. Rard la agarra con fuerza y la quiere cortar con el puñal.

—Rard, soy tu hermana —susurra la mujer del otro lado en cuanto nota el metal.

Rard sabe que así es porque cicatriza enseguida. Abren un agujero más grande y le pasa a los recién nacidos que lloran por el hambre y los gritos de las personas.

Los truenos no cesan de escucharse y los rayos golpean muchas de las cabañas del poblado.

Las dos mujeres huyen a los bosques, de donde salen los lobos que Öðr ha invocado.

—Hay un druida en el valle de al lado, él nos ayudará...

—¡Mi marido! —solloza Radr y se gira a ver el dantesco final del poblado.

—Si mueres tú, ¿quién criará a tus hijos? —la hace recapacitar su hermana—. Están haciendo «limpieza de Lunares». Dicen que ya no quieren a los puros, que los hemos utilizado durante siglos, que nos creemos mejores... Pero, sin embargo, Tryggr ha tomado a muchos de los que no tienen el lunar y los ha convertido en sus perros, en esclavos.

—Lo pagará, si Öðr no puede con ellos lo haremos nosotras... y si no, mis hijos.

Prólogo II.

—Mamá —le digo con cierto miedo, o vergüenza—. ¿Tengo los ojos raros?

—No digas tonterías otra vez y coge la cartera ya, que llegas tarde al autobús, ¡todas las mañanas igual!

Tan apenas me ha mirado a la cara, pero cuando me he lavado los dientes me he visto los ojos de color amarillo anaranjado de nuevo.

No quiero ir al instituto, me duele el estómago y tengo un nudo en la garganta. El imbécil de Paul volverá a meterse conmigo y no quiero que me vuelva a pasar como la otra vez; si vuelvo a meterme en otra pelea me expulsarán.

—Ray, tómate la pastilla —me dice mi madre con cierto enfado—. El autobús está llegando.

Salgo al jardín y mi hermana me pasa el brazo por encima de los hombros, sonriéndome. Lleva el pelo perfecto, rubio brillante y liso, y la camisa bien puesta. Yo, por mucho que lo intente, nunca logro estar tan arreglado.

—No te preocupes, Ray. Hoy va a salir todo bien.

Somos mellizos y no nos parecemos en nada. Ella es, lo que todos dicen, una chica guapa, que tiene soluciones para todo y que rara vez está enfadada. Bueno, con Paul sí se enfada, pero ella logra mantener la calma y le da su merecido sin meterse en ningún follón.

¡Jolín! Mañana, para colmo, tengo que ir a la consulta del médico ese, el que me pone el casco y me hace mirar a

una luz parpadeante. No entiendo nada y creo que ellos tampoco lo entienden.

Dicen que si podría ser epiléptico, o hiperactivo, o borderline... otros médicos dijeron que podría tener un tipo de esquizofrenia. Mis padres cuando oyeron esa palabra se pusieron a llorar, sobre todo mi madre.

Mi hermana dice que da igual lo que ellos digan, que ella me da la razón, pero ya se lo dije una vez:

—Es mejor que no me des la razón delante de ellos, Eve, o te llevarán de médicos como a mí para ver si estás loca.

—Ray, no estás loco. Yo te he visto, no estás loco. —Y me abrazó—. Tranquilo, solo quedan cuatro años para irnos a la universidad, allí haremos lo que queramos.

La búsqueda de lo perdido, el deseo de lo olvidado.

Me despierto agitada. Otra vez el sueño de Muriel y la gente ahorcada, morada y oscura, en el camino. Los gusanos recorrían su carne y vestimentas, la nariz de ellas cortada, y sangre goteando aún, casi coagulada, sin saber muy bien si arrastraban vísceras, al suelo.

—¡Eyra! Tranquila. —Me termina de despertar Arn—. ¿Qué sueñas?

—Lo de siempre Arn, lo de siempre —le contesto casi gimoteando. Me dan ganas de llorar, pero no quiero hacerlo. Tengo que superarlo ya.

—Creo que deberías buscar a alguien que te ayude a ampliar tus conocimientos para poderte sanar tú —me dice serio.

—Yo estoy sana, Arn.

Parece idiota a veces; no tengo fiebre, como bien, no me duele nada... ¡estoy sana!

—No duermes bien, Eyra. Yo me despierto casi todas las noches oyéndote sufrir en sueños, y luego te levantas de mal humor porque no te gusta que te vea así, a punto de llorar.

—¡No estoy a punto de llorar!

Si lo estoy, pero no me gusta que nadie se dé cuenta. No me ha gustado nunca y ahora tampoco. Soy fuerte y no tengo que llorar, pero últimamente lloro por todo; el otro día asistí un parto y lloré cuando nació la niña, me llamaron a sacrificar una yegua y también lloré... ¡Deja ya de llorar, estúpida Eyra!

—Eyra, vas a enfermar o me harás enfermar a mí porque no descansamos bien, ¿buscarás a alguien?

—Buscaré. Calla y duerme —le digo para poder dormir otra vez.

Pero ¿dónde busco? No sé quién podría ayudarme. Ya tomo las plantas del sueño, la dormidera y otras, pero casi siempre vuelvo a soñar. A mí misma no me puedo cantar los aullidos apaciguadores ni sanadores, esto no funciona así. Ha de ser otro aullador, y no conozco a ninguno.

Aunque quizás en la aldea de madre... quizás allí alguien sepa algo.

Me despierto y Arn todavía duerme. Es tan extraño tenerlo aquí, junto a mí, con los ojos cerrados y su nariz recta y terminada en punta hacia mí. Aunque por otra parte es como si siempre hubiésemos vivido juntos.

Deja siempre una marca de saliva en la almohada y le gusta asomar uno de los pies por debajo de las mantas y sábanas, aunque sea invierno.

Me levanto y me visto. Ojalá pudiera usar pantalones como él; cada día me resulta más penoso, más aburrido tener que ponerme todas estas capas y luego ajustármelas.

Para colmo, últimamente no tengo fuerzas para ajustarme el jubón como antes. Quizás sí sea cierto que ya no soy ninguna muchacha y mi cuerpo haya cambiado, de hecho cada día me canso más por los caminos y las laderas.

—Arn, a desayunar. —le beso en un ojo y abro uno de las contraventanas para que entre la luz.

Entra en el salón, que no se parece en nada a la cabaña en la que pasé el último año antes de casarme. Aquí tengo muchas comodidades que, aunque a veces me hacen sentir incómoda, como si yo ya no fuera la misma y fuera a convertirme en mi hermana la adinerada, por otro lado me facilita todo mucho más.

Por ejemplo, la chimenea no está en el centro, sino que está en un rincón y así la casa apenas se ensucia con el humo, las ventanas son grandes y entra el sol durante el día, la cuadra está abajo y deja el suelo caliente y no entran tantas moscas ni tanto olor a caballo.

—Eyra, acuérdate de que hoy no vuelvo hasta la noche, tengo que terminar de explicar el diseño de la torre nueva del reloj y luego pasaré a cobrar... y habrá bastante cola porque es sábado.

—Bueno, no te preocupes. —Y pongo cara de asco por culpa de la leche. La leche me está repugnando.

—¿Qué pasa? —se sorprende él—. ¿Está agria?

—Huélela, a mí me da ganas de... —Y salgo corriendo en busca de una palangana para vomitar. La cabaña, en este sentido, era más práctica; solo tenía que salir por la puerta en busca de un rincón.

—Has enfermado, Eyra, y te dije que pasaría —me regaña, como si no tuviera suficiente con el mal rato que estoy pasando de intentar vomitar lo que no tengo en el estómago, ¡si acabo de levantarme!

Cuando me siento mejor, bebo algo de agua y mastico una manzana, pero no la trago, me da miedo llenar el estómago y que vuelva a tener que vomitar.

—Arn, voy a ir a la aldea de mi madre, allí quizás sepan algo sobre el Clan —le digo como si le pidiera permiso, pero no entiendo por qué.

—¿A cuántos días está?

—No lo sé, primero tengo que preguntar a mi padre, igual querría acompañarme.

—Bueno, no tardes más de una semana, no quiero preocuparme —me dice con gesto serio.

¿Antes era así conmigo? No lo recuerdo, creo que era bastante más confiado, más despreocupado... ahora es como si fuera su hermana pequeña.

—Si te preocupas es porque te da la gana, ¿cuántas veces te he de demostrar que sola me valgo muy bien? Si quisiera aun te tumbaría, además, sabes que con los aullidos puedo defenderme perfectamente.

—Me da igual lo que digas, niña protestona —me dice serio—. Vas a tener cuidado y no vas a pensar solo en ti, vas a darte cuenta de que lo que tú haces me afecta, y ya vale de protestas... O le digo a tu padre que se venga a vivir con nosotros, y ya veremos a quién le da la razón.

—¡Eres un...! Eres... un gusano, por no decirte otras cosas —le digo entre dientes, enfadada, pero en realidad tengo que disimular la risa.

¡Padre en casa! No, por favor, ¡otra vez bajo el mismo techo no! Que aunque se ha calmado bastante sigue siendo un testarudo marimandón.

—Antes del próximo domingo estaré en casa de nuevo —acabo cediendo—, si fuera a tardar más te lo haré saber.

—Me voy ya, te dejo a Tyr. —Y me da un beso en la nariz.

Baja las escaleras y sale por la cuadra. La ciudad no está muy lejos, pero no obstante vivo en el campo.

Me dio mucha pena dejar la nueva cabaña, con el huerto arreglado, con todo el trabajo que dio adecentarlo y toda la gente que vino a ayudarnos. Le pedí a Padre que alguien lo usara, que no lo dejaran caerse de nuevo... pero no está muy cerca de la aldea y a la gente no le gusta estar tan alejados. La gente es timorata y medrosa, demasiado para el escaso peligro que hay en esta zona.

Recojo las cosas del desayuno y las limpio con el agua de la tinaja. Hoy no voy a ir al lavadero, hoy me voy de viaje a casa de Padre y luego a la antigua casa de Madre. Estoy nerviosa, ¿cómo será aquello? ¿La gente será amable? ¿Todavía quedará algo de Madre allí?

Me lavo la cara y me enjuago la boca; no quiero tener mal aliento por el vómito, así que mastico hojas de menta. Ya no me queda regaliz, así que tendré que recoger... ¡o comprar! Últimamente abuso de gastarme el dinero comprando las hierbas, pero es que ya no tengo tanto tiempo para ir a buscarlas. Sabía que al final iba a tener que cambiar por Arn, ¿él habrá cambiado por mí? Me parece que no, que sigue haciendo exactamente lo mismo que dos años antes de casarnos. No me parece justo, pensar en ello me hace hervir la sangre, ¿habré hecho bien en casarme con él? ¿Yo estoy hecha para esto, para estar casada?

Me ato el moño y cojo mi morral, en el que meto fruta, queso y pan; suficiente para el camino hasta casa de Reidar.

Bajo a la cuadra;

—¡Drakkar! Vamos —lo llamo.

«Drakkar» me parece mucho más digno que «Tyr», el pobre animal no se merece ese nombre. Acude con soltura, aunque el perro ya no es tan juguetón como antes, pero bueno, supongo que yo tampoco. Todos nos hacemos mayores.

Ensillo el caballo que me regaló Paiva y le reviso las herraduras. Parece que todo está correcto. Lo saco a la pradera, fuera de casa, y cierro la puerta con llave. Me aseguro de que todas las puertas y ventanas quedan cerradas. No viene mucha gente por aquí, pero nunca se sabe. Dejo la llave colgada en una de las ramas de un avellano que hace esquina con la casa, donde Arn y yo siempre la dejamos para que el otro la encuentre. Solo tenemos una, aunque Arn siempre dice que mandará

copiarla.

Ya me molesta el vientre otra vez, seguramente en un par de días sangre. Vuelvo a abrir la casa y subo rápidamente las escaleras. Me meto en nuestro dormitorio y cojo algunos paños para el viaje.

Bajo de nuevo las escaleras, cierro la casa y otra vez dejo la llave en el avellano.

—Sí, Drakkar, ¿tú nunca te olvidas de nada? —le digo porque me mira fijamente, como diciendo «¡Venga, vámonos ya! Tardona».

Monto en el caballo e inicio la marcha al trote. Hace meses que no veo a Padre y a Reidar. La verdad es que desde que mi cuñada Barbro parió a los gemelos no he ido, y eso ocurrió un par de meses después de la boda en otoño, con el Samahain, y ya estamos otra vez en verano, ¡casi medio año!

¿Estará más calmada o seguirá igual de reivindicativa, igual de territorial y celosa? Seguro que sí; la gente no cambia y mucho menos a mejor. Tienen el carácter que tienen y simplemente transforman las palabras, pero la manera de ser es casi siempre igual.

El camino al norte, para ir a la aldea es bastante recto y llano, es aburrido... Es demasiado conocido ya para mí. Parece que necesitara volver a ver sitios nuevos, sin embargo antes de viajar con el Druida no sentía esa necesidad. Me gustaba salir al campo abierto, salir de la aldea, ir al lago, buscar setas y bayas por el bosque, pero tampoco necesitaba nuevas tierras... y tras aquellos cinco años parece que lo echara de menos. Parece que me hubiera vuelto nómada y que no sé dormir todas las noches en el mismo colchón, que prefiriera a veces dormir al raso... y sin embargo, ¡cuántas veces soñé con dormir en un colchón de lana cuando tenía que dormir sobre mi capa en el suelo! A veces soy tan necia... o igual tenga ancestros samis como los tengo del Clan, de los svear y de los götar.

Paro en una pradera que cruza un arroyo. Es medio día y tengo bastante hambre. Como queso, pan y una manzana y a Drakkar le doy un tendón de buey. Una enferma, cuyo hijo trabaja en un matadero de la ciudad, me pagó con un saco lleno.

Veo regaliz y escarbo las raíces, las saco como puedo. Por lo menos el suelo está suelto y no tengo que hacer enormes esfuerzos por sacarlas sin azada, aunque Drakkar se anima al verme escarbar y me ayuda. Nunca creí que un perro pudiera serme útil para recolectar plantas. Con la navaja corto los tallos y lavo las raíces en el arroyo. Luego troceo los palos y los agavillo.

Vuelvo a montar en el caballo y sigo trotando a la aldea. Ya no queda mucho para llegar, ya he pasado el lago grande, el que algunos llaman Negro.

Oigo chiquillería a lo lejos; deben de ser los niños jugando por los campos, escondiéndose, o buscando topillos o cosas de esas. Ahora mismo me uniría a ellos en la búsqueda de algún tesoro vikingo.

Llego ya a los campos de labor y veo que el de Padre está bien verde, cultivado con coles, cebollas, nabos y rábanos, además de medio campo con cebada. Desde que usan un buey el cultivo es mejor, sobre todo porque aprovechan el estiércol para abonar la tierra.

Ya era hora de que Padre controlara su transformación y así poder usar animales todos los días.

Llego a la primera casa de la aldea y bajo del caballo. No tardan en saludarme algunos chicos;

—¡Hola Eyra! ¿Hay alguien enfermo? —Curiosear la mayor de las hijas de Sigríðr.

—No, Gry, solo vengo a ver a la familia. —Le sonrío.

Se parece bastante a su madre, pero aún no le veo la misma malicia que tenía ella a su edad.

Sigo caminando por la calle, saludando a la gente con la cabeza o deteniéndome a interesarme por algunos de los *fumos*^[1] que a veces sano. Llego a la casa de Padre (bueno, en realidad de Reidar), que está igual de descuadrada que siempre.

Se asoma Padre por la puerta de la cuadra; ha debido de oír los cascós u olerme. Aún conserva bastante el oído, y el olfato lo mantiene.

No sonrío exageradamente, pero sonrío, y me abraza.

Vaya sorpresa cuando me enteré que no escuchaba mis pensamientos, sino que los oía... huele el estado de ánimo. Comprendí muchas cosas, sus anticipos a mis malas contestaciones, el que me encontrara en el bosque si me escabullía... ¡Qué engañada me tenía! Llegué a pensar que era una especie de demonio, sin embargo alguno así lo creería si supiera quienes somos en realidad.

Me hace pasar dentro y se va a sentar junto a la mesa. Dejo el caballo en la cuadra y a Drakkar con él.

Sonríe mucho, casi me incomoda ¿Por qué sonrío así? ¿Qué pasa?

—¿Qué tal tu marido? —Y sigue clavándose sus ojos alegres sin cesar en el gesto.

—Bien —dudo—. Hoy ha ido de nuevo a la ciudad.

—Le va bien, eso es bueno. —Y parece que va a carcajearse.

—¿Estás borracho? —le pregunto extrañada.

Y se echa a reír. Debe de haber bebido.

—¿No lo sabes? Vaya partera, vaya curandera... ¡vaya mujer! —Y veo que se le salta alguna lágrima por la risa.

—¿De qué hablas? ¿Por qué bebes tanto? —Empiezo a preocuparme.

—Hija, te he olido cuando ibas por el Lago Negro. Hueles más que nunca.

Me hace sonrojarme. ¡Si me limpio todas las semanas en casa!

—Arn no me ha dicho nada, vaya... —me disculpo con vergüenza.

—No digas tonterías, ¿aún vomitas o ya no?

¿Cómo lo sabe? ¿Huelo a enferma? Espero que sea a enferma y no a vómito. Y si es de eso, ¿le hace gracia que enferme?

—No te entiendo, Padre...

—No me lo explico, Eyra. Que seas capaz de lo que haces en los demás ¡y no sepas sobre ti misma! —me reprende—. ¡Estás embarazada!

La verdad es que cuadra, pero no, me duele el bajo vientre y voy a sangrar.

—No creo Padre. —Siento algo de bochorno hablando de esto con él.

Nunca le he comentado mis sangrados, ¡qué va! Al Druida sí, pero a él no... Por decoro, no sé, supongo.

—Ya me lo dirás si quieres, pero el olfato lo tengo bueno.

Quedamos en silencio, enmudecimiento que esguidea queda interrumpido por Barbro, mi sobrina.

—¡Abuelo! ¡Dice Gry que la tía ha venido! —grita contenta.

—¡Barbro! —Y la cojo en brazos, aunque ya pesa bastante. La abrazo y beso en las tiernas mejillas que aún conserva regordetas.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Padre.

—Estaba con los gemelos en la plaza, con las otras señoras, ¿le digo que ha venido la tía?

—Si quieres sí. —Le sonrío.

Padre espera a que se vaya Barbro.

—Su madre sigue igual que siempre o peor: como un cencerro.

—¡Padre! —le regaño.

—La niña no me oye y sabes que tengo razón, incluso Reidar ha dejado de aguantarse las palabras con ella —protesta en su defensa—. ¿A qué has venido?

Ha sido tajante, ¿a qué he venido?

—Quiero ir a la aldea de Madre y saber más sobre el Clan.

—Allí no queda familia, ni creo que quede la casa donde se crió... —dice con la cara sombría, como la de siempre, la suya normal—. ¿Para qué?

—Tengo que aprender más. —No quiero explicarle todo. Yo tengo mis cosas que son solo mías, y a veces también de Arn.

—Yo no te acompaño, ve tú.

—Pero Padre, yo no sé el camino.

—Por el de la ciudad, hacia tu casa, pero en el Lago Negro has de ir al Este dos días más o menos. La aldea se llama Virsbo y está en una zona algo empantanada, pasa un río que se estanca.

—Gracias, Padre. —Y me dispongo a partir de nuevo.

Me da un beso rápido en la cabeza y me mete en el morral un trozo de carne seca.

—Le diré a Reidar que has estado. —Y me abre la puerta de la cuadra para que pueda sacar al caballo. Drakkar sale el último.

Me dirijo de nuevo hacia el sur, en dirección al lago Negro, al trote para que Drakkar pueda seguirme.

Empieza a anochecer cuando llegamos al lago, así que paramos la marcha y acomodo el lugar para pernoctar allí, alejados del lago para no coger humedad, junto a un fuego de abedul blanco.

No puedo cenar porque tengo el estómago revuelto de nuevo, así que mastico regaliz que, al menos, me alivia las náuseas.

¿Padre tendrá razón? ¿Lo habrá olido? Pero yo lo notaría, ¿no? ¿Acaso las mujeres no notamos esas cosas? ¡Y más yo! Ahora dudo. Estaba segura de que no estoy embarazada, pero ahora...

Pero no, imposible; me duele el vientre y se acerca la luna. Volveré a sangrar, seguro.

Me abrazo a Drakkar para conciliar el sueño. Ha empezado a tener pulgas con el buen tiempo, pero prefiero tener pulgas a pasar frío. Creo que me he vuelto un poco comodona; antes no me abrazaba ni a la burra, y ahora...

Me despierto con el amanecer y quiero desayunar, de hecho tengo hambre, pero nada más abrir la bolsa... vomito. El olor a la carne seca que me ha metido Padre me quita el apetito, quizás lo haya hecho a sabiendas. Con tal de que le dé la razón es capaz de cualquier cosa. No me extrañaría que no fuese simple casualidad.

Intento comerme una manzana, pero apesta a la carne. Este olor antes no me molestaba, es más, tan apenas lo notaba, ¡y ahora en cambio!

Me acerco a la orilla del lago Negro y lavo la manzana lo mejor que puedo. Imposible, no se le va el olor.

Le regalo parte de la carne al perro y la manzana al caballo, para equiparar. Al verlos masticar, mi boca se llena de saliva de nuevo, de saliva ácida y me entra una arcada, pero no tengo nada en el estómago, ¡qué dolor! Bebo agua y vomito, pero prefiero vomitar agua que sufrir las arcadas en mi vientre y el dolor en la garganta.

¡Joder! ¿Voy a tener que darle la razón a Padre? Eso me fastidiaría. El primero en saber de mi preñez, él; ni yo ni Arn, él. ¿Fue igual con mi madre?

Subo al caballo y emprendo camino hacia el este. Decido cargar a Drakkar en la cruz del caballo y así galopo, elevándome de la silla y agachando la espalda, sujetando al perro entre mis rodillas. Espero llegar antes de lo que me ha dicho Padre, con este malestar no quiero estar mucho tiempo sola. Por estas tierras suele haber bandidos, y son como los osos: se alimentan más antes de que llegue el invierno.

A media mañana hago un alto en el camino para que descanse el jaco y Drakkar pueda recrearse un poco, ya que le pone nervioso ir sobre el caballo. Además, yo también necesito descansar.

Hago un pequeño fuego y me hago una tisana con regaliz y manzanilla; esto debería asentarme el estómago y abrirme el apetito. Si es verdad que estoy embarazada, debería de comer un poco mejor y, a lo tonto, llevo ya un par de días sin comer apenas.

Bueno, soy fuerte, he llegado a estar meses comiendo solo briznas de hierbas, alguna seta y bebiendo tisanas. Los inviernos sin ganado y a la intemperie son muy duros. ¡Y con qué gozo recibíamos a la primavera cazando las primeras liebres! ¡O pescando en los ríos! ¡O comiendo bayas! ¡O asando cualquier cosa que atrapara en la playa! Y el verano, bajo el cielo estrellado...

Vaya, a veces creo que fue la mejor época que he vivido, pero me da vergüenza incluso pensarlo... ¿es que acaso no soy feliz con Arn? Y si no soy feliz con él, ¿es porque no le quiero? ¿Pero soy feliz o no soy feliz? No sé... no sé ni si quiero pensar más sobre eso.

Termino la tisana y vuelvo a emprender mi camino hacia la aldea de Madre. Vuelvo a estar nerviosa, como si fuera a encontrarme con alguien al que tuviera que darle explicaciones, o que tuviera que dárme las a mí. Alguien que me diga nada más verme: «Tú eres hija de Ingrid» o yo decir «Tú eres familia de mi madre». Como si fuera a tener una gran revelación... seguramente esté volcando grandes expectativas sobre lo que va a ser un gran fiasco emocional y una pérdida de tiempo. Y todo esto si no me cruzo con ningún asaltante de caminos.

Vuelvo a ir al trote sobre el caballo, pues no quiero que sufra demasiado. Además, a Drakkar le gusta más correr por sí mismo. Es un perro fuerte pese a que tampoco es tan grande como los que usan con el ganado, para proteger de los lobos... «los lobos», los que hace muchos años que no ven en la aldea de Padre ni en todo el sur del país.

Me cruzo con otros viajeros: mujeres en carros con niños y hombres tirando de bueyes. Gente que va a la ciudad a comprar, o que buscan otros lugares donde vivir mejor... quién sabe.

Hoy es domingo, es día de mercados; quizás sean mercaderes, pero solo algunas de esas personas lo parecían.

No son buenos tiempos y la gente busca mejores lugares. Que no vayan mucho más al sur, la temperatura es algo mejor, pero están llenos de desgracias humanas, de guerras y persecuciones crueles, de... ¡Muriel! Pobre Druida, no me extraña que muriera tras aquello. Seguramente ya no pudo soportar tanta podredumbre en el alma humana.

Con lo sencilla que es la vida cuando se vive despreocupada de los demás, de los quehaceres ajenos, de las oraciones diferentes, de las vestimentas foráneas... solo yo y la responsabilidad mis actos. Solo eso.

Aquí en el norte tampoco todos los vecinos son buenos, pero se vive mucho más tranquilo, con menos preocupación por el aparentar ser alguien, algo... o al menos yo no siento esa fuerte presión ni preocupación por pasar inadvertida.

¡Ay, los lobos! Esos sí que han pagado bien el aburrimiento norteño. En cambio al sur sí que hay más lobos, quizás tengan mejor escapatoria allí, sin estar tan rodeados de mar, más bosques, más venados que cazar. Quizás sea eso, no lo sé... o quizás sea la miseria de la guerra lo que alimenta a los lobos. No quiero ni pensarlo, me dan escalofríos y me entran ganas de llorar, se me escapa un sollozo.

Y el Clan, si no ha perdurado hasta hoy, será que tampoco somos tan transigentes ni humildes como me había parecido. De todos modos, Eyra, qué condescendiente te has vuelto con los de tu propio pueblo; ya has olvidado a las Sigríðr y las señoras que hablan de los demás, que critican todo lo que se les viene en gana sin ser justas, sin acordarse de sus propios actos, de la gente que llamaba loco al Druida y de los mancebos que planeaban peleas e insultaban al diferente.

Vaya, quizás el no viajar me esté volviendo más indulgente con los de aquí, o acaso haya sido el viajar lo que ha hecho suavizar mis críticas a los nativos de Escandinavia.

Los lobos, el Clan, Muriel y los druidas... todo eso pertenece a otra era. Son cosas que desaparecen y no se recuperan, cosas que agonizan y nadie quiere recuperarlas, cosas que hay que guardar en secreto, cosas que no hay que mencionar... y yo pertenezco a ellas.

Es tan triste, tan frustrante, ¡una suerte tan desgraciada la mía!

Pero, por otro lado, ¿cómo me puedo quejar? He visto cosas que nadie verá jamás, he curado a gente a la que ya le habían cavado su tumba, y Arn... no hubiera encontrado en mil viajes un hombre así, que me contempla y complace en prácticamente todo lo que le pido y lo que necesito.

Si me hubiera casado con Om por ejemplo, que parecía tan amable y cortés, y que en realidad cortés es pero de una forma superficial y ostentosa, poco sincera, y que es como todos los hombres, a día de hoy estaría... ¡no sé cómo estaría! Loca, gorda, demacrada, gritando todo el día... infeliz, muy infeliz.

Sin embargo, Paiva no parece infeliz, al revés, ahora me da la sensación que donde era verdaderamente infeliz era en la aldea, o que ha descubierto su verdadero ser, un modo de vida más acomodado, superior en ese sentido, y ahora desprecia lo sencillo.

Ya no pasa a visitarnos; manda heraldos con sal, especias, telas, aceites, pescado... cosas así que son menos necesarias que su abrazo y compañía.

Paiva ahora es una extraña. Quise ir a verla de nuevo tras la boda y nos recibió en su casa pero, pese a que ya no realiza ni una sola tarea de su nueva casona de piedra, apenas estuvo con Arn y conmigo los ratos de las comidas. Ni a sus hijas cuida ella personalmente, ni les hace leer los catones ella misma, sino que las cuidan muchachas asalariadas que viven en el palacete.

Om tampoco fue muy hogareño ni familiar; paraba poco por allí con la excusa del trabajo, pero sé que la mitad del tiempo está en alguna taberna de alto postín con amigos y comerciantes adinerados como él, bebiendo y apostando, o con alguna amiga o compañera bajo sueldo. A Paiva no le parecía importarle, pues ella se pasaba las horas yendo con otras esposas «bien casadas» a bordar, a pasear o a tomar meriendas. Y sus hijas solas en casa, al cuidado de muchachas extrañas que se deben ocupar de enseñarles a comportarse, a comer bien, a leer y a escribir... No conocerán a sus hijas cuando crezcan, no sabrán quienes son, ¡así no puede funcionar una familia!

Pero yo qué sabré si soy del Clan, soy como un druida, quizás como Muriel... estoy predestinada a desaparecer, así que tal vez yo sea la que no piensa correctamente.

Reidar, sin embargo, parece más normal, ¡quién lo iba a decir! Con lo holgazán y tunante que había sido siempre y parece que, pese a lo maniática que es, Barbro le ha sentado bastante bien.

Menos mal que mi sobrina se parece bastante a su padre y campa libre por la aldea, omitiendo las exageradas advertencias de mi cuñada, que con sus constantes quejidos y regañinas entre dientes empieza a parecerme una hiel que ahoga.

Y Padre... otra reliquia del pasado como yo, otro árbol viejo a punto de caer. Quizás haya cosas que ni la magia pueda curar. Cada vez tengo más conocimiento de mi insignificancia y de que esto no cambiará nunca. Me preocupa que la cojera de Padre no haya mejorado del todo pese a mis canciones y cataplasmas.

Ya se porta mejor con su nuera, pero Barbro tampoco está tan crispada como al principio, creo yo aunque mi padre lo niega. Supongo que cuando se casó se hizo a la idea de que iba a ser la señora de la casa y se encontró con un suegro muy dominante y con la vuelta a casa de la hermana loca de su marido, de la cual creería que nunca llegaría a volver al hogar, que moriría por otras tierras o me asentaría en otra aldea. Y en realidad así ha sido, me he ido de la aldea, a mitad camino con la ciudad para que Arn pueda trabajar, sin embargo creo que cada día le da más pereza madrugar... Supongo que él estaba habituado a dormir a dos calles de sus edificios y podía remolonear más, pero la vida en el campo nunca ha sido para remolonear en la cama, pese a...

Me ruborizo sola. Arn me, Arn... ¡Ay, Arn! Qué pronto me he acostumbrado a tu compañía. Creo que en realidad nunca me molestó, pero no pensé que me iba a gustar dormir acompañada. Me acaloro de nuevo.

Desde luego que no, que no hubiera encontrado ni en mil viajes a un hombre así. Le tendría que pedir que me acompañara más a mis viajes, o a las curas... pero él suele estar casi todo el día en la ciudad. En realidad sé que él querría vivir siempre allí, para él es mucho más cómodo y no se siente a disgusto allá, al fin y al cabo ha pasado mucho años estudiando allí y se ha acostumbrado y hecho a la vida de ese lugar.

A mí me cuesta entenderlo, pero si él me entiende a mí, pese a lo complicado que es lo del Clan, el Lunar, los Aullidos, las ceremonias antiguas... y mi humor de perros, (o quizás de lobos, ¡yo qué sé, si no me entiendo ni yo!) supongo que yo también puedo entenderle a él.

La esperanza es una retahíla de expectativas sin cumplir.

Al final Padre tenía razón. Por mucho que he arreado al caballo y apurado las horas de sol, he tardado dos días en llegar a la aldea de Madre desde el lago Negro.

Esta aldea es dispersa y algo caótica, no como la de Padre, en la que prácticamente las casas se tocan entre sí. En esta no hay calles, ni plaza... solo un puñado de casas arrojadas en una llanura.

La iglesia está junto a las eras y el cementerio allende del pueblo. No hay más de veinte casas, es una aldea más pequeña aún que la mía. No creo que haya ni escuela. Quizás Madre fue a vivir con Padre por eso.

Voy hacia la iglesia, que es donde más gente veo y donde haya alguien que quizás sepa algo de mi madre.

El camino, incluso entre las casas de la aldea, está guardado por árboles caducos que impiden ver con claridad. Ahora entiendo que Padre pudiera huir aquella vez; Madre pudo transformarle en cualquier lado.

Me bajo de la montura y me acerco, evitando que el caballo coma de ninguna carreta.

—Buenos días —me dirijo a un hombre todavía joven, aunque ya cano—. ¿Podría decirme dónde vive la familia Lindberg?

—¿Lindberg? Aquí no quedan casi, señora —me responde secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Se gira y llama a un chaval de unos siete años, delgado y rubio, que va mirando al suelo todo el rato:

—¡Hans! Acompaña a la señora a casa de Åke —le pide.

—Se lo agradezco. —Le sonrío y me despido con un gesto de cabeza.

Sigo al mozo, que va dando patadas a todas las piedras que encuentra en el camino. No le va a durar nada el calzado si lo trata así. No hablamos nada, a él no le apetece y a mí tampoco. Sigo con mal cuerpo y, pese a que me duele el vientre, todavía no he sangrado.

—Es aquí —me dice el chico, y entonces me percató de que tiene la cara salpicada de pecas.

—Muchas gracias Hans. —Y rebusco en mi morral—. ¿Te gusta la carne seca?

Y le doy la que me queda. Se va rápidamente, dando patadas a las piedras de nuevo.

Dejo al caballo amarrado en la puerta y mando sentarse al perro con un gesto. Drakkar obedece y se mantiene callado.

Llamo a la puerta con la aldaba y no tardando mucho abre la puerta una chica de unos catorce años, con cierto aire a Paiva.

—Buenos días. He venido preguntando por la familia Lindberg y un hombre de la era me ha remitido a esta casa, a la casa de Åke.

—Es mi padre —me responde ella—. Nosotros somos los Lindberg.

—¿Hay más en la aldea?

Responde que no con la cabeza.

—Yo soy Eyra, hija de Sven Olsson y de Ingrid Lindberg —me presento.

—Si me acompañas, te llevo con mi padre —me dice amablemente.

No es que ella sea muy extrovertida, pero se desenvuelve bastante bien delante de extraños.

—¿Puedo dejar el caballo aquí?

—Sin problema —me da permiso ella.

—Si tienes trabajo le buscaré yo misma donde me digas que está.

—No, no me cuesta nada y así me paseo un poco.

Sale de la casa cerrando con un golpe y me acompaña hasta un campo de cebada.

—Allende del campo. —Me señala la chica y chifla con los dedos de una mano.

Veo a un hombre de pelo rubio también, de complexión fuerte como la de mi hermano, que se gira y levanta un brazo.

Me acerco a él por el ribazo del campo, procurando no pisar la cosecha aún verde.

—¡Buenos días! —me dice con cierta sorpresa, pero enseguida vuelve a sus asuntos.

—Buenos días, ¿es usted Åke Lindberg? —le pregunto.

No me mira, está vigilando al suelo. Veo que hay madrigueras de ratones o lemmings.

—Sí, soy yo —me responde sin apenas mirarme.

—Yo soy Eyra Olsson.

Entonces aparta la mirada del suelo y me mira de arriba abajo sonriendo y luego mira al perro sorprendido.

—¡Es verdad! Pero te pareces tanto a tu padre que no te hubiera hecho de la familia nunca.

—Sin embargo mi hermana Paiva insiste en que me parezco a mi madre. —Me sonrojo.

—¿Qué haces por aquí?

—Quería saber más acerca de mi madre, Ingrid.

—¿Y eso? —Arquea una ceja.

—Porque Sven, mi padre, me dijo...

No sé cómo decirle que quiero saber sobre el Clan; lo más probable es que él no sepa nada del Clan.

—Tu madre, Ingrid, era prima mía —me empieza a contar él, volviendo a mirar al suelo—. Nuestras abuelas nos cuidaban juntos de pequeños y nos enseñaron a leer juntos, aunque tu madre era mayor que yo, pero tampoco teníamos más primos. Ya has podido comprobar que cada vez somos menos en esta aldea.

Se calla por un momento mirando al suelo, levanta la vista hacia el cielo y luego se sienta en el ribazo. Me siento con él. Drakkar sigue al acecho del roedor sin desconcentrarse con nada.

—Tengo plaga de roedores, y no sé qué hacer para ahuyentarlos —se interrumpe a sí mismo.

—Un zorro se los comería.

—Aquí no se quedan ni los zorros, Eyra, tu madre se marchó porque aquí no hay futuro. En el río no hay peces y los campos se anegan. Esto es un barrizal.

—¿La familia se fue marchando?

—O muriendo... Había accidentes, o desaparecían y aparecían gravemente heridos.

Esto me recuerda a Padre y el «accidente de caza» de la boda de Paiva.

—Qué raro, ¿no? —Y le clavo la mirada en busca de algún atisbo de complicidad, de encontrar que él también sabe sobre el Clan.

—Nuestra familia siempre fue muy rara. —Sonríe, como apenado.

—Sí, mi padre también es raro —insisto en dar pistas y en encontrar las suyas.

—Eyra, ¿tú tienes el Lunar?

¡Por fin! Por fin nos hemos dejado de juegos y palabras en clave.

—Sí, Åke, soy Aulladora, como mi madre.

—¿Solo tú?

—Mis hermanos saben del Clan, mi padre es Lobo... y yo ya no sé apenas nada más. Por eso he venido aquí.

—Yo ya no conozco a nadie que tenga el Lunar, Eyra... Como ya te he dicho, la familia se fue; se fue al puerto, a la ciudad... o a morir al bosque.

Sus palabras denotan melancolía, añoranza de otros tiempos.

—Vuestras abuelas, las que os criaron, ¿tenían el Lunar? —me intereso.

—Sí, eran Aulladoras y por eso nos cuidaban y nos enseñaban, además de los que hay que saber, algunas canciones del Clan.

—Åke, yo sé algunas canciones porque me las enseñó un druida, pero necesito aprender más, ¿qué aullidos conoces?

—Ya solo recuerdo el sanador, Eyra, y al no tener el Lunar no me sirve de nada. Por eso los he olvidado.

—¿Dónde podría ir? Algún tío vivo, alguien que tenga el Lunar... ¿sabes de alguien? —le pregunto.

Se queda callado y, de repente y con un rápido movimiento, propina un bastonazo al suelo. Recoge al bicho muerto y lo lanza en dirección a los arbustos. El perro lo sigue con la cabeza y luego vuelve a mirar fijamente a la madriguera.

—La última vez que hablé con alguien del tema, y de esto hace ya muchos años, nombró a una bruja del Clan que vive muy al norte, en una isla o montaña... ¿Reyno? No, ¿cómo era?

Espero con paciencia a que recuerde.

—No lo recuerdo ahora pero luego, mi mujer Maria te lo dirá, que ella tiene muy buena memoria y le he contado sobre el Clan. —Me quiere tranquilizar—. Me e la nombraron como una de las últimas pertenecientes al Clan que había sobrevivido muchos años y que conocía aún las antiguas costumbres y rituales.

Vuelve a mirar fijamente al agujero de la madriguera.

—Åke, un zorro o una comadreja te serían más útiles que un palo. —Me río.

—Ya, pero esto me entretiene hasta que espero a que sea tiempo de cosechar —se defiende.

Finalmente se levanta del sitio y me ayuda a levantarme a mí también.

—Vamos a casa y te presento a mi familia. Hoy duermes con nosotros y mañana ya partirás de vuelta.

Ha sido hospitalario, pero me ha dejado claro que mañana me tengo que marchar.

Volvemos por donde me ha llevado, hará un par de horas, su hija. Abre la puerta y se descalza. Hago lo mismo y paso dentro.

—¿El perro fuera? —le pregunto.

—Nosotros no dejamos que entren animales dentro de casa —me explica.

—Pues el perro fuera. —Sonríe amablemente y miro a Drakkar, quien se marcha a la sombra de un abedul.

—Hola —me dice la misma muchacha de antes—. Mi nombre es Ylva.

¡Ylva! No me lo podría haber imaginado, y más habiendo hablado con su padre sobre que ya no conoce a nadie con el Lunar.

De detrás de la muchacha aparece una mujer castaña, con un niño de meses en brazos:

—Y yo soy Maria y este es Inge. —Me sonríe ella y se acerca para saludarme de forma más familiar.

Parecen simpáticos y amables, sin embargo veo que viven de forma muy pobre, como nosotros en casa de Padre antes de que él volviera a tener ayuda con la dominación de sus transformaciones. No me extraña que Åke me haya pedido que mañana me marche.

—Yo soy Eyra, hija de Ingríðr. —Sonríe algo nerviosa—. Mi madre era... prima, era...

—Mi prima —termina de decir Åke—, por parte de padre. Del Clan.

—Ah, vale. —Parece más tranquila Maria—. ¿Tú tienes el Lunar? ¿Se puede ver?

—Es que donde lo tengo... —Me sonrojo—. Ya no es la espalda.

Ellas se ríen y Åke se va de la estancia. Entonces me retiro las prendas y les muestro el Lunar.

—¡Qué bonito! Es claramente una media luna, no hay confusión —dice la madre.

Me vuelvo a vestir e Ylva empieza a servir la comida. Espera a que me haya terminado de tapar y me enseñan dónde tienen la jarra con agua para que pueda asearme un poco antes de comer. Cuando he terminado, y solo cuando he terminado de asearme, llaman a Åke.

—¡Padre! ¡A comer!

Entonces, tras un corto rato, entra de la calle el cabeza de familia que, sin limpiarse, empieza a comer.

A continuación empezamos a comer las demás. Primero el patriarca y luego los demás, ¡como siempre!

—Maria, ¿dónde es que dijeron que estaba la bruja del Clan? La vieja esa que me dijeron una vez, hace ya mucho. Al norte, en una montaña...

—Era una isla —recuerda ella—. Nos lo dijeron al nacer Ylva, cuando le pusimos el nombre algún familiar se extrañó y nos comentó si habíamos ido a Reinøya a ver a la vieja, a que nos leyera las runas o algo similar... Nos extrañó, ¡claro! Somos cristianos al fin y al cabo y no creemos en las supersticiones antiguas.

—¿Reinøya? —verifico.

—Sí, una isla al noreste del Reino de Noruega —me ratifica ella—. Pero no sé de letras ni mapas.

Al oír esto me agunto las ganas de apuntarlo en mi libreta. No quiero presumir de estar alfabetizada ni resultar pedante. Tendré que usar la memoria.

—Como pago a vuestra hospitalidad y amabilidad querría ayudaros en algo —les expreso de buen grado tras haber comido muy bien—. Si ya sabéis cosas del Clan sabréis lo que es un Aullador, y yo soy Aulladora. Se me da bien curar enfermedades, heridas... ¿alguno tiene alguna dolencia?

—A mí me duelen los dientes —dice Ylva, y me muestra un par de flemones—. Cuando pase el barbero por la aldea, me los quitará.

Saco de mi zurrón algunas hierbas y preparo una cataplasma.

—Abre la boca y no me muerdas. —Le guiño un ojo con sorna—. El barbero no te arrancará nada, que las muelas las necesitas para comer.

Ylva se ríe y obedece. Le pongo la cataplasma.

—Cierra la boca y no tragues. Has de estar toda la tarde con esto y luego lo escupes. Te enjuagas con agua y escupes, ¿entendido?

Ella asiente con la cabeza. Me transformo y todos ellos dan un respingo.

—Hacia tantos años que no lo veía que ya se me había olvidado de lo sorprendente que es —dice el padre.

Sonríe.

—Yo aún no termino de reconocerte si me veo en algún reflejo —le digo con mi voz transformada.

Le pongo las manos a ambos lados de la cara y canto;

«Que el Sol salga siempre a tu encuentro.

Que la Luna siempre esté detrás de ti.

Que la lluvia caiga suave sobre tus campos,

y hasta que el lobo se vuelva cano,

que la vida te sostenga firmemente

en la palma de su mano».

Se me une Åke con voz temblorosa;

«Que la vida te guarde en su dulce mano

y no apriete mucho su puño,

y que los pastos de las colinas de la Primavera te abracen.

Respira el aliento del cielo,

descansa el sueño del invierno,

porque cuando llegue el verano,

tú, correrás con tus hermanos lobo.
Y que el Sol salga siempre a tu encuentro
y la Luna siempre esté detrás de ti».

Levanto la mirada y veo que a él le brota alguna lágrima que, por supuesto, se limpia rápidamente para que no se la veamos.

—Me he acordado de mi padre, de mis abuelas, de tu madre... Me he acordado, solo eso —explica él sin que nadie le haya pedido explicación alguna.

Su esposa se acerca y le da un beso, dándole al pequeño Inge para que su padre lo tenga en brazos.

De repente noto un mareo fuerte y me caigo de culo, transformándome de nuevo a mi forma habitual. Me siento muy débil.

Maria e Ylva me ayudan a levantarme y me sientan en una silla, y me hacen beber agua fresca de una jarra de barro.

—¿Esto te sucede luego? ¿Es normal? —se extraña Maria.

—No, es la primera vez —me extraño yo también—. Estoy muy cansada, aturdida... Lo siento.

Åke me mira y se rasca la incipiente barba.

—Yo sí lo he visto alguna vez en las mujeres, cuando era crío —comenta—. ¿Nadie te ha dicho que embarazada no debes sanar?

¡Otro que lo sabe antes que yo! Y este ni siquiera tiene olfato ni ningún don especial. Me siento estúpida; estúpida por no saber de mí misma lo que todo el mundo parece saber y estúpida por, estando embarazada, hacer el aullido sanador.

Me avergüenzo.

—Me lo dijo mi maestro el druida, pero aún no tengo ni una falta —explico mirando a Maria, pues me da algo más de seguridad—. Estoy casada, por eso no temáis.

No sé si el silencio que se produce a mi alrededor es por sorpresa de que esté embarazada, porque no se creen que esté casada o por qué.

—Si necesitas quedarte hasta que te recuperes no pases pena —me dice, al fin, Maria—. Ya ves que somos bastante sencillos, pero no abandonamos a nadie que lo necesite, y menos si es de la familia.

¡De la familia! No les había visto en la vida y dicen que soy de la familia. Yo, hace un par de días, ya ni tan apenas consideraba a mi hermana Paiva de la familia; tan cambiada, tan señorona, tan adinerada... tan distante y lejana. Y esta gente recién descubierta, ¡me dice que soy de la familia!

—No os preocupéis. —Sonríe más recuperada—. Yo mañana estoy perfecta. Además, hago trampa; tengo caballo y no tengo que caminar todo el día.

—Ten cuidado con el caballo —me advierte Maria—. No son buenos para los embarazos; el trote, una caída, una cox...

Ylva sigue sin abrir la boca, seguramente con los carrillos llenos de saliva. La veo apurada.

—Ylva, puedes escupir la saliva que acumules, pero procura no deshacerte de la cataplasma —le explico.

Sale de la estancia por la puerta que deduzco da al corral o a la zona de detrás de la casa.

Al cabo de un momento vuelve con la boca cerrada y las mejillas en su volumen habitual.

Paso la tarde ayudando en las tareas domésticas; voy con Ylva a lavar al río mientras su madre cocina y me prepara una cama para pasar la noche.

Le he explicado que estoy más que acostumbrada a dormir en el suelo, que con el Druida estuve durmiendo sobre el suelo casi todas las noches de los cinco años que estuve con él, pero ellos han insistido: «No, ¿cómo quieres que permitamos eso? Y mucho menos después de lo de hoy, que necesitas recuperarte».

Creo que exageran, estoy mucho mejor, algo mareada a ratos, pero quizás sea por la sensación de náuseas que aún tengo.

—Ylva, ya puedes escupir la cataplasma y enjuagarte —le digo cuando nos levantamos de la orilla del río.

Niega con la cabeza y señala la casa.

Me quedo pensativa...

—¿Esta agua no es buena para beber? —recapacito en voz alta.

Ylva me hace un gesto de aprobación.

Al llegar a la casa le recuerdo que escupa y se enjuague. Cuando se ha liberado le pregunto:

—¿Por qué no es buena para beber el agua del río?

—Hay unas minas al norte donde lavan las piedras y lo que sacan en el río —me responde de forma natural—. Casi siempre hay peces muertos, y si el ganado bebe, enferma... y hubo gente que enfermó, pero de eso hace mucho. Ahora no bebemos del río, vamos a un pozo que hay más lejos.

—¿Y por qué laváis los platos y la ropa en el agua envenenada? —me sorprendo.

—Porque el agua del pozo no es muy abundante.

—Y cuando el río crece y anega los campos, ¿no envenena la cosecha? —insisto.

—No, las plantas no se mueren.

—Y en verano, ¿dónde os laváis? ¿Dónde juegan los niños?

—Aquí no hay niños aparte de mi hermano y un chaval. No nacen niños, por eso la aldea es cada vez más pequeña y la gente se va.

Se acerca Maria, que estaba escuchando la conversación.

—Estas tierras no dan comida, el río no da peces y el ganado no engorda... Pero es lo que tenemos.

—¿Y por qué no marcháis a otra aldea, a otras tierras? —propongo—. Bueno, solo es una idea, no me quiero meter en camisa de once varas...

—Las tierras no son baratas y por estas nadie paga nada. El Rey solo quiere sus impuestos —se lamenta ella—. Mi marido ha dicho muchas veces que se iba a hacer soldado, que ahora que hay guerras era una buena opción... Pero prefiero tener poco que comer y un marido presente, que algo más de comida y estar yo sola, sin saber de él.

—Algún día mejorará vuestra situación, Maria—la intento animar.

—Eso digo yo siempre, «algún día todo será mejor» —suspira—. Y seguimos esperando que ese día llegue.

Llega la noche y no puedo dormir. No paro de pensar sobre si Madre y Kare, y el resto de la aldea, murieron porque alguien lavó piedras de una mina. Además, ¿me podría pasar a mí lo mismo? Al estar embarazada y haber comido en esos platos, ¿habré matado a mi hijo? No puedo dormir, si estuviera Arn me contaría alguna historia divertida, me atusaría el pelo, me acariciaría la espalda, me diría que... ¡Ay, Arn! ¡Ya te echo de menos! En dos jornadas de viaje te vuelvo a ver, y te diré lo que todos saben menos yo... menos tú.

Desayuno a la mañana siguiente algo de leche y sobras de la comida de ayer.

—¿Has dormido bien? —se interesa Ylva. No es tan niña en realidad.

—Sí, muchas gracias. —Le sonrío—. Hoy ya me marchó, no os preocupéis.

—¡No, por favor! Me has ayudado mucho y me lo pasaba bien lavando contigo. —Hace un ademán, que delata que en realidad sigue siendo una muchacha.

—Venid a verme vosotros —propongo—. Si vais hacia el oeste, a dos días encontraréis el lago Negro, en ese lago tenéis que ir hacia el sur y en menos de una jornada encontraréis una casa algo aparatada del camino que va a la ciudad, esa es mi casa.

—¿No vives en una aldea? —se extraña Ylva.

Maria escucha atentamente, sin decir nada aun, ni «buenos días».

—No, mi marido trabaja en la ciudad, pero yo necesito vivir en el campo —explico—. Recolecto plantas, las gentes de las aldeas vienen a que les sane y yo voy a sus casas a sanarlos... Si fuera a la ciudad todo esto no sería posible.

—¿Y a tu marido le parece bien? —pesquisa, al fin, Maria.

—Mi marido es muy bueno conmigo. —Sonríe con cierto sonrojo. No sé qué decir para que no lo señalen con el dedo y tachen de «poco hombre». Quizás esté dando demasiadas explicaciones.

—Bueno, no digo que vaya a ser malo, pero ya cambiará —dice con un mohín Maria, mientras da el pecho a su hijo—. Aún sois recién casados, ¡tiempo al tiempo!

No me gusta ese comentario. Arn siempre ha sido así conmigo, ¿por qué iba a cambiar ahora?

Bueno, aún recuerdo cuando tras el accidente de Padre dejó de hablarme... pero él dice que era por temor, que no entendía entonces lo que me había pasado, mi transformación.

—¿Dónde está Åke? —Me percató al hablar de maridos.

—Hoy venían un grupo de guardias a hacer recuento de los fumos —me explica—. Iba a dar nota y a preguntar por el Nuevo Mundo.

—¿El Nuevo Mundo? —Me parece raro que una familia que no ha salido de su aldea se interese por el Nuevo Mundo, ¿si no han visto el Viejo!

—Hace tiempo que hemos estado pensando en irnos allí —me dice—. Pero el embarazo retrasó las cosas.

—Y ayer, cuando os propuse ir a nuevas tierras, ¿por qué no me lo dijisteis? —me extraña.

—Pues no lo sé —protesta.

No entiendo, me llaman familia y luego no me dicen algo tan simple como que tienen pensado irse del país para hacer un viaje de barco de meses.

—Bueno, hagáis lo que hagáis espero que todo os salga bien —digo en voz baja—. Por cierto, cuidado con los barcos y la gente que en ellos vive. Son gente extraña con leyes extrañas.

Me despido de todos ellos cuando Åke regresa a la casa. Ya tiene algunos papeles necesarios para marcharse, pero él dice que quiere vender los animales que le quedan y la tierra.

Si es cierto que esas tierras son tan malas, ¿las logrará vender? Creo que en realidad no tienen muchas ganas de irse.

Monto en mi caballo y llamo a Drakkar, ¡Oh, no! El perro habrá bebido del río... ¡No! Espero que no enferme, ¡mi perro compañero!

Me paso la jornada observándolo para ver si vomita, si se muestra cansado... Le toco el hocico para sentir si tiene fiebres, observo sus excrementos, su apetito... y en general no parece diferente.

Confío en que no enfermará. Tengo fe.

Llega la noche y, al no haber galopado con mi caballo, llevo algo de retraso; no nos guarecemos en el mismo sitio que en el viaje de ida.

Al poco de iniciar el sueño, Drakkar se pone a ladrar;

—¿Quién anda? —pregunto, pero no hay respuesta.

Mi perro sigue avisando; hay alguien y, si no contesta, no puede ser muy buena señal.

—¡No lo vuelvo a preguntar! ¿Quién anda? —amenazo tácitamente.

Sorpresivamente, un hombre joven, de mi edad o menos, se abalanza hacia mí, pero le recibo dándole con todas mis fuerzas en su faz, dejándole con semblante aturrido y sangrando por una brecha.

Drakkar le muerde la mano de la hoja que yo aún no había visto, y este la suelta asustado; no se debía esperar que le supiera pegar así de bien.

Vuelvo a darle otro palo, pero esta vez en un brazo. Por su gesto y la sensación recibida a través del cayado, es posible que se lo haya roto.

—Vete, desgraciado, si no quieres que te parta el cráneo —le aconsejo.

Ahora no puedo dormir aun sabiendo que Drakkar monta guardia siempre. No estoy asustada, estoy... nerviosa, excitada, el corazón me va rápido y ese mismo sonido en mi interior no me deja dormir, además de que respiro de forma algo irregular ¡Mi cuerpo hace demasiado ruido!

Amanece y sí he logrado dormir. Acometo mi camino de nuevo, hacia casa... Aún me queda una noche más fuera, o dos a este ritmo, ¿y si galopo levantándome de la silla?

Pues sí, eso voy a hacer; cojo a Drakkar y lo subo a la grupa del caballo, sujetándolo con algún cordel y cintos. Detrás me molesta menos que delante.

Galopo lo más deprisa que puedo, pero entonces recuerdo que tengo que tener cuidado con Drakkar ¿enfermará o no enfermará? ¿Cuántos días tengo que estar vigilándolo? Lo mejor será hacerle cuarentena en el establo, que no entre dentro de la casa por si acaso vomita o se descompone.

Aminoró el galope; no se convierte en trote pero supongo que el perro lo agradecerá de todos modos.

Anochece y veo a lo lejos el lago Negro. Quiero montar la cama allí, así que sigo en la oscuridad hasta el lago. Ya estoy muy cerca de casa, ¿continúo? Pero casi no hay luna, hay alguna nube en el cielo y no se ve bien el camino.

Pero aquí no me supondría ningún problema salirme del camino; me sé estas tierras como la palma de mi mano.

Decido continuar. Paso a Drakkar a la cruz y sigo con el trote hasta casa. Arn se enfadará, pero me da igual; prefiero pasar con él cuatro horas de la noche de hoy que no pasar ninguna.

—Drakkar, del asaltante de la otra noche, tú calladito, ¿eh? —Me hago gracia a mí misma.

Arn obviará al perro y le dirá: «Tyr, a tu sitio», para que no dé saltos por dentro de casa. Y el perro, que es muy bueno, hará caso y punto.

Creo que veo mi casa, no estoy ni a una hora. Algo recorre mi cuerpo; nervios, un escalofrío, un algo... y mi cara está invadida por una sonrisa. ¡Qué ganas de ver a Arn otra vez!

Arreo al caballo para que vaya un poco más rápido.

—¡Vamos! —le insisto sin gritar. Ahora, de noche, una voz un poco alta alertaría a cualquiera.

Ya estoy muy cerca de la casa, solo tengo que pasar unos árboles. Me bajo del caballo y bajo a Drakkar.

—Ssssh, silencio —le advierto con un dedo, no sé por qué, si apenas puedo verme ni los pies. La noche cada vez se está poniendo más oscura.

¡Oh, no! Arn tendrá la llave dentro de casa.

Por si acaso compruebo que en el avellano no haya ninguna llave... y no la hay.

Doy la vuelta a la casa buscando una puerta abierta, pero no hay ninguna. Arn debe de dormir muy profundo o no está en casa, porque el ruido de los cascos del caballo y de las puertas al intentar abrirlas es bastante fuerte en medio del silencio de la noche.

Nada, no ha dejado ninguna puerta abierta, se ha atrincherado bien en la casa. Decido tirar piedrecitas pequeñas a la ventana de nuestro dormitorio. No veo muy bien, así que tampoco acierto tan apenas.

—¿Quién es? —Oigo a Arn preguntar, en ese tono que usa él cuando no se dirige a mí, como la primera vez que nos vimos tras mi largo viaje, nuestro reencuentro en el bosque.

—¡Arn! —susurro en voz alta, como con temor de despertar a los vecinos que no tenemos—. Soy yo.

—¿Quién es «yo»?

—Venga, tonto, baja a abrir la puerta —le pido casi riéndome.

—Estoy abajo —dice él divertido, con tono de burla.

Me giro y veo medio hombre, casi desnudo, encaramado a la puerta de la cuadra. Me echo a reír y voy hacia él, con los brazos abiertos, para besarle y olerle.

—Te vas a poner enfermo, no hace tiempo de ir sin camisa por la noche —le regaño.

Me hace pasar y mete el caballo. Drakkar se cuela entre las piernas y sube a su lecho en la casa.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta.

—Bien, ameno. —Y me acuerdo del asaltante, pero no se lo nombro. Hoy no.

—¿Y ya? —se extraña.

Ya ha cerrado la cuadra y subimos a nuestras estancias.

—No... ¿Sabes qué? —Me acuerdo de repente, ¡no se lo he dicho todavía! Vaya madre voy a ser, olvidadiza y atolondrada.

—Dime. —Y cierra la puerta del dormitorio con una calma prisa.

Me empiezo a quitar las vestiduras y a besar la cara y el cuello, con la misma templanza, sin ansia pero sin tardanza.

—Que estoy embarazada.

Los hombres siempre han sido perjuros.

—No irás, y no se hable más. —Y pega un puñetazo en la mesa.

Yo pego otro más fuerte que hace que se muevan los tazones con el desayuno.

—Tú dijiste que tenía que buscar un remedio y, cuando sé dónde encontrarlo, ¡me dices que no puedo! —Me empiezo a enfadar cada vez más.

—¡Pero no embarazada y tan al norte cuando va a empezar el invierno! —Él también va a empezar a gritar de un momento a otro.

—Me sé guardar perfectamente, Arn. —No puedo aguantarme las ganas de demostrárselo—. La otra noche me asaltó un bandido mientras dormía, y te aseguro que acabó muy mal parado y eso sin la ayuda de ningún lobo ni ningún cántico.

—¿Qué has dicho? Ahora mismo nos vamos a hablar con un alguacil y se lo cuentas todo. ¿Dónde fue? ¿Cómo era? ¿Edad? ¿Llevas alguna herida o algo? ¿Te ha dolido el vientre?

¡Primerizos! Se preocupan por cualquier tontería.

—¡Oh, Arn! Cállate ya —le pido—. Se lo digo al alguacil si me dejas partir a ver a la vieja del Clan.

—Eso no es discutible, podrías perder al bebé y ponerte enferma tú —insiste—. Si fuera verano sería diferente.

Medito unos instantes.

—Vale, pues cuando sea primavera y empiece el deshielo —propongo.

—¿Habrás parido para entonces? —preguntó.

No es tan tonto, al fin y al cabo es el mayor de cinco hermanas y se lleva más de diez años con la pequeña. Ha podido contar los meses que su madre tardaba en parir en varias ocasiones.

—No, estaré de cinco lunas, un momento muy cómodo porque no me pesará la barriga —le intento convencer.

—¿Y por qué no vas en verano, cuando el bebé haya nacido?

—No me dejarías ir con un bebé, y yo no sé si sería bueno para él dormir a la intemperie —le hago ver—. Piensa que no siempre puedo dormir bajo techo.

—Está bien, tras el deshielo —accede él.

Padre no hubiera accedido y me hubiera dado un correazo por insistir. Arn dialoga, escucha y negocia... y casi siempre salgo beneficiada.

—¿Lo dejaste tullido? —Sonríe.

—¿A quién? —No sé de qué me habla ahora.

—Al bandolero. —Y sonrío más.

Me río.

—Una brecha en la cara y un brazo roto. Además, Drakkar fue quien me avisó y le mordió en la mano del puñal, así que va a pasar un invierno muy malo, con la mano derecha y la cara infectada y el brazo izquierdo entablillado. Casi me da pena, no era tan mayor, más joven que yo.

—Comienza a acostumbrarte, que ya no eres una muchacha. Casi todos son más jóvenes que nosotros ya.

Es cierto, ya no somos jóvenes, ya muchos de los niños con los que jugábamos en la aldea murieron, por enfermedades o en las guerras a las que fueron como soldados; los menos, por accidentes.

Recojo el desayuno y friego los cacharros con el agua del aljibe, que me evita tener que ir a por agua tantas veces.

Bajamos a la cuadra y cogemos los caballos y emprendemos camino hacia el norte, a la aldea para denunciar en la Casa Comunal al asaltante. Espero que el alguacil sepa escribir, no son muy amables cuando no saben escribir ni leer. Supongo que se sienten insultados y lo compensan con arrogancia y malos modos, lo cual empeora aún más la desagradable situación de haber sido atacado.

El camino que une nuestra casa a la carretera que comunica la aldea con la ciudad cada vez se marca más, ya no hay tanta hierba sino que nuestros pasos hacen asomar la tierra de debajo. Lo mismo pasa con la carretera, que hace unos años era un camino por el que solo cabía una carreta a lo ancho; ahora caben casi dos.

Todo sigue cambiando, poco a poco, haciendo que parezca natural que así sea... siendo natural que haya cambios. Cuando regresé de mi viaje con el Druida lo vi todo tan cambiado que no comprendía que nadie lo hubiera permitido, pero ahora comprendo que la tala del bosque no fue de la mañana a la noche, sino que sucedió día tras día, un árbol tras otro, a lo largo de los años. De hecho a día de hoy sigue habiendo leñadores en el monte hasta que vuelvan a mandar dejar de cortar árboles.

Con los leñadores han empezado, otra vez, a hacer carbón vegetal... muy cómodo para cocinar y calentar las casas con los braseros, o para calentar las piedras de las saunas, aunque en nuestra aldea no hay nadie con sauna, puesto que no vivimos a las orillas de ningún lago.

Aún recuerdo el parto que atendí en aquella sauna, qué calor pasé... No, definitivamente yo no estoy acostumbrada, pero a Arn le gustaría poder ir con más frecuencia. En la ciudad, cuando era estudiante, iba todos los meses y se acostumbró a ello. Hasta Paiva tiene una sauna en su nuevo palacete de piedra en el puerto.

Con el hilo de mis pensamientos se me ha pasado rápido el tiempo y hemos llegado a la aldea antes de que me diera cuenta, sin darle tan apenas conversación a Arn.

Arn baja rápidamente del caballo y se acerca a mí para ayudarme a bajar. ¿Qué hace? ¡Ah, sí! Es porque estoy embarazada... qué gracia, ahora tengo complejo de tullida.

—Gracias. —Le sonrío y él me corresponde, aunque creo que en el fondo se esperaba que protestara como casi siempre suelo hacer.

Ata los caballos y golpea a la puerta de la Casa Comunal o Torre de la Cárcel, una pequeña fortaleza que hicieron hace poco, en la que se celebran juicios de los pequeños pleitos de la zona y donde se apresan borrachos y otros malhechores con delitos menores.

Abre la puerta un hombre mayor que nosotros, con aspecto descuidado y armado con una pistola en un cinturón, a su lado derecho junto a un pequeño depósito de lo que supongo que es la pólvora, y a la izquierda una espada no muy pesada y de hoja ancha. Los pantalones son azules, los lleva sucios, y son anchos. Calza botas de cuero desgastado, a juego con la suciedad de sus pantalones.

La camisa hace tiempo que dejó de ser blanca para adoptar un tono marrón claro, más bien amarillento, para siempre. Encima de la camisa lleva un jubón azul como los pantalones. Es el uniforme de los guardias, pero nunca había visto uno tan descuidado y sucio. Creo que ni a lo largo de mis años de viaje llegué a llevar la ropa tan sucia como la lleva este señor.

—Buenos días, guardia —dice mi marido—. Venimos a denunciar un ataque.

—¿Hay muertos? —pregunta sin hacernos pasar.

Me temo que estaba durmiendo, o bebiendo, y no quiere que veamos el desastre que tiene dentro.

—No, pero podría haberlos habido —dice Arn empezando a impacientarse por la pasividad del oficial.

—¿Qué ha pasado? —pregunta casi con un resoplido, y sigue sin dejarnos pasar.

—Buen señor, si nos deja pasar, mi esposa se lo contará todo pues ha sido a ella a quién le han ocurrido los hechos.

—¿A su esposa? ¿Está segura de que le han atacado? No está herida. —Y esboza media sonrisa, como si yo, por ser mujer, no supiera lo que es un ataque.

Me muerdo la lengua, escondo mis puños apretados con rabia bajo la capa, intento no parecer amenazante para él. Arn siente lo que me está pasando.

—Le aseguro que mi esposa sabe lo que es un ataque y no confundiría un mendigo que pide limosna con un bandido asaltante de caminos —me defiende—. Si usted no quiere recoger la denuncia iremos a la ciudad y la pondremos allí, apelando a que aquí no se nos quiso atender.

Arn es muy listo. Tiene la mente mucho más fría que yo.

—Pasen —dice de mala gana.

En efecto, la oficina está sucia, desordenada, con papeles de mensajes por encima de la mesa y otros muebles, incluso hay manchas de tinta por la mesa.

Huelo a alcohol. Este señor bebe en la oficina y ha escondido la botella por algún rincón. Se me está revolviendo el estómago.

—Abra la ventana y ventile esto, señor, estoy embarazada y puedo empeorar la sala vomitando en ella —le advierto.

Arn se levanta y abre la ventana, dejando entrar algo de aire. El alguacil está sentado y no hace ademán de mejorar la estancia por nadie ni para nadie. Es un imbécil y un guarro.

—Cuenta qué le ha pasado, señora, que cuanto antes me lo cuente antes se irá —dice con prepotencia y desgana ante la idea de trabajar.

—A un día del lago Negro hacia el este, mientras hacía noche me asaltó un joven con un cuchillo en la mano —le explico—. Me pude defender gracias a mi perro.

—Ya, un niño —confirma mientras lo escribe con torpeza en un libro de registros.

—No, un joven de más de quince años y menos de veinte —le corrijo—. Ya tenía barba.

—¿Y cómo una mujer sola con un perro puede defenderse de un joven con un cuchillo, en medio de la noche, y asaltada por sorpresa? Y además embarazada... —dice poniendo en tela de juicio mi declaración.

—Mi mujer es fuerte y capaz, no es cualquier mujer indefensa, señor guardia, y el perro es muy válido también, puede preguntárselo a cualquiera en la aldea —apela Arn, que parece más enfadado que yo, que ya estoy acostumbrada a que se pongan en duda mis palabras o mi sapiencia por el hecho de ser lo que soy.

—Viajo siempre con un cayado, señor alguacil, y el perro está bien adiestrado para que me avise y defienda cuando sea preciso —le explico—. El perro ladró avisándome de la llegada del asaltante, yo me incorporé y en cuanto el joven se me acercó solo tuve que recibirle a golpes de palo. El perro le atacó y el ladrón huyó, herido. Probablemente tenga un brazo roto y una herida fea en la cara y en la mano. Este es su puñal.

Y le dejo sobre la sucia y desordenada mesa el arma del muchacho.

El alguacil no escribe nada de lo que le he explicado ni hace ademán de guardar el arma. Solo nos mira con los brazos sobre la mesa.

—¿Cómo era ese inútil? —pregunta al fin el guardia.

Supongo que dice de él «inútil» por no lograr herirme y robarme, a mí que soy una mujer indefensa y no puedo saber defenderme de nadie.

—Rubio, algo más alto que yo, delgado, de ojos claros y piel clara, nariz ancha, sin cicatrices antiguas llamativas...

—Como casi cualquier muchacho del país —resopla él.

—¡Pues sí! —Empiezo a perder la paciencia.

—¿Y qué hacía usted sola por allí? ¿Su marido deja que vaya sola de noche? ¿Dónde estaba su marido? —se interesa de repente.

—Viajaba a ver a unos familiares que viven en Virsbo —le contesto con cierto soniquete.

—¿Qué familiares? —insiste.

—A los Lindberg; el señor Åke, casado con Maria, era primo de mi madre... ¿quiere que le describa la aldea, la casa de la familia y el número de dientes que tienen en la boca cada uno de ellos? —voy elevando la voz.

Él se levanta para obligarme a mirar hacia arriba, para estar por encima de nosotros.

—Aún no me ha dicho por qué viajaba sola. —Sonríe con altanería—. ¿Tiene algún amante, señora?

—Usted es un impresentable —dice mi marido, cogiéndome de la mano y sacándome de la pocilga a la que algunos llamarían Casa Comunal o Torre de la Cárcel pero que en realidad es el lugar donde el alguacil duerme y bebe, bebe y duerme.

—Cuidado con su lengua, señor —amenaza el oficial poniendo su mano sobre la espada.

—No, cuide usted, porque vamos a ir a la ciudad a poner la denuncia y desde luego que insistiremos que en este lugar no se nos atendió en absoluto bien y se ninguné el delito que acometieron contra mi mujer, contra el hijo que lleva en el vientre y, por todo ello, contra mí... Y le advierto una cosa, no somos cualquier aldeano al que pueda amenazar, tenemos nombre y conocemos a gente en la ciudad, en el puerto... y a toda la aldea; ningún habitante dudará en afirmar ante sus superiores que lo único que se hace aquí dentro es beber.

Yo le sonrío enseñándole los dientes, para que se note que estoy muy satisfecha de las palabras de Arn. Menos mal que le he dejado hablar a él, yo hubiera errado insultándole y me hubieran acabado encerrando en las celdas del sótano de la Casa Comunal.

Vamos a la ciudad y allí los guardias que nos atienden van mucho más limpios y, aunque también ponen en duda mi versión de los hechos y creen que exagero cuando relato lo ocurrido, anotan lo que les digo y toman más en serio a «la esposa del arquitecto Rudbeck».

Por un lado estoy orgullosa de ser su esposa y de que lo tomen por alguien importante, pero por otro lado siento aversión a todo ello, a ser tratada mejor por ser su esposa en vez de ser tratada dignamente sea quien sea, mujer u hombre, aldeana o metropolitana, curandero o arquitecto, Aulladora o ajena al Clan... y lo peor, siento aversión a acostumbrarme a ello y convertirme en lo que es hoy Paiva.

Ya es de noche y decidimos pasarla en una hospedería de la ciudad que Arn me cuenta que está bastante bien.

¿Cómo sabe Arn qué alojamientos están bien en la ciudad? Cuando era estudiante vivía con sus tíos y posteriormente siguió viviendo con ellos hasta que empezó a construirse su casa de la aldea, en la que pasaba los veranos o dormía cuando visitaba a sus padres... ¿cuándo ha necesitado él pasar noche en una pensión?

Tengo que saberlo.

—Arn —le pregunto ya en nuestra habitación—. ¿Cómo sabías que esta morada iba a ser limpia y cómoda?

—Me lo habían dicho —comenta de forma natural mientras me da la espalda, desabrochándose sus ropajes.

Yo no me quito nada y me cruzo de brazos. Algo suena raro; no sé si su voz, el que no bromea sobre si estoy recelosa, sobre si soy una exagerada... hay algo raro en todo esto.

—¿Quién?

—Gente del trabajo, compañeros de clase... no sé, ¡gente!

—¿Y entonces por qué me has dicho que la Bayuca de la Cuesta era cara y el desayuno parecía comida de bueyes?

No dice nada.

—¿Cuándo has estado tú en estos sitios pasando noche? —vuelvo a hacerle otra pregunta de la que no sé si obtendré respuesta.

—Pues supongo que alguna vez habrá necesitado pasar noche, cuando has estado fuera de viaje o...

—¿Y no has pedido alojamiento a tus tíos? —Me estoy molestando. Sospecho algo, pero no sé muy bien si sé de qué.

—No, están muy mayores y ya no dan abasto.

—¿Has dormido en algún lugar de estos estando yo de viaje?

—No —dice con confianza, sin tener que hacer memoria.

Ya no se quita más ropa, se ha parado y tampoco se gira, ¿de qué tiene vergüenza? ¿Acaso se ha portado mal conmigo?

—Hace un momento me has dicho que alguna vez lo podrías haber hecho estando yo de viaje. —No eleva la voz, casi más bien al revés.

—Eyra... —Parece pedirme algo, no sé si quiere que cese las preguntas o quiere pedirme clemencia, ¿qué quiere pedirme?

—No, Arn. Quiero saber si has dormido aquí solo o acompañado —sigo hablando con tranquilidad, en voz baja.

Estoy tranquila, no voy a transformarme, no voy a gritarle, no voy a hacer que los demás huéspedes se quejen de nosotros... Voy a ser «una buena mujer», quizás por primera vez en mi vida, pero desde luego que puede temer a las consecuencias de que no grite ahora.

—Acompañado, Eyra, ¡pero nunca mientras he estado casado contigo! —Se gira y me coge de las manos—. ¡Nunca desde tu regreso a la aldea!

—¿Y por qué no me lo has contado? —Me sorprende, a la vez que una pequeña duda sigue resonando dentro de mí, ¿seguro que en mis viajes no ha venido a la ciudad en busca de otras mujeres? ¿Alguna antigua novia, quizás? ¿O esas que cobran dinero?

—No creo que te apetezca oír a tu marido relatar su vida amorosa.

—¿Amorosa? ¿Amorosa con amor o simplemente carnal? —Ahora ya no estoy tan segura de querer saber más, ¿y si de verdad piensa en su antigua novia?

—Eyra... —Parece avergonzado.

—¿Tuviste novia? —Quiero saber.

—Sí.

—¿La querías? ¿Aún la quieres? ¿Os prometisteis?

—¿Qué? —Parece sorprendido—. ¡No! No la quería ni la quiero ahora, ¡cómo la voy a querer! Y por suerte no nos prometimos.

—¿Y por qué tenías novia si no la querías ni te ibas a prometer? —Creía que Arn no era como los demás, que tenían novias por besarse con ellas en la oscuridad y desinhibir su sangre caliente y luego se iban con otras chicas.

—Pues... no lo sé, supongo que como todos —se defiende.

¡Se escuda en la mayoría! No me lo puedo creer, creía conocer a Arn y sin embargo no sabía esto de él. Ahora recuerdo las palabras de Maria, la esposa de Åke: «tiempo al tiempo».

«Si lo hacen todos, entonces no es tan malo». Arn es hombre y es imbécil. Y yo lo soy más todavía, creía que ya sabría más a mis años y resulta que hace siete años era más

sabía que hoy. Los hombres son imbéciles y sí, Arn es hombre y, por ende, imbécil.

—Yo no he tenido novios, ni uno, solo tú. Si hubiera tenido un novio que solo me quería para retozar y solazarse conmigo y finalmente se fuera con otra... ¿cómo crees que me hubiera sentido yo?

—Eyra... ¿y si tú solo hubieras querido estar con él por lo mismo? Esa chica sabía que no se casaría conmigo, ¡ella ya lo sabía!

—Solo espero no conocerla —No sabría cómo reaccionaría a su cara, a su mirada cruzándose con la de Arn, recordando las noches y los besos y... ¡Oh! ¡Ahora mismo me he de controlar para no entrar en cólera!

—No la conoces.

—Y nunca la conoceré, ¿entendido?

—Por supuesto que no, se fue a las Américas con su esposo.

—Así es mejor. —Respiro algo más aliviada.

—Eyra, ¿creías que nunca había estado con ninguna otra mujer antes que contigo? —se sorprende Arn—. No creí que fuera tan torpe contigo durante las noches.

—No te entiendo, ¿yo soy mala?

¿Soy mala por no haber tenido más experiencia?

—Me refiero... Ya sabes, la práctica hace la perfección y tú... Ya sé que tú nunca habías estado con nadie antes que yo, pero reconoce que al cabo de los días...

—No sé si quiero seguir hablando de esto. —Apago el candil, me desvisto y me meto dentro de la cama, tapándome hasta la barbilla.

Arn se mete a la cama, no sé si está incluso divirtiéndose con esta situación ahora que ya ha visto pasar el peligro de un supuesto ataque de cólera mío. Estoy orgullosa de mí por haberme sabido controlar, pero en el fondo hubiera preferido poder montar en cólera y que Arn me hubiera pedido perdón o... no sé, igual eso sería ser mala persona... No lo sé, pero no quiero que me roce ni un pelo de Arn, si se me acerca esta noche le tiraré de la cama y dormiré en el suelo, para que experimente lo que es pasar la noche sobre duro además de entre las piernas de cualquier otra mujer que no sea yo.

Pero fue antes de que nosotros... ¡Pero da igual! Seguro que al entrar por la puerta de la hospedería se ha acordado de ella, de cómo era estar en ella, de despertarse junto a ella y de lo divertido y excitante que era decir al ventero que eran recién casados, y al llegar a casa decir que estaba estudiando en...

¡Ya! Duérmeme, Eyra. Arn ya ronca, para que veas lo que a él le afecta. No es justo... le doy un codazo y un golpe con el talón.

—¿Qué, qué? —pregunta sorprendido, despertándose.

—¡Roncas! —mascullo.

Él me abraza por la espalda y yo, que me he prometido que si me tocaba lo tiraré de la cama, no lo hago. Noto su respiración en mi pelo, en mi oreja.

—Solo te he querido a ti, y solo disfruto de las noches contigo. Antes no sabía lo que era eso —me murmura, y yo me enardezco.

Amanece y Arn se queda en la ciudad para trabajar. Yo he de volver a casa para limpiarla y preparar mis aceites y maceraciones para cataplasmas, pero creo que no voy a trabajar mucho durante este embarazo; es pensar en las tinturas y sentir fuertes nauseas.

—Arn, no voy a ir a casa, me esperaré por la ciudad para volver contigo —le digo cuando se despide de mí.

—En ese caso ven a ver la obra, si no tanto rato por la ciudad te aburrirás y sé que no me vas a molestar. —Sonríe él, con cierta alegría porque yo vaya a ver «su obra».

Salimos a la calle y caminamos juntos, yo de su brazo. Veo comercios y además pasamos por diferentes mercados, no solamente de comida, enseres para la casa y baratijas, sino que también los hay de hierbas, ungüentos... siento curiosidad porque hay alguno que no reconozco.

—Igual querría comprar algún libro, si encuentro alguno, de botánica o remedios medicinales... Algo así.

Arn sonríe y me mira con orgullo.

—¿Vas a leer y estudiar de nuevo?

—No me sonrías tanto que aún me acuerdo de la conversación de anoche.

No quiero perdonarle tan rápido, siempre lo hago y no quiero hacerlo. Siempre perdono fácil, incluso a Reidar y a Padre les he perdonado siempre más pronto que tarde.

—Toma. —Y me pasa, con cierto disimulo entre las capas, algo de dinero—. Cuando termines ve a la iglesia nueva de Ladugårdslandet, aunque aún está a medias.

Me despido de una forma un poco seca. No estoy nada cómoda en esta situación... me estoy convirtiendo en Paiva.

Busco por algunos puestos de los mercados en los que venden libros, pero son poesía y poco más. Como mucho, libros elementales de escuela. Acabo saliendo de los mercados y adentrándome por la zona universitaria. La gente va bastante bien vestida, al estilo de mi hermana y su marido... al estilo de Arn cuando lo encontré en el bosque de paseo, que ni lo reconocía. Supongo que como la gente que viene a estudiar es gente con dinero, van vestidos como tales.

A día de hoy se podría decir que yo no soy ninguna campesina que pase hambre, de hecho he subido algo de peso, pero sigo desentonando en estos sitios.

Tras varias librerías con cartografías y otros libros con temáticas desconocidas para mí, logro encontrar una librería más acorde a lo que busco. Tienen mapas con dibujos del cuerpo, los huesos... Tengo que conseguir uno de esos.

—¿La puedo ayudar, señora? —se dirige hacia mí un señor cano, delgado y bajito que usa unas lentes sobre su nariz.

—Busco... Bueno, mi marido es médico en una aldea y nuestra casa se incendió —finjo. Voy acordándome de lo que hacía con mi «abuelo» y de cómo lograr lo que quiero sin delatarme.

—Oh, cómo lo siento, señora. —Y parece suavizar el gesto.

—Así que me ha pedido que le consiguiera algún libro del cuerpo y otro de remedios de la zona, o de curas con plantas —prosigo con mi lastimero personaje—. Lo siento, pero no sé concretamente qué querrá mi esposo, y como es un hombre tan ocupado y que se debe tanto a sus pacientes he querido venir yo por ahorrarle tiempo. Si usted pudiera ayudarme... yo solo sé de hilos y alfileres.

—¡Claro que sí, señora! —Y se aleja hacia una estantería de donde me trae tres libros, a cada cual más grueso y pesado.

Luego se dirige a otra estantería y me trae otros tantos libros y los pone sobre la mesa.

Los miro y quiero tocar.

—¿Puedo? —le pregunto.

—Claro, pero le advierto que una dama como vos no debería ver ciertos dibujos, pueden ser muy desagradables.

Me hago la inocente y teatralizo más mis gestos, haciendo como que temo el contenido de los libros, cuando en realidad estoy ávida de conocimientos. Hay bastante texto y este lo acompañan numerosas ilustraciones de huesos, de cuerpos, de cabezas, de bocas, de miembros, de... por dentro estoy perpleja y maravillada, por fuera he de hacer que estoy escandalizada. Cierro el libro fingiendo repugnancia. Abro otro y es muy similar, la letra es más clara y la entiendo mejor y los dibujos

son más finos, además habla también del embarazo y de los niños.

Cierro el libro haciendo notar mi incomodidad, totalmente falsa en realidad. Lo señalo como uno de los elegidos.

—Estos son muy complicados, señora, y no entenderá las diferencias, así que elijo yo por vos.

—No, por favor, algún día querría ayudar a mi marido a atender a los enfermos y debo empezar a saber cosas... ¿qué diferencias hay entre cada uno de ellos, aparte de la calidad de la encuadernación?

—Este primero lo han traído del sur, de la Universidad de Padua, Italia. Los remedios son modernos, con sales y minerales descubiertos recientemente. Este del medio son remedios conocidos desde tiempos inmemoriales, que seguramente sean más superchería que medicina.

«Y si crees que es un fraude, ¿por qué lo vendes?», me pregunto, sin dejar que mi verdadera personalidad domine mi faz.

—Y el tercero es una compilación de diferentes teorías médicas y los tratamientos según Celso y otros grandes médicos recientes.

—¿Y no tiene ninguno de plantas medicinales de la zona y de cómo usarlas? Como verá, los aldeanos son gentes muy arraigados a sus costumbres y si mi marido les recomienda una cura con cataplasmas ellos suelen obedecer más que si les manda sangrías y mezclas medicinales —insisto.

—Lo siento señora, pero lo que usted busca no lo tenemos, quizás en alguna librería de botánica.

—Déjeme ver el de los remedios conocidos —le pido con la mano extendida, para que me pose en ella el libro.

Le echo un rápido vistazo y veo que las supercherías son tratamientos que yo realizo habitualmente y ninguno es nuevo para mí, más bien se queda corto el libro.

—¿Cuánto cuesta el de an-ato-...? —Nunca había leído esa palabra.

—El de anatomía, escrito en sueco como muy bien vos habéis elegido, son quinientos dáleros, o puede pagarme en riksdaleros o en papel, como vos preferáis.

No estoy al corriente del valor de las nuevas monedas que recorren ahora el país tras la fundación del nuevo banco en la ciudad.

—Le pagaré en dáleros, en las aldeas no usan todavía la nueva moneda... y ya sabe, nosotros nos adaptamos a los aldeanos, ¡qué remedio!

Le compro el libro de a-na-to-mía que me deja casi sin dinero y me dirijo a la búsqueda de una librería sobre plantas cuyos usos yo desconozca. Ahora resulta que sanar con plantas no tiene que ver con la medicina, que es superchería o superstición. Ya no estoy tan segura de querer saber qué pone en el libro que me acabo de comprar. Quizás con los apuntes que tomé del Druida sea suficiente, quizás ya no haya más. Al fin y al cabo, hasta ahora me han sido muy útiles y con el aullido he compensado mucho la falta de más conocimientos.

Tras buscar y preguntar a varios estudiantes sobre una biblioteca o venta de libros donde pudiera hallar lo que busco y no lograrlo, me doy por vencida. Los comercios ya están cerrando y ya no queda casi rastro de los mercados.

Voy a buscar a Arn para comer juntos y marchar a casa. Le enseñaré el libro de ana... ana-tomía y lo empezaré a leer en cuanto lleguemos a casa.

La ciudad está cambiando rápidamente; está creciendo mucho. No me extraña que a Arn le vaya tan bien el trabajo y le contraten tantas veces.

Tengo que volver a preguntar un par de veces cómo dirigirme a Ladugårdslandet, pues procuro no venir mucho a la ciudad, ¡y todo está cambiando tanto!

Al fin llego a la nueva zona, con calles más anchas y luminosas, edificios nuevos de piedra y con varias alturas. Tiene que ser muy cansado subir la colada hasta allí arriba, subir las vajillas, subir la comida... No entiendo estas nuevas construcciones y no quiero preguntarle a Arn, seguro que piensa que no soy moderna y que mi mente de aldeana no comprende todo esto, aunque sí, sé que mi mente de aldeana no comprende todo esto, y no es que no lo haya visto ya antes en otros países, es que nunca creí que lo fuéramos a copiar.

Supongo que las guerras han sido beneficiosas para este lado del mar y el Rey y todos los que se han beneficiado tienen que anunciárnoslo a todos.

En mi camino por la ciudad he podido escuchar a gente decir cosas como «ya era hora de que nos diéramos cuenta de lo que valemos»... no entiendo, ¿antes no sabíamos de qué somos capaces cada uno? ¿Hasta ahora no hemos sabido trabajar juntos? En la aldea siempre hemos trabajado unidos... supongo que en la ciudad, o en el puerto, esto no se estila. Tanta gente en un solo sitio ¡debe de ser tan caótico! ¿A quién acudiría yo si necesitara ayuda? Con tanta gente desconocida, ¿de quién debería fiarme? Pero esto no me preocupaba en mis viajes, simplemente no solía fiarme y no solía pedir ayuda.

Ya llego al espacio vacío entre tantos nuevos edificios. Parece una plaza, de hecho creo que quedaría mejor poner una plaza y dejar que crecieran unos árboles, pero me temo que el alcalde y los sacerdotes de la ciudad no quieren eso en este nuevo barrio.

No hay nadie trabajando; están todos en sus hogares, comiendo. Bueno, todos no.

Mi marido habla con un sacerdote luterano mientras le muestra un papel muy grande con sus dibujos. Arn no dibuja bien una planta de romero, pero sabe dibujar con sorprendente detalle cualquier parte de una casa. Me sorprendió la primera vez que me enseñó uno de sus edificios inventados. Parecía como si hubiera empujado el papel contra el edificio con tanta fuerza que la huella de este se hubiera quedado en él. Me quedé maravillada.

Y lo que más admiro es la rapidez con que usa el grafito y la regla. Luego lo repasa con el tintero y en menos de una tarde ha dibujado el exterior y el interior de una biblioteca. Lo mismo que a mí me costaba hacer el dibujo a grafito de una simple ortiga.

Supongo que sí, que Arn tenía que ser arquitecto.

En el terreno donde están construyendo la iglesia hay un enorme agujero; ancho y profundo como la altura de cuatro hombres, con algo de agua al fondo, donde están colocando piedras y argamasa y se elevan unos pilares. Hay unas tres cabrias, o aguilonos... no los sé diferenciar, y dos hombres que por la pose parecen guardias. Deben de vigilar que nadie se lleve las herramientas y los materiales.

Arn y el presbítero siguen hablando. No les molesto. Me quedo a un lado y el sacerdote se percata de mi presencia, entonces Arn se gira.

—Ah, es mi esposa, la señora Rudbeck —le explica él y me tiende la mano para que me acerque a ellos.

Hago media reverencia, inclinándome levemente y mirando al suelo. Sí, hasta yo misma me sorprendo de lo bien que sé interpretar personajes. Arn, de hecho, se ha quedado algo confundido; no se lo esperaba.

—Usted es Jonás Aurelius, el sacerdote de esta iglesia —me apresuro a decir, ya que mi marido parece haberse quedado sin habla momentáneamente.

Le miro y veo que no hace caso, que está mirando el plano ¡Y yo que creía que estaba asombrado de mi aptitud como comediente!

—Señora Rudbeck, tiene una mirada muy inteligente —parece lisonjear al clérigo y se dirige a mi esposo—. Tened cuidado, u os llevará por el mal camino.

Río brevemente, haciendo ver que he creído que él bromeaba, pero el sacerdote no parece igual de divertido ¿Acaso lo estaba diciendo verdaderamente en serio? El sacerdote de la aldea es más condescendiente que los de la ciudad, según veo.

Me aparto para que Arn termine de hablar con el imbécil del cura. Arn se anota todas las quejas y propuestas que este le hace.

Tiene paciencia, la que yo no tengo con casi ningún paciente, pues soy muy tajante con las indicaciones que doy y no me gusta ceder. Sé que los enfermos y sus familiares tienden a saltarse muchas indicaciones, así que si me mostrara permisiva no seguirían ninguna de las directrices y no sanaría ni en tres primaveras.

Por fin se despide y yo vuelvo a hacer media reverencia a modo de despedida. Qué asco tener que inclinarme ante ese imbécil.

Comenzamos la marcha hacia el centro de la ciudad, a nuestra hospedería para recoger los caballos y marchar a nuestra casa.

—¿Has comido? —me pregunta Arn, ofreciéndome el brazo para que me sujete a él.

—No, te esperaba.

—¿Qué libros has comprado? —se interesa mirando al paquete que llevo bajo el brazo.

—Solo uno, y me ha costado muy caro —le respondo con pesar—. Uno de a... anatomía.

—¿De veras? —Parece más contento él que yo—. ¡Muy bien!

—¿Haces caso a lo que te dice ese loco viejo? —le pregunto, acordándome de todas las anotaciones y de lo que ha dicho sobre la inteligencia y las mujeres.

—Es quien hace los pagos; he de hacerle caso.

—¿Y de lo que me ha dicho? —insisto.

—Esas cosas ni las oigo. —Sonríe—. No puedo discutir con todo el mundo que dice tonterías, Eyra, tú tampoco lo haces porque sabes que no es sensato.

Tiene razón, yo cumplo con mis personajes para que no me ocurra lo que a Murriel... y tampoco querría bajo ninguna circunstancia que a Arn le ocurriera lo que a los druidas.

Miro hacia atrás y no hay nadie. Las calles están vacías. Todos comen. Me acerco a Arn y le doy un beso en la mejilla. Arn me responde con otro en una ceja.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —pregunta con cierta timidez.

—No, quizás en realidad esté algo enfadada conmigo misma —recapacito en voz alta—. Porque muchos y muchas habéis tenido una juventud en la que ha habido romance y yo... Bueno, yo ya sabía que no me pasaría nunca.

—¡Eyra! —Y me aprieta firmemente la mano—. ¿Pero tú sabes la desazón que tenía de no poder verte? ¿Sabes todas las noches que estuve sin poder dormir? ¿Sin saber si vivías, si estarías casada con otro o qué sería de ti? Sé que esos años no fueron agradables del todo para ti, en absoluto lo fueron para mí, pero ¿qué sería de ti a día de hoy sin ellos? ¿Y de mí? Si hubieras sido como otra más del pueblo, ¿tú crees que estaríamos casados hoy?

Sé lo que me dice, lo comprendo, pero es que hay veces que pienso que me he casado con el primer hombre que he conocido, que no he podido elegir en realidad... y por otra parte, ¿cómo elegir a otro!

Llegamos a la hospedería y nos metemos en la taberna. Comemos y partimos a nuestra casa.

De camino a nuestra casa podemos ver, en diferentes puntos donde cuelgan avisos, carteles advirtiendo de que un bandido está haciendo de las suyas por la zona y que está herido, que si alguien sabe de él informe a las autoridades locales. Además hay una breve descripción de él. Sí, es el ladrón que me asaltó, y ya lo están buscando.

Ahora siento cierta lástima por él. Quizás no pueda comer si no es robando, al fin y al cabo no parecía muy diestro cuando me atacó, era bastante bisoño o eso parecía.

Si sigo rumiando estos pensamientos acabaré dándole la razón al alguacil borracho acerca de la inutilidad del muchacho por no ser capaz de herirme a mí, una mujer del tres al cuarto.

¡Oh, ya basta! Necesito descanso, me estoy volviendo loca. El hilo de mis pensamientos no tiene lógica ni es coherente conforme a mis firmes creencias, y si lo dijera en alto Arn se asustaría o acabaría gritándose.

Querría tomar una tisana de corazoncillo, o de barba de dragón para descansar y aclarar mi mente, hacerla callar un poco, pero me temo que estando encinta no debería tomarlas.

Al fin llegamos a casa. Hoy no he vomitado, me acabo de dar cuenta. Drakkar nos recibe con alegría y gemidos. Él siempre nos echa de menos, por mal que le sepa a Arn. ¿Cómo puede tener pelusa del perro? A veces parece un niño malcriado. De Sigríðr me lo esperaría, pero no del mayor de seis hermanos.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Estoy muy cansada. Debería empezar a leerme el libro de... pero cuando abro los ojos de nuevo ya es de noche y Arn duerme a mi lado. Me ha desvestido y me ha hecho la trenza. Creo que llevo el pelo demasiado largo otra vez, pero para pasar el invierno es mejor llevarlo largo que corto.

Mañana empezaré el libro. Me abrazo al cálido Arn y me vuelvo a quedar dormida, con su agradable olor que penetra en la almohada y sus ropas, con su cálida piel, con el sonido de su corazón... ¿cómo será el corazón de las personas? Mañana empezaré el libro y me enteraré.

¡Oh, Arn, qué cómoda me siento por la noche a tu lado! Cada día encuentro una nueva postura en la que acomodarme junto a ti, como un gato que se acurruca junto a un fuego, como un bebé viviendo feliz en el regazo de su madre, como el musgo se acopla a los árboles.

Duermo, descanso, sueño con las praderas y el verano, sueño con un bebé, descanso y respiro tranquila, casi podría hasta roncar...

¡Murriel! Y su cara ensangrentada, con la cabeza a trasquilones y con cortes, con los dientes rotos y los ojos tan hinchados que no le dejan ver, con los ropajes rasgados.

Ya no descanso.

Cuando el hielo se resquebraja.

Hace más de quince días que cayó la última nevada. Ya celebré el Equinoccio de Primavera y pronto será el Beltaine. Me impaciento, parece que aún no ha empezado el deshielo. El arroyo sigue helado y hasta que no se empiece a quebrar la superficie no debo irme al norte.

Estoy aburrída del libro de anatomía. Ya me lo he leído tres veces, he observado las ilustraciones, las vísceras y sus nombres y funciones, los huesos y sus nombres, las carnes que mueven el cuerpo... incluso el cuerpo femenino en su interior. No sé qué más puedo aprender de él, ¡si hubiese encontrado un libro de plantas escandinavas!

Cuando nazca mi hijo se lo haré ver; necesitamos un libro de plantas. Este es un pensamiento que me ha ocupado estos meses en los que, además de leer, solo he podido zurcir, coser, tejer y tan apenas sanar; ¿qué le podré enseñar a mi hijo? ¿Será portador del Lunar? ¿Será curandero? ¿Podrá estudiar como su padre? ¿Será una niña enfurecida como yo? ¿Será una niña complaciente como lo fue Paiva? ¿Será como las hermanas de Arn, tranquilas y sensatas?

Pasan los días y visito casi a diario el arroyo y observo mis pisadas en la nieve. Observo la capa que queda, la textura, si las briznas de hierba ya se asoman. No creo que haya nadie más deseoso de que asomen los pastos que yo; ni mi hermano y sus vacas, ni las mismas vacas, ni los renos en los bosques... ¡Yo!

Mi barriga ya va creciendo. Ya no parece que haya comido mucho, ya se nota que es un bebé lo que mi vientre alberga, pero las ropas lo disimulan aún. Podría parecer que soy de buen comer. No sé por qué, pero a lo mejor prefiero que la gente que me pueda encontrar en mi viaje piense eso a que se den cuenta de que estoy encinta.

Hace meses que no me he transformado. Lo evito porque no sé hasta qué punto mi bebé puede aguantarlo. Si mi madre viviera me lo sabría decir. Padre no se acuerda ya. A veces creo que quizás Padre ya la haya olvidado, pero en otras parece recordarla como si los años no hubieran pasado. Pero bueno, Padre ya no es joven, ya es el viejo Sven, uno de los ancianos de la aldea, cada día más sordo y con peor vista. Solo le queda el olfato al viejo Lobo.

Arn pasa mucho tiempo en la ciudad, construyendo la iglesia. Solo viene por la noche y se va temprano por la mañana. Ni cena aquí, solo desayuna. Sé que esta casa no es el mejor lugar para él... ¿Y si nos mudamos a la ciudad? Pero no quiero que mi hijo crezca allí, donde no me fiaría nunca de dejarle salir solo. Pobre Arn, se sacrifica por nosotros.

A tres días para el Beltaine veo la hierba abrirse camino entre la nieve hacia el sol. Apremio mi paseo hasta el arroyo y tiro una piedra a la capa de hielo y esta se quiebra y la piedra cae al agua que corre por debajo.

¡Ya ha llegado el deshielo!

Rápidamente vuelvo a casa y comienzo a llenar el zurrón con el cuaderno, una navaja y con todo lo que creo que me va a ser útil para el camino. Preparo un par de fardos con comida y sobre todo con ropa de abrigo pensando en las noches que pase a la intemperie.

A día de hoy estoy encinta de unas seis lunas, así que seguro me dará tiempo a volver antes de llegar a la décima.

Ceno sola, como llevo haciéndolo casi todo el invierno, a oscuras junto a un candil cerca del hogar. Siempre ceno lo mismo que cocino al mediodía, como solía hacer antes de casarme con Arn, pero él se acostumbró de estudiante a comer diferentes guisos a lo largo del día.

Mientras recojo lo poco que he manchado llega Arn.

—Este perro a su sitio, ¡siempre por medio!

—Se dice «buenas noches» y este perro estará donde yo quiera, que para eso no estás tú —le regaño.

Se me acerca y me da un beso en la mejilla. Se gira y ve los fardos, las alforjas y el morral.

—¿Cuándo te vas? —Parece sorprendido, pero a la vez como si él supiera antes que yo que ya estaban empezando a derretirse las nieves.

—Ya lo sabías; tenía que llegar el deshielo, y el deshielo ha llegado —le hago ver.

—No, hasta que no se vaya la nieve no te marcharás —protesta.

—¡Claro! Y si te parece, en vez de caminar con comodidad como aún lo hago ahora, me voy a punto de parir y, si a usted le place, incluso puedo parir por el camino. Lo que vuestra merced prefiera, mi señor. —Termino haciendo una reverencia.

Me incorporo y apago el candil, dejando la estancia en la más negra oscuridad, pero no tengo problema; me sé esta casa demasiado bien. Estoy todo el día en ella, cosa que Arn no, y se choca varias veces con diferentes muebles e incluso la pared, tras lo cual jura.

—Eyra, le diré a tu padre que te venga a azotar con el cinto —me amenaza seriamente.

—A mí no me azota nadie, Arn. Amenázame de nuevo, que yo no te amenazo, yo lo hago... y sin avisar —le digo desde el dormitorio donde me estoy quitando la ropa para meterme en la cama.

Drakkar se ha ido hace rato a su lecho. Cuando llega Arn ya sabe que tiene que retirarse de en medio, casi desaparecer. Antes no era así con el perro, ¿se habrá cansado de él? ¿También se cansará de mí?

Se desviste, se lava la cara, manos y torso y se mete a la cama, estirando de la manta con malos modos.

—Me da igual, Arn. Me lo prometiste. Tú me animaste a esto, ¡tú! —le recuerdo, y no sé por qué me entran ganas de llorar, aunque no lo hago—. Estaría un mes fuera, como mucho treinta y cuatro días. Volveré antes.

—Pues espérate a dar a luz —insiste.

—¡Arn, otra vez no! —me enervo y el nudo en la garganta me hace más presión—. Ya lo hemos hablado, lo hemos pensado y el mejor momento es ahora. Pensaba irme en un par de días para despedirme de ti, pero mañana madrugaré y me iré... antes que tú, porque no me place tener que hacerte el desayuno.

No dice nada, yo tampoco. Se hace el silencio y se hace un nuevo día en el que me levanto, me visto con ropajes más cómodos para viajar, como algo de las sobras de ayer y me marcho con mi caballo y mi perro.

Arn se ha despertado pero no me ha querido decir adiós, ni siquiera desayunar conmigo. Y luego dice que yo me comporto como una chiquilla malcriada, ¡no tiene ni idea! Me parece que a él no le dieron ni la mitad de correazos de los que me dio a mí mi padre, ¡para que amenace con que me los van a volver a dar! A mí ya no me pone la mano encima nadie, cuidado con quien se atreva porque se quedará sin ella.

Marcho hacia el norte y sus grandes montañas, aún todas blancas. Voy calma, ligera pero sin prisa. No voy a tomar atajos, Arn no se los merece. Voy a ir de aldea en aldea, si en vez de treinta y cuatro días, como calculé que tardaría retrasándome, tardo uno más... tampoco pasa nada. Más días he estado yo a su espera durante este invierno. Evito pasar al país vecino, todavía no. Prefiero ir por la costa este e ir subiendo poco a poco.

Tras cinco días de marcha tengo que redirigirme hacia el interior, al noroeste. Las aldeas son cada vez más pequeñas y en ocasiones inexistentes como tales, por el contrario son cabañas aisladas de pastores *samis* [2], o ni eso, a veces solo encuentro *lávuts* [3]. A veces les espanto el rebaño sin querer; se camuflan en la nieve y no los veo, por lo que tampoco los rodeo, pero la mayoría de los *samis* no se enfadan, sino que me dan cobijo y alimento.

Subo las montañas, pese a que muchos pastores me han advertido que es peligroso, pero tengo que seguir.

Hoy hace frío y anochece. No hay ninguna cabaña ni ningún *lávut*. Encuentro, entre piedras, un refugio donde cabemos el caballo, Drakkar y yo. En las paredes hay pinturas de renos de color blanco, eso indica que no soy la primera que duerme aquí, de hecho hay restos de otras hogueras, aparte de la que hago yo.

No logro dormir, hace mucho frío pese a que estoy entre el caballo y el perro. Uso todas las mantas pero hace demasiado frío. Estas tierras son demasiado hostiles, no sé cómo los *samis* aguantan y sobreviven.

Drakkar está helado también, y el caballo tiembla y tampoco logra dormir. Me duele todo el cuerpo, sobre todo los pies, que los llevo llenos de sabañones. No me queda otro remedio, he de invocar a alguna manada. Temo porque puedan comerse mi caballo... pero también podrían atacar a Drakkar. No, no lo harán, sabrán que son míos, que yo soy su señora.

«Hace demasiado frío aún»... no, de eso nada Arn. Soy una Aulladora y tengo mis recursos. Me transformo y aúllo;

*«Tu fuerza fluye, fluye y crece,
El aullido fluye hasta el cielo.
Tú, hermano lobo, llévame contigo
a través de las tierras con caza.
Muestra tu verdadera cara,
Tu fuerza fluye, el aullido fluye
a través de las tierras con caza
hasta el cielo».*

Al cabo de un largo rato Drakkar ladra; «vienen los lobos» me está diciendo. Y uno a uno van entrando hasta siete. Se tumban todos juntos, apiñados con nosotros... y yo logro dormir tranquila, aunque el caballo no tanto.

Amanezco bastante bien, Drakkar está a mi lado y el caballo está buscando brotes en la puerta de la cueva. Los lobos se fueron con el primer rayo del alba.

Continuamos la jornada, subiendo laderas, intentando lograr cruzar estas escarpadas montañas.

Por la posición del sol ya debe ser medio día, aunque aquí el sol es muy traicionero pues no se comporta como en el sur. Bueno, si me escuchara el Druida me daría un bastonazo, ¡como si no recordara sus enseñanzas acerca del sol y los demás astros! No es el sol el que «se comporta», sino que se debe a mi posición sobre la Tierra.

El valle por el que vamos hoy es muy ancho, entra la luz del sol y no hay tanta nieve. Veo una fuente humeante, ¿quién la calentará? Alrededor no tiene nieve, solo hierba. Me acerco a ella y aspiro el aire que mana de ella. No parece que sea venenosa, de hecho mi caballo y Drakkar beben tranquilamente de ella.

Me mojo la cara con la agradable agua. No quema, es más suave que la sauna. Me mojo un poco más... y acabo quitándome las ropas y metiéndome en la charca de agua caliente, tan agradable... Solo una vez experimenté algo así; en casa de Paiva cuando conocí a sus hijas. Me bañó en una palangana grande, pero esta poza lo es más y me puedo estirar y me sumerjo aunque el agua solo me llegue a la cintura. Cierro los ojos, respiro... y cuando los abro veo que el caballo se ha alejado y que Drakkar está contento, nervioso alrededor de la poza.

«¡Maldito caballo!», pero no me sale la voz.

Me miro y no veo manos, ¡veo unas patas peludas! Imposible, ¡yo soy Aulladora y no Lobo! Uso el agua a modo de azogue y me miro, ¡no soy yo! ¡Soy un lobo! ¿Soy un Lobo? ¿Qué está pasando? Estoy muy sorprendida, un poco asustada incluso, ¿le pasará algo a mi bebé? Intento verme el vientre y solo me parece ver el cuerpo de un perro gordo.

Salgo del agua rápidamente y me entra una especie de escalofrío que me hace sacudir mi cuerpo, ¡como Drakkar cuando se moja! Lo he hecho igual que un perro. Vuelvo a sacudirme varias veces más, no quiero quedarme fría. Me tengo que secar cuanto antes para poder alcanzar al caballo sin que se espante más.

—Drakkar, ve a por él y tráelo —le pido.

Y aunque no me sale la voz, él obedece con gran precisión. Me entiende incluso mejor que antes. Sin embargo yo sigo sin entenderle a él. Sus ladridos, sus gruñidos y gemidos son igual que antes. Está claro que solo he cambiado por fuera.

Me tengo que secar y no sé cómo acelerar el proceso, pues el sol no calienta demasiado. Me tiro a la hierba y me rasco, intentando quitarme el agua del pelaje.

Poco a poco, muy poco a poco me seco... y vuelvo a ser yo, con mi prominente barriga libre de pelaje. Me visto rápidamente puesto que empiezo a tener frío. Mi perro salta a mi alrededor y me tira de los ropajes con los dientes.

—¡Tyr! — le digo enfurruñada— No te pongas tan contento que esto no se repetirá, ¿y si me congelo porque no me seco?

Me río al verlo tan excitado.

Monto el caballo y seguimos, de nuevo sobre nieve, hacia el noroeste. No podemos estar lejos de la costa oeste, conforme avanzamos noto más y más la brisa húmeda. De hecho, la huelo... ¿la huelo? ¡Sí, la puedo oler! ¡Vaya sorpresa!

Tengo mucho más olfato, ¿habrá sido la poza? ¿Convertirme en lobo me habrá dotado de las características de los Lobos? ¿Y ahora voy a ser Lobo? Todo esto se lo tengo que preguntar a la vieja de Reinøya.

Empieza a anochecer y me parapeto en una oquedad de la montaña. Hoy la noche no es tan fría como la anterior, no hace viento y el cielo no tiene nubes. Se está bien, se oyen aullidos de lobos a lo lejos y al compás caen relámpagos, cosa extraña porque no hay nubes... ¡cómo me gustaría saberles contestar! Solo para decirles «¡Gracias! Anoche dormí muy bien» o «Yo también estoy aquí».

Una luz verde me hace abrir los ojos, ¿qué es eso del cielo? Flotan unas luces, verdes, azules, amarillas, rosas y moradas... ¿Dónde estoy? El Druida me habló de las luces del norte que flotan en el cielo, ¡pero creí que se parecerían a las luciérnagas!

Esto debe ser Ásgarðr, no cabe otra explicación; la poza de aguas mágicas, las luces del cielo... ¡quizás hasta conozca a Odín!

Me entra la risa.

Drakar está embobado mirando al cielo, en silencio. Si fuera Arn lo abrazaría.

¡Qué narices! Abrazo al perro y me quedo con él mirando las luces... hasta que nos despierta el día; el noveno día de mi viaje a Reinøya.

No sé si es porque mi cuerpo o mi bebé echan en falta comer caliente, no sé si es por haberme bañado en esa charca, pero se me nubla la vista muy a menudo.

Quizás sea que aquí no controle mi poder y me esté transformando en Aulladora sin darme cuenta.

—¿Qué es eso? —me pregunto murmurando.

Drakkar también lo observa, así que no es ninguna ensoñación ni visión extraña. Hay dos manchas blancas de nieve que se mueven sobre otra mancha de nieve más grande. No puedo dejar de mirarlas. La brisa viene de lado, así que no puedo olfatearlo y no sé si es un animal o algún suceso mágico como las luces del cielo que vi anoche.

Me acerco cada vez más y entonces las manchas se detienen y se yerguen. Por la distancia a la que me encuentro y la altura que alcanzan calculo que son casi el doble que una persona... ¿acaso no serán...? Algo me golpea la cabeza y todo se hace oscuridad.

Cuando despierto me hallo junto a mi caballo en una cueva con una hoguera.

—Drakkar —lo llamo con la poca fuerza que tiene mi voz ronca casi muda. Me duele la cabeza, tengo un buen chichón.

El perro no aparece. Me levanto y reviso mis cosas; parece que no me falta nada, ni tan siquiera la comida. No lo entiendo, ¿alguien me ataca para esto? ¿Para robarme el perro? Si esto fuera una jácara, sería una de burla.

Me asomo a la entrada de la cueva con cuidado y fuera veo un hombre muy poco vestido que juega con Drakkar. No es que el perro haya dejado de ser juguetón, es que sus amos ya no juegan con él.

Sin poder evitarlo me fijo en el hombre, en la espalda bien formada, más ancha en los hombros y que estos son rectos y redondos. Para el frío que hace aquí el hombre va muy mal vestido. Lleva unos andrajosos gregüescos de color gris, quizás en origen el color fuera otro. Sinceramente, no creo que los lave mucho, y a juzgar por su pelo él tampoco se lava mucho.

Su pelo es más claro que el mío, largo para un hombre, casi tan largo como el mío, y lo lleva anudado en una cola, sin parecer demasiado suave. Se gira mientras juega y salta con el perro y veo que lleva barba y que tampoco tiene casi canas en ella. Se ríe a carcajadas y no le faltan dientes, ¿qué comerá por aquí para que no le falten dientes?

Entonces para de jugar y se dirige hacia mi posición, hacia la cueva... y me mira fijamente. Drakkar viene corriendo hasta a mí, contento, despreocupado... él le ha dado el visto bueno pese a que me ha partido la crisma.

—¡Tyr, a tu sitio! —le ordeno enfadada. Me ha fallado.

El hombre se acerca y me presenta su mano de una forma aparentemente cordial. No sonrío pero su gesto tampoco es muy serio.

Le estrecho mi mano como hacen los hombres.

—Soy Eyra, y no sé por quién he sido atacada ni retenida —me presento indignada—. Si lo supiera le devolvería el golpe.

—Torolf. —Y sigue clavándose la mirada sin cambiar su gesto, ni a mejor ni a peor. Sus ojos son de un color... no sé dónde he visto ese color antes, pero creo que no fue a alguien muy normal, no sé si...

—¿Tú me has golpeado? —insisto cortándome a mí misma el hilo de mis pensamientos.

¡Tonta! Me puede más el orgullo que el intentar recordar de quién es esa mirada.

—Los osos te estaban oliendo, los osos te iban a atacar —explica—. Para que no hables te doy golpe, te subo al caballo y venimos aquí. Tu perro entiende y no ladra.

Parece no hablar muy bien mi idioma. Se mete a la cueva y se sienta junto a la hoguera, alimentándola con un par de ramas secas.

—¿De dónde eres? ¿Qué idioma hablas? —le pregunto pausadamente.

—Aquí, hablo poco —responde.

—¿Vives solo aquí? —le pregunto extrañada.

—Sí, aquí bien. —Sonríe al fin, y yo le sonrío.

En realidad me parece muy atractivo.

—¿No pasas frío?

—No.

Qué escueto.

—¿Tú dónde diriges? —me pregunta.

—A Reinøya.

—No sé dónde queda. —Pero parece pensar mejor de lo que habla, quizás esté fingiendo o callándose algo.

—Torolf... ¿estamos en Ásgarðr?

Se ríe.

—Esos cuentos... Si tú crees eso mejor cree que todo es Ásgarðr, en todos sitios hay dioses.

—No, en todos no, créeme.

—¿Loki? —me hace recapacitar.

—Sí, tienes razón —cedo.

Se hace un ligero silencio y veo que la luz del sol se va apagando.

—Hoy duerme aquí —me ofrece Torolf.

—¿Quién te puso ese nombre?

—Mis padres.

Eso lo ha dicho a la perfección.

—Torolf... ¿el lobo de Thor?

—¿Tu perro Tyr? Mal nombre para tu perro.

—No quiero decir eso... ¿por qué un lobo y no el martillo?

—Mi madre decía que cuando yo bebé nacido lloraba, y si lloraba lluvia y truenos.—Sonríe—. Luego crecí, y si cantaba... truenos, si gritaba truenos.

—¿Sabes aullar? —Levanto una ceja y le clavo la mirada.

Él ríe y se me acerca mucho, demasiado... pero no me molesta en absoluto. Parece que va a decirme algo, pero no dice nada, incluso aparta la mirada, parece que se ha arrepentido de lo que iba a decir o a hacer.

—Yo sí sé aullar —le confieso.

—Y yo; au, au, —se burla.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Enséñame. —Me mira desafiante.

—No debo, estoy embarazada y debilitaría a mi hijo.

—Lo sé, enséñame en ojos no, enséñame la luna.

—No sé si le entiendo... ¿el lunar?

—Mira. —Y se baja con sus pulgares un poco los pantalones, al hacerlo se le marca más la musculatura.

¡Anatomía, Eyra! Solo son carnes y vísceras, no te ruborices ni hagas tonterías.

Bajo la cresta ilíaca derecha, más en el vientre que en el muslo, se ve un lunar que claramente es una media luna, tan perfecta... justo al lado de un mechón de vello oscuro, como el mío. Levanto la mirada sin mover mi rostro y veo que Torolf me clava los ojos que son castaños... pero casi ambarinos. Eso era lo que me tenía descolocada. Quizás aquí, debido a la presencia de las luces y de las aguas mágicas el color de los ojos varíe, ¿los míos también estarán cambiados?

—Eyra, ¿tu luna? —Parece hablar con más amabilidad, menos brusco, más suave, casi como si susurrara.

Me giro y le doy la espalda. Me retiro la capa y me deshago del jubón. Paro, ¿voy a enseñarle la nalga a un hombre que acabo de conocer hoy, estando embarazada y casada? No me reconozco, pero por otro lado... tengo que hacerlo.

Desato los lazos y me bajo el vestido, sin mostrarle en ningún momento mi torso; con un brazo me abrazo al vestido, cubriéndome por delante, y con la otra mano le señalo dónde está el lunar.

Tengo frío y mi piel se eriza.

Su mano me da calor en la nuca y se desliza con cuidado, como si fuera a rallarme, y finalmente para justo donde el lunar.

Oigo su respiración... y acelera la mía, aunque intento disimularlo.

Estoy petrificada, no me atrevo a girarme, no debo girarme... pero me gustaría girarme. Para mi sorpresa y alivio, deja de tener contacto conmigo para ponerme mi capa por encima. Ahora sí me doy la vuelta y le miro; sigue con ese gesto que no es pura amabilidad, pero tampoco es desagradable... mirándose fijamente con esos ojos entre avellana y naranjas.

La verdad es que no he visto a un hombre más perturbador y sugestivo, pero Arn... y aparto mi mirada.

—Debería vestirme, yo no estoy acostumbrada a este frío. —Intento disimular, hacer como si no supiera qué ha pasado, hacer como si nada hubiera pasado.

Él no habla, me sigue mirando, aunque creo adivinarle una sonrisita entre la barba.

Preparo mi cama cerca de la hoguera, que alimento con dos ramas más. El perro no se ha movido de su sitio desde que le he reprendido, ¿así se lo pagas a tu amo? ¿Acaso te ha parecido estupendo todo lo que acabas de presenciar? ¿Lo apruebas? Perro estúpido; un extraño te hace un poco de caso y ya lo aceptas sin más.

Me quiero vestir, pero Torolf no se gira ni hace mención de dejar de observarme y, extrañamente, no me parece incómodo. No quiero que me vea desnuda, de frente... pero tampoco me disgusta su actitud.

Me tumbo, abrazada al vestido con una mezcla de frío y pudor... o quizás solo sea nerviosismo. Aprieto la mandíbula y me cubro lo mejor que puedo con la capa y con la manta que llevo para dormir. Le doy la espalda porque no sé cuánto tiempo más podré aguantarle la mirada y no quiero tener un enfrentamiento real con él; sé que estoy en clara desventaja, tampoco soy tan estúpida.

Oigo que se acerca y se tumba junto a mí, se tapa con mi manta.

—¿No tienes tu propia cama? —refunfuño, pero en el fondo creo que prefiero dormir así.

No contesta.

—Hace dos noches me abrigaron los lobos —le cuento, mientras se me cierran los ojos.

—Lo sé, esta noche son dos que duermo juntos.

¿Qué? ¿Y no me va explicar nada más? ¿Cómo que es la segunda vez que dormimos juntos?

Torolf sigue callado, ahora me abraza... y duermo mejor que en mucho tiempo, mejor que en meses, quizás ya años.

No sueño, no me despierto... solo paz y descanso. Pero amanece y despierto pese a que lo único que querría hacer es seguir durmiendo... pero Arn, Reinøya...

Tengo que seguir mi viaje.

Torolf no está y Drakkar se encuentra a mi lado, sentado mirando a la entrada de la cueva. Está esperándole. También le ha seducido a él.

Pero yo no puedo permitirlo; tengo que irme ya.

Me visto lo más aprisa que puedo y salgo de la cueva, estirando del caballo. Drakkar me sigue como habituaba a hacer días atrás; parece que vuelve a ser mi perro y no el de un extraño.

Ensillo al caballo y monto. Me gustaría poder galopar... pero ya me pesa la barriga y me molesta, así que me incorporo y mando al caballo trotar hacia Reinøya.

Intuyo que tengo que subir esta colina nevada, así que hago subir al caballo, pero no avanza tan rápido como me gustaría; se queda atascado en la nieve y tiene que dar varios brincos para poder salir de ella. Si los lobos quisieran ahora sería un buen momento para conseguir carne fresca.

Tengo hambre, pero debo irme, y mejor así sin despedirme. Arn... si lo supiera, después de la discusión que tuvimos por su comportamiento juvenil, por sus líos amorosos antes de ser mi prometido, mientras yo aprendía junto al Druida... ¿y si hubiese conocido antes a Torolf? ¿Me hubiese casado con Arn? No quiero continuar con ese hilo de pensamientos, tengo que centrarme en Reinøya.

Cuando subo la colina avisto el mar a lo lejos y lo que parecen varias islas cerca de la costa. Tengo que estar cerca.

Se oye un estruendo repentino, ¿quizás un alud por el deshielo? Miro a mi alrededor, miro hacia el valle que he abandonado y veo a Torolf. Bueno, solo intuyo que es él.

Otra vez ese estruendo y, sin embargo, no hay nubes. ¿Quizás...? no ¡imposible! Aunque imposible, con lo que sé hoy, sé que no hay nada.

¿Será en verdad el lobo de Thor? Pero no le he oído gritar... y no me atrevo a gritarle, podría provocar una avalancha y sería peligroso para ambos.

Querría decirle: «Es lo que tengo que hacer» o «Quizás a la vuelta podamos hablar» o... «Ven conmigo»... No lo sé. No sé nada.

Y no sé por qué, me duele irme, me duele y mis ojos permiten que caigan lágrimas cuando me giro y me pongo rumbo a la costa.

Llegar a Reinøya sin desesperar.

Esta costa es bastante fría y, pese a que ya comenzó el deshielo, hace bastante frío o quizás me haya vuelto una acomodada y ya no recuerde lo que es dormir con ventisca.

El abrigo de piel no abriga tanto como creía y llevo dos días sin comer nada. Torolf no me dio de comer, aproveché que se fue a cazar el desayuno para irme.

No hay ninguna aldea ni ningún puerto por aquí, y no me atrevo a pescar. Si me mojara me pondría morada y luego negra, y tendrían que amputarme algún dedo o un pie, y no creo que el bebé lo soportara. Tampoco tengo leña seca para hacer una mísera hoguera en la que asar un par de peces. Quizás me haya equivocado viniendo y deba regresar ya, antes de que el bebé sufra demasiado.

Sigo el camino que me indicaron en la última aldea y que he podido retomar tras el rapto de Torolf. Era una aldea tan diminuta, tan pequeña, que ni la llamaría así. Dos fumos que vivían de los renos, seguramente incluso eran familia. Como si al lado de mi casa vivieran mis sobrinas o algo por el estilo.

Estas tierras son un laberinto de marismas e islotes. Cuando creo que me estoy acercando resulta que me he equivocado y tengo que volver sobre mis pasos. Hay demasiadas sendas hechas por los renos y confunden el camino principal.

Por fin el camino me lleva a un embarcadero pequeño de madera, para barcas y, para mi sorpresa, cerca hay una cabaña de color amarillo intenso.

Me acerco y toco la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —dice una voz de mujer de cierta edad.

Abro la puerta y contra mi rostro choca un agradable aire caliente, que enseguida me parece sofocante.

—Llevo perro, señora —adviento a la mujer que está lijando una tabla junto a un hogar con una agradable hoguera.

—¿Muerde? —me dice, mirándome de soslayo.

—No, señora.

—Pues que entre también. Dígame qué necesita.

Cierro enseguida la puerta tras de mí, pero no entro del todo en la estancia. No quiero manchar el suelo.

—Busco a la vieja de Reinøya.

—Hace meses que no se sabe de ella, quizás ya se la haya comido algún oso o simplemente los gusanos —comenta con naturalidad, sin dar importancia al significado de sus palabras.

—Necesito hablar con ella.

—¿Eres familia de ella? —se sorprende y me inspecciona de arriba abajo—. ¿O solo vas a que te lea la mano?

—No, creo que no señora, ni lo uno ni lo otro, pero tampoco creo que deba de darle más explicaciones, y o solo quiero saber por dónde continuar mi camino.

—Pues has de cruzar a la otra isla que está delante y allí la buscas, ya estarás en Reinøya —me contesta sin sentirse ofendida.

—No tengo embarcación.

—Mujer, no eres la primera persona que viene buscando a la bruja, ¿de qué te crees que vivo yo? Los renos me dan demasiado trabajo y yo ya no tengo las fuerzas que tenía antes para caminar en su búsqueda. Yo te llevo en una barcaza que tengo a cambio de cuatro monedas de plata.

—¿Cuatro? —Arqueo una ceja—. No voy a regatear. Le pago cuatro si me lleva y me trae, y le pagaré a la vuelta.

—¿Y si no hay vuelta para ti? ¿Y si tu bebé se muere y tú con él? —Me hace ver que sabe que estoy embarazada.

Pero no ha sido su tono de voz, han sido sus palabras las que me han enfadado mucho y no puedo, o seguramente no quiero, evitarlo; se me nubla la vista y noto cierto dolor en los brazos y piernas, pero no dejo de dirigir mi mirada a la suya. Veo cómo cambia el gesto y que se asusta, aunque parece más sorpresa que temor por su propia vida.

—Señora, yo me sé cuidar muy bien, a mí y a mi vástago. Volveré y le pagaré —le digo con esa voz que se me pone cuando me transformo en Aulladora, pero me miro a las manos por casualidad y veo que no son como debieran, como siempre han sido.

Están recubiertas por un pelo gris, duro y suave a la vez, y las uñas negras y duras. Me veo en el reflejo de una ventana y veo que mis orejas están puntiagudas y grises, con pelo. No puedo quedarme boquiabierto y entonces veo los colmillos, ¡parezco casi un Lobo! Estas nuevas transformaciones me tienen confundida. Aquí no las controlo, aquí no soy Aulladora pero tampoco soy Lobo, aquí casi soy las dos cosas pero no soy ninguna... aquí pasa algo. Esta tierra es mágica y nadie me había hablado de ella, solo el Druida me habló de las luces de la bóveda celeste y de los largos días y las largas noches, pero no de esto.

—Mujer, confío en que volverá sana y salva, pero no voy a estar allí mientras habla con la bruja, yo tengo que regresar a mi casa. Me gusta dormir caliente y bajo techo.

—Yo la llamaré.

—¿Me llamarás? —se sorprende y hace gesto burlón—. ¿Cómo? ¿Con una paloma mensajera?

Respiro profundamente y me vuelvo a transformar en la Eyra de siempre, en la «normal», la mujer que solo destaca en tener el pelo más oscuro que la mayoría en estas tierras norteñas.

—No comprende que mi aspecto es solo una parte mínima de lo que soy capaz de hacer. Esta fachada no sirve para nada, es solo una advertencia. La llamaré y me oírás; puedo gritar muy alto si quiero, y de esta orilla a la otra no hay tanta distancia. Si aquí existiera el verano me habría echado a nadar, ¿quiere aceptar el trabajo o prefiere seguir hablando? Yo no tengo todo el día.

—Sígueme. —Y cruza la estancia, saliendo al exterior por una puerta que hay junto a lo que debe ser la cocina.

Cierro la puerta al salir y dejo que Drakkar vaya a mi lado. No me deja sola, se fia de mí y está ya muy acostumbrado a mis transformaciones.

La mujer se dirige a un granero o almacén, abre un portón y veo que tiene una barcaza con un pequeño mástil, una vela y un rudimentario timón, además de un par de remos.

—Ayúdame —me dice.

—¿La tengo que ayudar y además le tengo que pagar cuatro monedas de plata? —protesto—. Señora, me parece que esto es piratería.

Para mi sorpresa le parezco graciosa y se ríe mientras le ayudo de todas formas. Arrastramos la barcaza hasta la orilla con la ayuda de Drakkar, que estira de una cuerda con la boca.

Al principio rema y en cuanto nota la ligera brisa despliega la vela. Drakkar y yo nos mantenemos sentados. La barcaza se mueve mucho ante cualquier movimiento y a mí no me gustan los barcos.

Tras no demasiado tiempo, menos del que creía, llegamos a la otra orilla.

—Si lo sé le ofrezco tres monedas —le comento—. El viaje ha sido mucho más corto de lo que creía ¿Seguro que vos no sois Grace O'Malley?

Me mira fijamente, con cierta seriedad pero a la vez como con sorpresa.

—¿Quién ha dicho?

—Nadie, nadie...

Drakkar baja de un salto y se pone a oler el suelo y ladra un par de veces. Seguramente huelo a oso, como los que vi ayer cuando Torolf...

Bajo con cierta torpeza. La barriga me pesa y me desestabiliza.

—No tarde en llamarme, no estaré atenta más de diez días —me advierte mientras empuja con un remo contra la orilla para alejarse.

Camino alejándome del agua. Me transformo y canto invocando a los lobos. Drakkar se pone nervioso. Huelo algo en el aire; ladra y gimotea. Está avisando de algo.

Me giro hacia el mar y la señora de la barcaza ya está muy lejos. Me vuelvo a girar y veo que viene un lobo hacia nosotros. Solo uno.

No corre, solo va caminando rápido.

Cuando solo nos separan unos metros se transforma en una vieja de cabello más blanco que gris, lleno de nudos y enmarañado, sin apenas dientes en la boca y muy pálida. Los ojos los tiene grises, dudo que logre ver mucho con ellos, especialmente bajo esos párpados tan descolgados.

Se me acerca y me quita el cayado, como si fuera suyo, y observo que lleva unas extrañas marcas en la piel, como las de los marineros, en color azul; hay algunas runas y otras marcas que no entiendo.

—Intento no ser persona, me cuesta mucho más caminar —explica con voz gastada—. Y los osos me devorarían en un par de horas si vieran a una decrepita arrastrándose por las piedras.

—Soy Eyra —me presento—. Y pertenezco al Clan.

—Ya lo veo, por eso he venido. No hay nadie ya que se sepa esas canciones y mucho menos que las cante así.

—Bueno, estoy yo.

—Sí, toda una sorpresa. —Parece sincera.

—Y mi padre es Lobo.

—¿Y cómo le va de Lobo? —Parece algo sarcástica, como si por ser Lobo solo le pudiera ir mal.

—Hace unos siete años le hirieron y quedó cojo, ha mejorado con el Aullido Sanador, pero nunca volverá a caminar bien del todo.

—¿Has venido a aprender a curarle? Si sabes el aullido sanador no puedo ayudarte más.

—He venido a aprender para mí —le explico—. Tengo pesadillas recurrentes, siempre las mismas cosas horribles, cosas que he visto pero que mi imaginación también exagera o inventa. No quiero acabar enloqueciendo.

—¿No hay nadie más en tu familia que sea del Clan, que tenga el Lunar?

—Mi madre y mi hermano pequeño, pero murieron hace muchos años ya —le explico—. Tuve que ser aprendiz de un druida durante cinco años para aprender del Clan lo poco que sé. Y he sabido de su existencia por casualidad, y no me ha sido fácil venir hasta aquí en mi estado.

—Por supuesto que te enseñaré cosas, ¡eres del Clan! No insistas, además, si he venido ha sido porque me has parecido interesante, no porque me hayas obligado a venir. Ese canto no funciona conmigo.

—¿Por qué no? Estas tierras son extrañas, son mágicas... aquí no soy Aulladora ni Lobo, y el otro día me bañé en unas aguas que me hicieron ser Lobo.

—Es por las luces del cielo. —Se gira y echa a caminar por un difuminado camino.

Por el tamaño del sendero dudo que nadie venga a visitarle; parece que tiene bastante en común con el viejo Druida.

Le sigo y mi perro me sigue a mí.

—Aquí los ritos mágicos se mezclan y se confunden —me sigue explicando—. Hace falta tener mucha fuerza, mucha experiencia para que funcionen. No es fácil, pero se consigue dominar al cabo de varios años.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, pues no sé cómo dirigirme a ella.

—Soy Moa Sann, hija directa del Clan. Todos mis antepasados, mis progenitores y los suyos y así sucesivamente... Todos, todos portaban el Lunar.

Vaya linaje. Y yo creyéndome especial por ser Aulladora.

—Si te cansas, puedes subir a mí...

¡Mi caballo! No ha cruzado conmigo, se lo ha quedado la vieja de la barcaza. Espero que no lo venda y que me lo guarde.

—Tranquila, la barquera cobra caro pero no se queda nada que no le den, te lo devolverá.

Hace como Padre; oye los pensamientos.

—Puedes transformarte en Lobo si te es más cómodo —le ofrezco.

Y acto seguido se hace un lobo a mi lado, el cual camina con más ligereza pero pese a todo se nota que es una loba vieja.

No demasiado lejos llegamos a lo que debe ser su morada. Una oquedad con apenas cuatro palmos de un muro circular hecho con guijarros y otras piedras oscuras, recubiertas de tierra en forma de montículo. Podría ser una madriguera que han adornado por dentro con piedras en las paredes.

Delante del refugio hay restos de un fuego. Creo que Moa Sann pasa todos los días como Lobo y que solo se transforma si tiene visita. Comerá carroña, porque tampoco hay muchas plantas por aquí y no creo que, por mucho que se convierta en Lobo, pueda tener una buena caza.

—¿Cómo sobrevives aquí? —No puedo callarme—. Yo he vivido varios años sin techo tan apenas, pero este lugar no es nada benévolo con los ermitaños y viajantes.

Ella se hace humana de nuevo y se sienta en una piedra que hay junto a los carbones.

—Tengo mis trucos... los vas a aprender tú también. Pero lo primero es hacer fuego.

Tras más de dos horas logro hacer una pila decente de madera lo más seca posible, pero aquí es imposible hallar nada mejor. Recuerdo a Torolf, quizás Moa Sann sepa algo.

—Moa Sann, no hay nada mejor —le explico al dejar los últimos leños en la pila.

—Suficiente —espeta.

Me pregunto si el mal carácter forma parte del Clan, pero ella interrumpe mis pensamientos con unos gestos que realiza al aire, como si cogiera algo y lo lanzara a las maderas. No dice nada, solo gesticula con fuerza y resopla por ello, como cansada. Debe ser tan anciana o más que el Druida.

Me mira con cierta autosuficiencia y escupe a la madera húmeda. Entonces, empieza a emanar algo de humo que va creciendo, cada vez más, como si alguien que no puedo ver estuviera frotando dos palos, y finalmente brota la llama que crece hasta formar una hoguera.

Se sienta enfrente de mí en la piedra, la única que hay para estar junto a la hoguera, y se retira la maraña de cabellos de la cara. Yo me pongo de rodillas sobre la estera que uso para poner en el suelo y evitar algo la humedad. La miro fijamente a la espera de que ella me explique algo.

Es ahora cuando lo veo; tiene dos Lunares, uno en cada sien.

—¿Eres Aulladora también? —le pregunto con normalidad. No quiero parecer sorprendida, la anciana ya es bastante altiva de por sí.

—Sí, ¿ya me has visto los dos lunares? —Parece que me llamara lerda.

—Moa Sann, no he venido a que me llame tonta, ni ciega, ni cosas así... Si quiere me ayuda y si no me marcho por donde he venido.

—Transformate, vas a cantar un aullido pero te advierto que hasta que no salgas de estas tierras no sabrás si lo has aprendido bien. Yo tengo dos Lunares y soy descendiente directa del Clan, tengo magia suficiente en mí para saber aprovechar las luces del cielo a mi favor. Tú no lo lograrías ni en una vida entera. Y no te llamo tonta, es solo lo que pasa cuando se es Sekoittaa.

—¿Sekoittaa? —Me extraña la palabra, creo entender lo que debe de significar, pero hace que me sienta, de nuevo, de segunda categoría; mujer, curandera (no médico) y ahora, además, Sekoittaa. Por lo menos ya no soy una solterona. Los del Clan también son imbéciles.

—Sí, ya solo quedáis sekoittaa —y sigue sin incluirse. Sí, se cree especial y, pese a que así sea, creo que la señora debería aprender algo de humildad, no se sabe si pudiera necesitar de la ayuda de algún sekoittaa.

—Ayer conocí a un hombre en un valle cercano.

Ella me mira rápidamente, parece incluso que abriera los ojos.

—¿Lo conoce? —observo.

Me transformo, tal y como me ha pedido... pero no es mi forma de Aulladora, es la mezcla rara de Lobo, tal y como me ha pasado en la cabaña de la barquera.

—¿Cuántos somos?

—No lo sé, pero no eres la primera del Clan que viene por aquí a visitarme en cincuenta años. El resto eran Lobos, quizás sí seas la última Aulladora, pero no lo puedo saber. Tu padre nunca ha venido por aquí y sin embargo existe.

—¿Y ese hombre? Me dijo que se llama Torolf.

—Es mi hermano, mi mellizo.

Hacemos un silencio, yo estoy sorprendida de lo que acaba de decir, ¿mellizos? Ella una vieja y el un hombre aún joven.

Moa Sann empieza a cantar;

«Mielikki te llamo, Mielikki ven aquí.

Madre del Bosque, Señora del Valle,

Sanadora de las criaturas libres y salvajes, sanadora de nosotros también

Por eso muéstranos alimento, ayúdanos en la cacería de hoy

y mañana el Rey Verde te devolverá el favor».

Anoto en mi cuaderno todo ya que mi memoria no es la misma que antes; el embarazo me ha vuelto muy olvidadiza.

—Repite, este es el Aullido de caza —me dice con brusquedad.

Obedezco, ¡qué remedio! No me va a hablar ahora de su hermano.

Mientras canto veo que se acercan varias liebres que están mudando el pelo; la mitad del cuerpo lo tienen blanco y la otra mitad a rodales pardos.

La vieja, sin necesidad de hacer nada en especial, le atiza un golpe seco con mi cayado a una y empieza a desollarla y a prepararla para comerla.

—¿La espetas o vas a quedarte mirando todo el rato? —me dice.

Creo que mi estancia aquí va a ser mucho más difícil que con el Druida, casi tanto como con Padre años atrás.

—Nacimos a la vez, de la misma madre, pero enseguida vieron que él no crecía igual. Al principio creían que era una enfermedad, que él era un mermado... pero pasaban los años y en realidad lo que pasaba es que él era joven mucho más tiempo que los demás.

La escucho sin dejar de trabajar, aunque querría mirarle todo el tiempo para escucharle mejor.

—Tenemos... unos noventa y... No sé, más de noventa años —continúa—. ¿Cuántos aparenta él?

—Pocos más que yo, treinta y cinco como mucho.

Termino de destripar y preparar la liebre para asarla y me da asco. Desde que me quedé encinta le he cogido algo de asco a las vísceras. Pese a eso me como mi parte, tengo hambre.

—¿Sabes? Yo cuidé de él mucho tiempo, fui su madre porque la nuestra murió. Pero cuando él se hizo hombre se hizo su magia y tuvimos que dejar de vivir juntos, ni siquiera en el mismo valle porque provocábamos sucesos climáticos y mágicos desastrosos; lluvias incesantes, apariciones de espíritus animales terribles y vengativos, antepasados del Clan que querían venganza sobre cualquier persona viva, sobre cualquier humano.

—¿Sois humanos? —recapacito en voz alta.

Moa Sann se asombra de mi pregunta.

—¿Humanos? ¿Acaso alguien del Clan lo es en realidad? ¿Tú te consideras humana? ¿Qué es ser humano? Sí, podemos tener hijos con personas ajenas al Clan... pero ¿acaso conoces a alguien que no porte el lunar que pueda hacer lo que nosotros hacemos?

—¿Y por qué tu hermano solo tiene un lunar?

—¿Cómo has podido verle tú el lunar a mi hermano?

Me avergüenzo, la curiosidad me ha delatado. Qué bochorno, qué humillación para mí misma.

—Tiene dos, si solo te ha enseñado uno es que te ha respetado. El otro lunar no se le ve sin más, se le enciende y yo nunca se lo he visto encendido, solo algunas muchachas... él tiene más magia que yo, créeme. Él habla con Thor. —Parece triste—. Si quieres a tu marido no vuelvas por ese valle. Mi hermano tampoco te hará feliz, envejecerás y él no lo hará a la vez, y si tenéis hijos y son como él, ¿quién los cuidará?

Moa Sann tiene razón.

Enseguida baja la luz, pero no anochece. Esto me parece Ásgarðr, ¡ha de serlo!

Las luces del cielo vuelven y Moa Sann se transforma en Lobo para meterse en su refugio y dormir. Yo me quedo al lado de la hoguera, junto a Drakkar. Espero que los osos estén entretenidos con las focas y no encuentren nuestro rastro. Siento algo de miedo, pero Drakkar parece tranquilo, no olfatea el aire... así que yo también me duermo.

No duermo bien; estoy demasiado alerta y esta luz, que sin embargo no es demasiado intensa, no me deja descansar ni saber cuándo me he de despertar.

Me levanto cuando veo que Moa Sann, todavía Lobo, sale de su guarida. Debe ser fastidioso para ella tener que transformarse para poder decirme las cosas.

Se me acerca.

—Moa Sann, si me enseñaras a transformarme en Lobo podríamos hablar sin necesidad de que te hagas persona todo el rato.

Y tras terminar mis palabras adopta su forma humana.

—No puedes, falta mucho para que haya eclipse lunar, ¿sabes lo que es un eclipse, aldeana?

—Soy aldeana pero fui discípula de un Druida; me explicó qué es el sol, la luna y los astros —elevo un poco la voz porque me siento molesta con su actitud hacia mí—. Sé lo que es el equinoccio y el solsticio, sé el funcionamiento y movimiento de los astros aunque no pueda decirlo, especialmente en el sur... Moa Sann.

—Eres una Skjaldmö, claramente. Sí, Skjaldmö. —Asiente con la cabeza y parece que sonriera.

—¿Eso qué significa?

Ya no me fio, seguro que es otra forma de llamarme inferior a ella.

—Cuando el Clan era más numeroso y bien organizado, había Lobos y Aulladores, pero dentro estas dos diferencias había diferentes roles —me explica—. Algunos Aulladores se quedaban en las aldeas al cuidado de los niños, pero otros iban de cacería o en los viajes de los Lobos. Estos eran los Skjaldmö, un tipo de Aullador muy fuerte, peleón... pero sanador, como todos los Aulladores.

—Yo creía que en el Clan todos teníamos ese carácter.

—¿A cuántos del Clan conoces? —Y arquea lo que debería ser una ceja, pero apenas quedan pelos.

—A mi padre, a tu hermano, a ti y a mí misma —titubeo.

—Pues no puedes juzgar si todos los del Clan son peleones por cuatro personas que conoces. Juzgas rápido y deberías ser más paciente a la hora de hacerlo.

Pese a que sus últimas palabras suenan a regañina, me siento contenta conmigo misma; por fin tengo un rango especial pese a todo.

—Y cuando haya eclipse lunar, ¿qué debo hacer para transformarme en Lobo? ¿Cuánto rato estaré en esa forma? ¿Y cómo volveré a mi ser habitual?

¡Quiero saber todo ya! Tengo muchas dudas, pero cuanto más sé más dudas tengo y más quiero saber.

—Cuando haya eclipse lunar te has de transformar en Aulladora, ya que eso lo puedes hacer sin más, y gritas a la luna: «¡Luna Roja, Luna Ausente! ¡¡Jagklan!!».

Lo anoto todo en mi cuaderno, rápidamente.

—¿Y para dejar de ser Lobo? —insisto.

—Dejarás de ser Lobo cuando deje de ser de noche, así que has de pensarte muy bien dónde vas a transformarte y por qué, Eyra.

—Moa Sann... esta tierra, ¿esto es Ásgarðr?

Se ríe como hizo su hermano.

—No lo sé Eyra, pero quizás sea lo más cercano que ningún mortal estemos de los dioses.

—¿Por qué el Druida buscaba a los dioses en el sol y el Clan los busca en el norte?

—Todos buscamos los dioses en lugares remotos, lo importante es saber comunicarse con ellos y hacer un buen trueque. Dónde estén o el nombre que se les quiera dar, eso ya no importa.

Hoy parece más receptiva que ayer, parece de mejor humor. Incluso me parece más sabia hoy que ayer. Preparo la leña para hacer fuego y comer algo caliente.

—¿Por qué has venido, Eyra? Tú no necesitas los Aullidos.

Me asusto. Su voz ha sonado doble, ha sonado dentro y fuera. La miro y veo que está en la forma de Lobo junto a mi perro, parecen amistosos.

—He venido porque he visto cosas horribles que no me dejan dormir —digo en alto.

—No es del todo cierto, Eyra, y lo sabes —sigue esa voz extraña.

Ella sigue en su forma animal, sin prestarme atención aparentemente, jugueteando con Drakkar.

—¿No crees que necesitas caminar libre, a la búsqueda siempre de algo? Ir más allá, conocer, oler, comer, cazar... ¿No crees que es así como te gusta vivir, y no encerrada en un corral?

—¡Pero nadie me encierra!

—Sí, te encierras tú. Tu instinto de Aulladora se calma con la curandería, pero tu instinto de Skjaldmö solo lo puedes calmar así, viajando en la búsqueda de algo; conocimiento de ti misma, cielos abiertos, bosques nuevos y caza.

—Enséñame el Aullido que me deje dormir, que me permita dejar de llorar los recuerdos, dejarlos atrás. Tampoco quiero olvidar, pero quiero dejar de sufrir.

Y el Lobo se transforma en anciana de nuevo. Lo hace tan rápido que Padre estaría maravillado... o muy envidioso.

—Escribe en tus pergaminos —me dice, e inicia un nuevo canto.

«Holder, deja a tu hermano pasar,

Skaði ya se ha ido y brota el Rey Verde de nuevo.

Balder, entra ya en mi corazón.

Ayúdame a recuperar la fuerza,

ayúdame a encontrar mi fuerza,

¡hacedme soportar con fuerza!

Holder, ya he llorado, deja a tu hermano pasar.

Balder, ilumina mis ojos para que pueda seguir siendo Skjaldmö un día más».

—Cuando cantes esto —me explica—, deberás beber luego una tisana de dormidera, o dársela a beber a quien quieras que pase ese duelo. Ahora vete a por agua; hay un manantial hacia el este, a unos cien pasos.

Cojo el pellejo que me entrega y lo vacío antes de marchar. Dejo las cosas allí con ella, no quiero ir cargada. El perro me sigue. Drakkar siempre me sigue y a mí me gusta mucho estar con él.

Camino y cuento hasta cien pasos, pero el manantial no está. Cuento casi otros tantos cuando doy con él. Está en un montículo, como puesto por alguien. Parece, más que un manantial, una fuente de alguna ciudad del sur.

Lleno el pellejo de cabra con el agua dulce y Drakkar también sacia su sed en la orilla de la charca que se forma bajo el chorro caído de una barba de musgo.

Emprendemos nuestro regreso y Drakkar olfatea el aire. Olfatea el suelo y hace círculos extraños. Gimotea y ahoga un ladrido.

—Calla, Drakkar —impero murmurando. Ya me he transformado.

Olfateo y noto un olor extraño, no estoy habituada a él. Podría ser de oso. Me acerco hacia la morada de Moa Sann, sigilosamente, acechando a cuatro patas entre los matorrales y los árboles para no ser vista. El olor es más fuerte. Sí, hay un oso pero no lo veo ni lo oigo. Tampoco oigo a la vieja.

Me acerco un poco más y veo que no hay nadie ni junto a la hoguera ni en la guarida. Me subo sobre esta para poder ver a mi alrededor. Drakkar se mete dentro y sale, se mete y sale... él intuye algo, está nervioso.

La brisa viene a mi cara y vomito. Me viene un intenso olor a sangre caliente, un olor ferroso, casi a metal fundiéndose, ¡tan desagradable y asqueroso! El olor ha impregnado mi nariz por dentro y vuelvo a vomitar. No quiero transformarme por el momento, necesito mantenerme Aulladora (o lo que sea mi estado en estas tierras) para poder oler, ver y oír. Agudizo mis ojos en dirección al olor y allí lo veo, un enorme oso blanco y bajo sus fauces el cuerpo de la anciana en medio de una pradera pedregosa cercana a una orilla del mar.

Me bajo rápidamente pero de forma sigilosa del montículo y cojo mis cosas.

—Vamos Drakkar —le digo bajito, apremiando nuestra huida.

Solo espero que el oso tenga hambre y prefiera terminar de comer antes de emprender otra cacería.

¿Por qué precisamente hoy un oso ha matado a Moa Sann? ¿La habrá cazado siendo Lobo o ella estaba en su forma humana? No encuentro el cayado, así que ya sé la respuesta. Pero ¿no le ha dado tiempo a usar su magia? No comprendo nada.

¡Mierda! Ahora que la vieja estaba enseñándome, ahora que la vieja era más amable, ahora que he llegado hasta aquí, justo ahora que me he ido a por agua... ahora un oso. No otro día, no hace un mes, no mañana. Ahora. Y yo así, que no puedo correr, que no puedo gritar para llamar a la barquera y que venga a por mí... ¿y cómo habrá llegado este oso hasta este islote?

Drakkar gruñe y vuelve a olfatear al viento. ¡Joder! El viento ha cambiado y ya no trae el olor de oso y sangre hacia nosotros, ahora lo lleva hacia allí.

Me pongo a caminar lo más rápido que sé.

—¡¡BARQUERA!! ¡¡YA!! —aúllo, y retumba el eco—. ¡¡BARQUERA!! ¡VAMOS!

Ahora sí que he delatado nuestra posición.

Drakkar ladra mucho y yo empuño mi cuchillo. No creo que nunca tuviera ninguna oportunidad contra un oso, ni embarazada ni sin embarazarse, pero si todavía conservara mi cayado, el que Moa Sann tomó como propio, podría atar el cuchillo al extremo y tener una especie de lanza... pero ahora no me da tiempo a improvisar nada. La madera de aquí está podrida o demasiado verde.

Ya estamos en la orilla y no hago más que olfatear el viento y guardarme las espaldas. Detrás de cualquier arbusto, de cualquier matorral, puede haber un oso. Lo huelo aquí. Drakkar me deja sola, se va en dirección al oso.

—¡Drakkar! Estúpido ¡¡BARQUERA!! ¡APRISA! —Y vuelven a tronar las montañas.

Veo que se acerca la barcaza con las velas extendidas y que rema con fuerza. Creo que ha entendido mi urgencia por salir de aquí.

Corro como puedo hacia ella y esta vez no me importa mojarme hasta los muslos. Oigo un gemido fuerte y terrible, creo que del perro. Me giro y veo a Drakkar caer por el aire, atravesando los mimbres y helechos.

—¡Drakkar! —lo llamo.

—¡Deja al perro y ven ya! —me insta la barquera.

—¡Gira ya! —le ordeno mientras aún me acerco por el agua.

En estos momentos no sé si el agua está fría, no sé si hay tiburones, solo sé que el olor a sangre y osos está junto a mí, no me atrevo a mirar atrás.

La señora me ayuda a montar en la barcaza y una vez arriba veo que Drakkar está nadando por el agua. Le acerco como puedo el remo para acercarlo y subirlo, y finalmente lo logra.

Remo con fuerza y rapidez y la barquera también lo hace, a mi lado. Y en frente de nosotros, en la orilla, aparece corriendo un enorme oso, jadeando, con la cara y las zarpas rojas de sangre. Hace ademán de meterse al agua. Drakkar le ladra y le gruñe, nervioso. Se mueve mucho por la barcaza y la tambalea demasiado. Tiene una herida bastante fea en el ijara y la grupa del lado izquierdo.

—¡Quieto! —le decimos al unísono nosotras.

Cuando el oso se va por donde ha llegado a la playa, sonrío.

—Perro loco —le regaño—. ¿Qué ibas a hacer tú contra ese oso? Morir y hacernos morir a nosotras también. Luego vas a llorar cuando te zurza.

Cierro los ojos, le pongo las manos sobre la herida, apretando y juntando la piel, y le canto aunque sé que encinta no debo, pero Drakkar merece este esfuerzo:

*«Que el Sol salga siempre a tu encuentro.
Que la Luna siempre esté detrás de ti.
Que la lluvia caiga suave sobre tus campos,
y hasta que el lobo se vuelva cano,
que la vida te sostenga firmemente
en la palma de su mano...
Que la vida te guarde en su dulce mano
y no apriete mucho su puño,
y que los pastos de las colinas de la Primavera te abracen.
Respira el aliento del cielo,
descansa el sueño del invierno,
porque cuando llegue el verano,
tú, correrás con tus hermanos lobo.
(...)».*

Y a la vez que pronuncio la última estrofa, llegando ya a la otra orilla, el cielo ennegrece y un terrible trueno estalla al otro lado de las montañas, desencadenando una tormenta terrible.

*«(...) Y que el Sol salga siempre a tu encuentro
y la Luna siempre esté detrás de ti».*

Todas las mujeres zurcen.

Estate quieto —le riño—. Ya te dije que te dolería y no puedo cantarte más.

—¿Por qué no puedes curarle solamente cantando? —se interesa la barquera que, para mi sorpresa, es bastante abierta de mente y no me trata como a una bruja a la que haya que torturar.

—Por mi embarazo; me debilitaría demasiado y ni al bebé ni a mí nos conviene.

Drakkar lloriquea un poco. Con lo valiente que ha sido contra el inmenso oso y lo cobarde que es con las agujas. Arn se equivocó por completo al llamarlo Tyr. No sé si habrá algún famoso vikingo que tuviera miedo a las agujas... investigaré y quizás vuelva a cambiarle el nombre al pobre animal.

—¿Conociste a la bruja? —me pregunta entonces la barquera.

Asiento con la cabeza.

—¡Con lo vieja que es! ¿Cómo lo hará para aguantar allí sola con osos y otras bestias? —Proyecta en su mente una posible solución.

—La vieja, Moa Sann, ya no vive —le anuncio seria y cabizbaja, atenta al zurcido de mi perro.

—¿Qué ha pasado? —se sorprende la mujer, abriendo bastante los ojos.

Parece que ahora se sorprende por todo; se sorprende de que estuviera viva y se sorprende de que haya muerto.

—Me mandó a por agua y se quedó sola —le explico—. Cuando volví solo pude ver de lejos un oso que la devoraba. El mismo oso que nos ha perseguido hasta la playa.

—Por suerte no llegué a encallar la barcaza.

—Pues sí, menos mal.

—¿Todavía sigues con frío? —se interesa por mí echando otro leño a la hoguera.

—No, no... Gracias, soy fuerte aún, sin embargo la barriga me empieza a pesar más de lo que me imaginaba. —Sonrío—. Ahora entiendo algunos andares de las embarazadas.

Ella se ríe.

—Aún has de engordar mucho más. Yo tuve tres hijos y enterré a dos —me cuenta—. El que aún vive, el mediano, está con sus abuelos en el sur.

—¿Por qué no vive contigo? —me extraño.

—Porque es igual que su padre, y eso no lo soporto. —Se entristece—. Su padre era borracho y se le iba la mano demasiado, se volvía loco. Al principio siempre tenía excusas; se casa un vecino, la cosecha, ha nacido un sobrino, hoy me he pasado... Y luego me decía: «Si soy el que más trabaja puedo hacer lo que me dé la gana».

Guarda unos instantes de silencio y su gesto se vuelve más oscuro.

—Una noche de invierno acabó matando al mayor y al pequeño, y yo solo pude huir con este en brazos —confiesa, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la calle—. El muy ruin y miserable prendió fuego a la casa, porque sí, sin estar enfadado ni nada. Los demás dormíamos y, para cuando nos dimos cuenta, mi hijo mayor corría en llamas y el pequeño ya se había asfixiado por el humo.

Solloza, pero respira profundo y se calma, aunque sus ojos se mantienen colmados de lágrimas.

—El vil borracho murió también. No pude desollarlo vivo que es lo que, no obstante, haría hoy... si pudiera. —Aprieta los dientes—. Fui a casa de mis padres y estuve una temporada, pero mi hijo se parece tanto a su padre, que me volvía loca y lo trataba mal. Al final me fui y me quedé aquí.

—¿Tus padres lo tratan bien? —me preocupo.

—Sí, ellos son mucho más buenos que yo, mucho más buenos que nadie. —Se ríe—. Si hubieran sido un poco malos, me hubieran agarrado de los pelos antes que dejarme casar con ese inútil.

Me hace gracia y dejo asomar una sonrisa.

—No sé qué tal será la vida por aquí, tan pendiente de los osos y otras bestias, pero ¿por qué no vas más al sur? A un pueblo, a un sitio más habitado.

—Yo solo sé vivir de los renos, al sur no hay renos —refunfuña.

—Yo solo te lo decía para que pudieras ver a tu hijo de vez en cuando, no todos los días si eso no os sienta bien, pero... le echas de menos, se te nota. —Le sonrío—. Y ya es hora de que te cosas tus heridas.

Cenamos un plato de sopa de carne de reno con alguna hierba y Drakkar y yo dormimos en el suelo al lado del hogar. Ella tiene un pequeño dormitorio junto a la cocina. La oigo roncar.

Hacia años que no escuchaba ronquidos, ¡qué insoportables son!

Me doy cuenta de lo que he vivido, de lo que estoy viviendo... y de que no creo que nadie deba saberlo. Tonta de mí, lo he apuntado en el diario a plumilla.

Me levanto de mi jergón y abro mi bolsa. Saco el diario y abro las últimas hojas que he escrito. Lo de Moa Sann lo puedo conservar; ella ya ha muerto y nada más podría sucederle, pero Torolf... ¡y ese dibujo que hice de él! ¿Y si lo viera Arn?

Arranco del diario las tres hojas que tratan sobre Torolf y la noche en la cueva, su lunar de media luna... y lo echo a las brasas que se reviven al recibir algo más que combustionar.

Nadie sabrá nada. Nadie.

A la mañana siguiente le pago cinco monedas de plata; cuatro por el servicio de la barca y una por la cena y el techo.

Subo a mi cabalgadura y subo a Drakkar en la cruz. Aunque se recupera bastante bien gracias al aullido sanador, no le conviene cansarse. Además, ya le canté ayer y yo tampoco debo cantarle, y mucho menos a diario.

Vuelvo sobre mis pasos, por el laberinto de marismas, islotes y cabos. Me tienta volver en barco rodeando el Reino de Noruega y volviendo a mi país, pero el recuerdo del cocinero del barco aún está muy presente. No me gustan los barcos, allí no hay escapatoria.

Pero tampoco quiero subir las montañas y bajar por el valle; no creo que sea capaz de volver a cruzarme con Torolf y sus ojos cuasi ambarinos, y menos ahora que su hermana ha muerto. Tendría que consolarlo... y eso no creo que pudiera acabar bien.

Por otro lado, un deseo muy profundo, visceral, instintivo, me dice que he de quedarme en ese valle con él. ¡Es tan poderoso! Del Clan, pero Arn... ¿qué sería de él si yo nunca volviera? Me estaría esperando, me buscaría... y tampoco puedo negarle a su hijo. Y Arn es el que de verdad está por mí todos los días, a Torolf no le conozco en la peor de las situaciones, en realidad no le conozco ni en la mejor.

Pero si estuviera con él una temporada podría comprobarlo..., me digo a mí misma en alto.

Pero Eyra —me contesto a mí misma—. ¡Míralo! Sin un ápice de vergüenza, tan seguro de sí mismo, con más de noventa años de experiencia sobre esta tierra... Será de mentalidad arcaica, como los druidas; marimandón, irascible, temperamental... un imbécil, ¡como todos los hombres!

Pero... es un resquicio antiguo de lo que fue el Clan, de lo que nadie conoce ya, de lo que han callado durante siglos y que ella he encontrado como quien encuentra una veta de oro inesperada en medio de un campo de labor; siempre ha estado allí, siempre ha sido de esa familia... y ni ellos ni nadie lo sabían. Solo el propio oro si este tuviera consciencia de su propia existencia.

He de volver a casa por la ruta del sur, en dirección Ósló y, sin llegar hasta la ciudad, redirigirme al este. No creo que, tras el asedio y saqueo, los suecos seamos muy bien vistos por allí.

Voy calma, sin prisa, al paso. Ya vuelvo a casa y antes de lo previsto, así le daré una sorpresa a Arn.

El día pasa tranquilo, sobre todo en comparación con los últimos cinco días y, aunque no hace más de doce días que empecé el viaje, se nota que la primavera ya ha comenzado, y a no tengo tanto frío como días atrás.

Este año no he celebrado el Equinoccio de Primavera, pero el Beltaine seguro que sí, ¡y será tan bonito con mi bebé!

A mitad mañana huele a humo. Debo de estar cerca de alguna cabaña o de alguna aldea. Sigo ese olor y tras un par de horas llego a un pueblecito. Antes de entrar me miro en un plato que me hace las veces de azogue; no, mi forma es la normal. Soy Eyra, ya no soy Aulladora, ni Lobo, ni Skjaldmō... quizás si sea Eyra la curandera y pueda ganarme un plato caliente, algo de fruta, carne seca o el favor de alguien agradecido.

Llamo a una casa... llamo a otra... y hasta la quinta no hay suerte; aquí me necesitan, aquí hay alguien que tiene que morir y sufre, alguien que hace días que tendría que haberse ido, alguien que al principio no supo curarse... alguien que hoy llorarán, mañana echarán de menos... y después solo recordarán.

Él es consciente, se retuerce de dolor, la infección ha mermado su cuerpo no tan viejo para irse... y su mente sigue clara.

—¡Algo para el dolor! —suplica su esposa.

—Algo que me haga descansar en paz, ¡irme en paz! —murmura con los dientes apretados y los ojos secos de la fiebre.

Su herida huele muy mal y ya le han cortado todo el miembro. No se puede cortar más.

—Se lo cortaron en tres veces —se lamenta su esposa.

—Me la tendrían que haber cortado a la primera —se lamenta él.

Busco en mi bolso el frasco de adormidera.

—Todo si quieres que sea rápido, una cucharadita en cada comida si quieres que sea en pocos días. —Se lo doy a él, ella no será capaz.

—¿Me dolerá? —se preocupa él.

—Si lo tomas en una sola toma no —le explico—. Dormirás y no despertarás. Si lo haces de poco a poco te notarás cansado, adormecido, pero es probable que tengas vómitos...

—¿Con qué te lo paga mi esposa? —me pregunta el moribundo.

—Si tiene fruta...

—No, aquí aún no hay fruta, te puedo dar reno seco.

Pero carne tengo...

—¿Miel? —propongo.

—¿Con un tarro pequeño te darás por pagada?

Parece que son pobres por cómo quieren pagarme.

—En realidad no cubre los costes del frasco, pero por compasión al enfermo y por recibir pago, me daré por satisfecha.

Me ofrecen pasar la noche, pero yo no quiero. No quiero estar más rato en una casa donde la carne se pudre y donde un alma se hunde... no si no es necesario, y yo no lo necesito.

Me despido de ellos y al salir por la puerta veo que el hombre se lleva corriendo el frasco a la boca. No creo que llegue a la noche.

Sigo mi camino, ahora andando. Me canso del traqueteo del caballo, me duelen las nalgas y me aprietan los pies dentro de los botines.

Empieza a caer la noche y ya no estoy cerca del pueblecito y, la verdad, es que parece que fuera el único de este país. No me encuentro con ningún sami, con ninguna cabaña, con ninguna cueva. No tengo dónde refugiarme, no tengo leña y se está levantando ventisca. He sido tonta; tendría que haber pedido leña además de la miel.

Me parapeto contra una ladera del monte en el que veo una pequeña tapia casi derruida. Me hago un refugio con las mantas y el abrigo de piel y meto al perro y al caballo dentro. Prefiero dormir junto a una boñiga de caballo que congelarme.

Para mi sorpresa me duermo bastante rápido y el sueño es bastante placentero, cálido, confortable... y le oigo a él, a Arn:

—Eyra, ¿pasando frío? Eres una cabezota —me riñe con cierta compasión—. Toma otra piel más que la necesitas.

Y me da una piel de reno nueva, suave, que solo con cogerla me hace sentir que es verano. Y sigo durmiendo pero no tarda en venir Torolf:

—Siento lo de tu hermana —le murmuro como si fuera un secreto.

Él no dice nada, sonrío amablemente y se tumba junto a mí, tapándose con la piel de reno de Arn.

—No puedes quedarte —le digo.

—Yo estoy aquí, y tú puedes quedarte —me dice con una voz que no le reconozco.

—Cuando amanezca seguiré de vuelta a mi casa, con mi esposo.

—Esta noche yo cuido de ti, ya tres noches duermo juntos.

Quiero decirle que gracias a Arn tenemos una piel que nos abriga, pero su olor, su respiración, su calor corporal es sedante y no puedo articular palabra, hacer gesto... ni pensar en nada.

Cuando despierto estoy entre el perro y el caballo, abrazada a Drakkar. El sol ha salido aunque en mi lado de la montaña está sombrío hasta casi tocar el mar.

Como miel, pan duro y un poco de carne seca. Como siga así voy a perder los dientes; necesito verduras lo antes posible.

A Torolf no le faltaban dientes, ¿él comerá hierbas? Pero, con esta nieve aún, ¿de dónde las sacará?

Empiezo a recoger el rudimentario refugio. El caballo se aleja en busca de briznas de hierba que escarba de debajo de la nieve pero cuando voy a ensillarlo para cargarlo ya no lo veo. No se había ido tan lejos, ¿dónde está ahora? No hay nadie a quien preguntar, las huellas del caballo en la nieve se pierden en un claro en el que la hierba se impone, y ya no vuelvo a encontrar sus cascos tras dos horas o más de búsqueda.

¡Caballo de mierda! ¡Joder! Ahora tengo que cargar con todo a la espalda y caminar.

Abandono la silla de montar y todo lo que era del caballo. Sé que ya no lo voy a encontrar; alguien se lo quedará o se lo comerán los lobos. Quizás sea el pago que tenía que hacerles por abrigarme aquella noche.

—Vamos Drakkar —ordenó enfadada.

¿Ni siquiera el perro me ha avisado de que el caballo se iba? Echo de menos a aquella burra. No me falló ni una sola vez.

Cojo de nuevo el camino que va al sur y no tarde en encontrar algún cartel que indica hacia donde se va a Ósló. Sin el caballo me va a costar el doble de tiempo llegar a casa. Ya no llegaré pronto y ya no sorprenderé a Arn.

Cuando paro para comer miro hacia las montañas. Están cubiertas de nubes negras desde hace dos días ya, desde que el oso mató a Moa Sann.

¿Y si invocara a los lobos? ¿Vendría él también? Miro al sur y veo el sol, que cada vez hay más pastos y menos nieve, y creo oler la chimenea de alguna aldea.

Me cargo los fardos a la espalda como buenamente puedo y sigo caminando. No encuentro ninguna aldea por el camino en el día de hoy. Mi olfato ya no es tan bueno como estos días atrás por el laberinto de islas y rías. Será que ya no estoy en Ásgarðr, será que vuelvo a la vida mundana, a las normas extrañas que nos hemos inventado las personas e impuesto, al sonido de las campanas en domingo... al sonido de la gente y su no callar.

Hoy vuelvo a sentir al bebé moverse; no me había dado cuenta que desde que conocí a Torolf no se había movido... o quizás no le presté atención por la cantidad de acontecimientos que se han dado. Seguramente sea eso.

Sigo caminando y me pasan los días, pierdo la cuenta. Cuando estoy cerca de algún reno o de alguna vaca que ya sacan a pastar se alejan de mí. Supongo que huelo a lobo, ¿o me he transformado sin darme cuenta? No, no lo sé.

Por fin llego a una aldea donde logro dormir bajo techo y en una cama caliente, a cambio quieren monedas.

—Nada de curanderismo —me dijo la señora de la casa—, aquí vamos a la iglesia y si no a la ciudad al médico. No sé lo que haréis los suecos, aldeanos bárbaros...

¡Y el perro, al establo!

La verdad es que me he tenido que aguantar las ganas de discutir, pues quería dormir caliente tras tantos días caminando.

A la mañana siguiente la agria señora me sirve un tazón de leche caliente y pan duro, pero no tan duro como el que llevo yo en mi bolsa.

—¿A cuánto estamos de Ósló? —le pregunto fingiendo inferioridad.

—A menos de una jornada.

Según mis cálculos estoy a unos doce días todavía, ¡voy por la mitad del camino!

No tengo tiempo que perder. Engullo el desayuno, pago a la señora y me despido.

—¡Vamos Drakkar! —le llamo y él viene corriendo para colocarse junto a mi pierna derecha, como casi siempre.

Al cabo de una o dos horas llego a una pequeña colina desde la que intuyo la bahía donde se encuentra la gran ciudad. He de dirigirme al este.

Dejo el camino y me dedico a cruzar campos en los que ya no hay más que manchas de nieve y vacas pastando, tengo calor y me estorba la ropa que llevo puesta, pero si me la quito, ¿dónde la guardo?

Cruzo una aldea en la que he de comprar comida, pues ya no me queda más víveres y en mi estado los brotes de la primavera no me alimentan como me alimentaban hace ya casi siete años, cuando marché con el druida, ni tengo tiempo de cazar conejos; quiero llegar a casa cuanto antes, estoy muy cansada.

Al llegar a la aldea me cruzo con un hombre que lleva una carretilla con pescado en salazón y otras conservas;

—Disculpe. —Le paro con seguridad—. ¿Aceptaría este abrigo como pago?

Él se sorprende y pone cara de alegría.

—No vendo tan caro —bromea.

—¿Tiene alguna bestia para carro? Aunque sea vieja. Necesito aliviar peso y agilizar mi viaje.

—Lo siento, pero solo tengo un asno y es joven aún, no lo vendo.

—¿Y alguien en el pueblo? —insisto.

—Soy el único con caballeriza, los demás tienen bueyes.

No, bueyes no... si se asustan podrían golpearme con un cuerno. A las coces no las temo, son fáciles de prevenir, pero un buey asustado es otra cosa.

—No, bueyes no... —y recapacito—. ¿Podría darme su peso en comida?

Y él acepta de muy buen grado; me pone caballas, salmón, bacalao y pepinos en vinagre.

—Con esto tienes para una semana casi —exagera para que yo me sienta satisfecha por el cambio.

Salgo perdiendo, lo sé. En realidad no me llevo tanta comida, pero tampoco puedo llevar más porque me pesa demasiado y ya tengo cansancio acumulado... ¡mierda de caballo! ¡Mierda de bueyes! Le pediré a Arn un burro, son menos asustadizos y más prácticos.

Sigo mi camino, atravesando prados y colinas, orientándome por el sol tal y como me enseñó el Druida, evitando los caminos para estar más protegida; aquí no soy muy bien recibida, los suecos no estamos bien vistos.

Camino con el sol a la espalda hasta que se hace de noche y no veo donde piso. Tengo prisa, quizás tenga miedo.

Duermo, duermo y sueño con Torolf y rayos que salen de su boca, con Arn enfadado porque Torolf rompe los árboles con sus rayos y Drakkar no para de ladrar.

Con Reidar que se lo dice a Padre y este me amenaza con la correa, pero Arn me estira de la trenza y estamos en el lago...

Mi trenza y el lago.

Despierto en cuanto despunta el alba y es cuando echo en falta mi abrigo de piel, ¡brrrr! ¡Qué frío!

Me palpo la cabeza. Me deshago el recogido, que ya estaba bastante deshecho, y me lo intento hacer de nuevo, pero me faltan horquillas. Lo dejo así, total, ¡no me voy a cruzar con nadie!

Llevo un roto en una sisa por donde me entra fresco. Miro a mi alrededor y no veo a nadie, ni hay rastro de cabañas, ni pastores, ni animales... me quito el vestido y me quedo en camisa, ¡con este fresco!

Saco rápidamente una aguja y algo de hilo y zurzo, lo mejor y más rápido que sé, la manga del vestido.

Inicio la marcha como todas las mañanas, atravesando prados y bosques de abedul y abetos.

Es mediodía y quiero parar a comer, pero no quiero hacerlo en un prado, prefiero un sitio algo más escondido en el bosque. No sé qué me pasa, pero siento temor en este viaje.

Al cruzar un prado, cuya hierba empieza a estar alta, tropiezo con un zapato. Parece de hombre.

Sigo caminando y entonces lo veo; un muchacho casi imberbe tendido en el suelo.

—¡Hola! —le digo en alto, pero no responde.

Miro alrededor por si fuera una trampa, pero no veo ni oigo nada ni a nadie. No parece un galeote huido, va bastante bien vestido

—¿Llevas armas? —Le palpo los costados y entonces veo la herida.

Parece un arcabuzazo.

Abre ligeramente los ojos y nombra a una tal Anna. Quizás se haya batido en duelo con algún otro imbécil por alguna chica. ¡Los hombres son...!

Le quito la ropa que recubre la herida y le hundo los dedos en ella provocándole espasmos de dolor y un grito. No me queda adormidera, se la cambié a aquel moribundo. Le saco una bola de plomo del tamaño de un ojo de gazapo.

Le coso por dentro como puedo, pues la sangre tampoco me deja ver gran cosa.

—Hay que quemar —murmuro—. No tengo material para curarte y te estás desangrando.

Me transformo y le recito el canto sanador, quedándome yo bastante débil, con ganas de vomitar y adormecida. Antes de transformarme de nuevo grito:

—¡¡AUXILIO!!

Y me desplomo sobre el chaval.

Cuando me despierto estoy en una cuadra junto a Drakkar.

Se acerca una muchacha que pudiera ser una sirvienta.

—Señora, le recomiendo que siga su camino —me dice con cierto apuro.

—No entiendo nada. —Estoy confusa.

—Gracias a usted han encontrado al señorito, pero como es curandera y en su estado... además sueca, creen que traerá mala suerte a la casa.

No tengo palabras... ¡La gente es estúpida! Esto me pasa por ayudar a nadie, después de haber puesto en peligro a mi hijo... la culpa es mía, por no anteponerle a todo. Quizás no vuelva a sanar en un par de años, ¡se acabó!

—Tome. —Me da mis cosas—. Se puede lavar aquí.

Y me tiende una palangana donde me quito la sangre del linaje de desagradecidos y supersticiosos.

—Gracias. —Y le tiendo una moneda.

—No la puedo aceptar, usted es más pobre que yo —me dice con lástima hacia mí.

Si la sirvienta supiera... pero hoy sí, hoy soy más pobre que ella.

Le hago caso y cojo todas mis cosas, saliendo de las cuadras del palacete. Parece que aún quedan un par de horas de sol y debo aprovecharlas, ¿dónde estoy? Da igual, el sol lo tengo que dejar atrás.

Tengo que salir rápidamente del pueblo, sin levantar la cabeza por si acaso. No sé si me consideran un peligro y no sé si la gente conoce la noticia; seguro que sí. Me pongo la capucha de mi capa y tapo mi barriga esperando que nadie me reconozca.

Logro salir sin ser reconocida, sin ser parada por ningún guarda. Atravieso el bosque hasta que se hace de noche. Hoy hay luna llena... he de salir del bosque en busca de un camino, así podré ver donde piso y aprovechar al máximo la noche.

La luna se mueve en el cielo... Ay, si el Druida me oyera, ¡vaya bastonazo me hubiera dado!

Llego a un camino y lo sigo. Va hacia el oeste, ligeramente hacia el norte. Parece adecuado a mi destino.

Oigo el rumor de agua, cada vez más cercano, hasta puedo oler el barro de las orillas. El camino lleva a un río bastante ancho y calmo, nada que ver con el arroyo donde lavaba la ropa y los platos en casa de Padre; aquello era ridículamente pequeño y estrepitosamente rápido.

Me duelen los pies y la espalda, de hecho la espalda hoy me está matando.

Si esos noruegos ricachones me hubieran agradecido el intentar salvar a su hijo, igual me hubieran regalado una mula vieja, o me hubieran llevado en carro hasta la frontera... No creo que sea tan exagerado hacer eso después de haber auxiliado a un hijo moribundo. Pero claro, ¿qué clase de gente serán si su hijo estaba herido por haberse batido en duelo? ¡Si todavía ni se afeitaba! Era un crío, y el que le ha herido se ha callado como un cobarde, dejándolo morir solo... Igual se lo merecía. Quién sabe.

Tengo que parar. Drakkar me estira de la manga hacia abajo para que me siente. Creo que hasta él quiere dormir ya.

Me meto entre los árboles, alejándome un poco del camino, y me preparo una cama... ojalá fuera mi cama, la de Arn. Es tan cómoda, huele tan bien a él, a jabón de lavanda, con un tacto tan agradable, de algodón... sábanas de algodón, de algod...

En el censo de Norrköping.

No soporto los viajes tan largos y menos aún si hay escalas. Siempre me acabo perdiendo en algún aeropuerto y temiendo perder el siguiente vuelo. Al menos aquí casi todo el mundo habla mi idioma, y resulta más fácil poderse guiar entre las múltiples tiendas de colonias y chocolates que impiden ver los pasillos que llevan a las diferentes terminales.

Me dirijo hacia la salida de equipajes que ya está tan concurrida que tengo que subirme al carro para ver si aparece mi maleta. Sí, la rosa fluorescente es la mía. Imposible de confundir.

Me abro paso entre el rebaño humano que cada vez se hacina más sobre la cinta transportadora y logro estirar mi brazo entre barrigas y culos para agarrar mi maleta. Al hacerlo, golpeo a dos o tres personas que quedan entre mi maleta y mi cuerpo y, que pese a que la maleta no es ligera, no cesan su empeño en no dejar que nadie entre y nada salga, ¡esto es demasiado!

—¿Se apartan y me dejan sacar mi maleta? Gracias —lo digo sonriendo pero mi tono de voz no es nada amable.

Dos ni me miran, y el que lo hace parece que hubiera escuchado a un perro ladrar. Pone cara de haber bebido ron de coco con miel y vuelve a su puesto, no vaya a ser que se pierda la función... ¡Imbéciles!

Una vez tengo mi maleta llamo a mi hermana Eve.

—¿Ya estas allí, Ray?

—Sí, aquí estoy pese a todo.

—¿Ha ocurrido algo? —Parece preocuparse.

—No, solamente las escalas, los inmensos aeropuertos, la gente que se comporta como borregos... nada del otro mundo, lo de siempre.

—Paciencia, Ray —me anima.

—Bueno, te dejo que voy a ver cómo puedo hacer para llegar al hotel. Un abrazo.

—Un abrazo, Ray.

En mi ciudad el censo decía que mi abuelo paterno era hijo de suecos. Cuando al fin encontré de dónde eran mis bisabuelos suecos, en el registro civil de Saint Paul me remitieron no a Oslo, no a Helsinki ni Estocolmo... sino a un puerto llamado Norrköping, el cual tuve que buscar en un mapa durante un rato largo porque se confundía con otros tres pueblos con casi el mismo nombre. Mis bisabuelos tenían que ser escandinavos, y no alemanes, ni ingleses, ni siquiera irlandeses... ¡escandinavos!

Y todo el mundo sabe cómo eligen los nombres; cogen el alfabeto y los signos de puntuación y los lanzan al aire. Tal como caen usan esa palabra, sea para llamar a su hijo, a la ciudad que acaban de fundar o a un aparato que hace viajar en el tiempo.

Al fin encuentro la estación de tren donde cogeré uno que me lleve al puerto; según he leído tiene que haber un tren que me lleve.

La gente me mira... ¡Sí, es una maleta rosa! ¡Y no es ni de mi mujer ni de mi hija! ¡Gilipollas! Madurad de una puta vez.

Qué ridícula es la gente. Es solo un color, ¡qué más dará!

«Próximo tren a Norrköping a las 16:40», leo murmurando.

Y son las cuatro todavía. La verdad es que hay muchos trenes a Norrköping, no será tan pequeño el puerto.

Me cuesta casi treinta y ocho euros, ¡qué caro! En dólares son unos cuarenta. Ya me advirtieron que aquí todo era bastante caro.

En la estación veo que hay mucho mochilero... yo nunca pude irme de viaje así; tenía miedo a no controlarme, a causar pánico en un vuelo, a acabar arrestado, a que la policía me disparara...

Mi hermana me decía;

—Este verano iremos a Canadá, ¡ven con nosotros!

Y yo siempre me negaba, y mis padres tampoco es que me animaran a ir con ella.

¡Ay, tengo que encontrar una farmacia! Con las prisas y el estrés no me di cuenta de comprar otro bote antes de salir de viaje.

Ya está aquí mi tren. Subo y me siento, me pongo los cascos y escucho algo de música que me ponga de buen humor.

Veo las muchachas veinteañeras y algunas ya no tan jóvenes, veo los jóvenes que se les acercan y dan conversación, sus mochilas, las esterillas y las trenzas y enredos que llevan algunos en el cabello. Sus sonrisas y carcajadas, en algunos casos tan atronadores que oigo incluso con la música de mi iPad puesta.

En realidad no son tan diferentes de los alumnos de la universidad, pero son tan diferentes a mí hace ya casi treinta años.

Yo estaba casi siempre de mal humor, medio adormilado por la medicación, intentando estudiar al máximo porque me sentía en desventaja; la medicación no me dejaba concentrarme adecuadamente ni atender en clase. Para compensarlo no salía, no quedaba con nadie, solo con grupos de estudio... ni siquiera en vacaciones.

Bueno, aquella primavera no me fui a Florida con el resto de mi clase, ¿o fueron a Acapulco? Da igual, yo me fui solo a una cabaña en un lago... Hice lo que casi toda mi clase hacía en cada fiesta, cumpleaños... como cosa más normal que extraordinaria. Y estuve solo, pescando, durmiendo, leyendo. ¡No! Que fui malo, sí. Mucho. Me llevé un paquete de tabaco y aprendí a fumar... y no sé para qué, si no iba a fumar con nadie, ni a ninguna fiesta. Ni siquiera a las que me invitaba mi hermana...

Qué triste.

Llego a la estación que tiene cierto aire antiguo; es blanca, con tejados negros a dos aguas excepto en las torres (¿eso son torres?) que son a cuatro aguas. Las ventanas rectangulares, con seis cristales cuadrados, y tienen la carpintería pintada de rojo oscuro, ese rojo tan característico de aquí.

Cruzo los andenes de asfalto y cemento y atravieso el interior de la estación para salir a la calle. No hay mucha gente y soy de los pocos que han bajado del tren. Por lo que tengo anotado el hotel no está muy lejos, y tampoco veo taxis... Voy caminando.

El día es gris pero es luminoso. Es una luz rara que, aunque Saint Paul casi siempre esté nublado, no había visto antes.

Respiro profundo; aún no había olido Suecia. Huele bien, es decir, no noto humos ni vahos de alcantarillado, ni comida barata... Noto humedad, seguramente por el cercano mar que aún no veo.

Llego a un río y lo cruzo. En medio del puente intento alcanzar a ver el puerto... pero no lo veo. Seguramente, a día de hoy, el puerto solo sea industrial, de mercancías.

Llego a mi céntrico hotel de camas combadas como el resto de los hoteles de la ciudad, tengan las estrellas que tengan, y me registro;

—Buenas tardes, señor —se dirige a mí la amable recepcionista que cumple con el estándar sueco; cara ovalada, tez clara, pelo rubio, ojos claros, nariz recta, dientes rectos... y, más o menos, metida en carnes.

Eso es lo que varía en menor o mayor grado... o al menos, desde que he llegado así ha sido.

—Soy Ray Svensson; tengo reserva. —Y le entrego mi pasaporte, mi tarjeta de crédito con la que hice la reserva y el papel que me mandaron por email confirmando esta.

—Sí, todo correcto —dice ella sin dejar de sonreír, ¡qué falsa!—. Se hospeda hasta el martes, un total de seis noches, habitación individual no fumadores con desayuno incluido, ¿es así, señor Svensson?

—Sí, así es.

Me da mi llave con el número de habitación. Bueno, ahora no dan llaves, ahora dan tarjetas electrónicas. Subo a mi habitación por el ascensor y al fin llego a mi próxima cama durante una semana.

Tiro la maleta y me dejo caer en la cama; sí, tan incómoda como aparentaba.

Cierro los ojos unos instantes y creo dormirme unos minutos (o perder la consciencia, no sé) porque la alarma del móvil me sobresalta.

—Sí, pesado, y a lo sé... la pastilla, ¡mierda! —Recuerdo que he de ir a una farmacia.

Me tomo la pastilla y decido ir a dar una vuelta por la ciudad, aunque el censo no esté abierto por la tarde siempre podré hacer algo, aunque solo sea comer.

Me doy una ducha y me cambio de ropa. Salgo a la calle y me dirijo hacia una de las calles principales, donde más gente y luces veo; allí habrá algún restaurante o lugar en el que sirvan comida.

Las calles son prácticamente peatonales, interrumpidas por vías de tranvía, veo bastantes jóvenes en bicicleta y mochilas o carteras. Les sigo un poco, me interesa más eso que las ópticas, las grandes superficies de ropa y trapitos y otras tiendas que no necesito en estos momentos.

La mayoría de ellos dejan o cogen sus bicis delante de un edificio de hormigón de dos plantas, de los calificados como modernos, supongo. Tiene grandes cristaleras que dejan asegurarse de que es una biblioteca. La están cerrando y la gente sale fuera; se reencuentran con amigos, novias... y otros salen solos, con cierta prisa, como una mujer joven de pelo castaño claro y liso hasta la mandíbula, de ojos claros, que calza unas Converse negras y vaqueros ceñidos, casi demasiado para lo que yo considero de buen gusto. Al menos el jersey y la cazadora son anchos, todo lo contrario a sus pantalones, y permiten tapar parcialmente sus caderas.

Se pone una gorra de pana roja y cruzamos las miradas. No puedo evitar sonreírle, pero ella no me responde la sonrisa. ¡Claro! Viejo verde... ¿qué edad tendrá? Como mucho treinta, ¿podría ser su padre!

Me doy media vuelta y busco un lugar donde cenar un sándwich, no pido mucho más.

Enseguida encuentro una cafetería donde venden bocadillos fríos. Compró uno y cojo una botella de agua... pero estoy inquieto, como aburrido, buscando algo.

Tendría que haber venido Eve, ella me daría conversación y me animaría a visitar monumentos, parques, algún pub... ¿y si voy a alguno? Tomaré una cerveza, escucharé algo de música y a dormir. Y mañana a trabajar.

—Disculpe, ¿algún pub donde se pueda escuchar buena música? —le pregunto al camarero de la cafetería.

—Bueno, el Cromwel Wasa está bien y está en esta misma calle a unos cinco minutos, casi en el río... Pero a los de aquí nos gusta más el Tegelvalvet. No está muy lejos pero es algo complicado si no conoces la ciudad —me explica—. Un momento.

Y saca un mapa arrugado y dibuja sobre él el recorrido que he de hacer para llegar allí.

—¿Tienen buena cerveza? —le pregunto con una sonrisa.

—Sí, desde luego. —Y me da el mapa.

—Muchas gracias —Y me voy a la búsqueda del pub.

Sigo las calles marcadas en el mapa hasta que doy con un local con un letrero iluminado que dice «Tegelvalvet». En la puerta hay unas mujeres fumando... y me apetece fumar, pero resisto la tentación y entro dentro.

Se oye ambiente, hay música y escaleras que suben y otras que bajan. Decido subir y dejar pasar una barra; seguro que si arriba está la música, allí habrá otra oportunidad de pedirme una jarra de cerveza.

Y así es. Hay gente joven y gente de mi edad, aunque igual yo sea de los más mayores.

Suena una música de rock de ese moderno, ni pop ni roll, algo que no sé identificar y que me gusta más o menos, es decir: rara vez me gusta pero esta canción no me desagrada. Termina y el cantante dice algo en sueco que hace reír a la gente... quizás debiera haber ido al otro pub, más de turistas, y donde posiblemente los grupos hablaran en inglés y me enterara de los chistes.

Me dispongo a salir cuando me fijo en el batería; no es un hombre, es una mujer. Con el pelo revuelto y la mala iluminación a favor de la del cantante no me había dado cuenta. Entonces le veo las zapatillas; es la de la biblioteca.

Voy a la barra y me pido una jarra de cerveza turbia, la que me ha recomendado el camarero, y me siento en una silla junto a una columna; puedo ver el grupo y no molesto a nadie.

La siguiente canción no me gusta demasiado, estoy desfasado generacionalmente... pero la siguiente se hace interesante. El cantante se calla y toca solo una guitarra acústica. La batería se pone al micrófono y entonces la gente le vitorea y aplaude enérgicamente. Ella dice algo en sueco, algo que no me suena muy alegre y que nadie ríe.

Empieza a cantar y se me eriza la piel. Su voz es preciosa, es cálida y fuerte... hasta que inicia un ritmo más rápido y se pone rápidamente a la batería, cantando desde allí con una voz fuerte, casi rota... y yo me quedo perplejo. Me levanto del asiento y bailo, bailo con la demás gente que también se levantan, saltamos, aplaudimos... y yo no puedo aguantar mucho más, me tengo que sentar.

Cuando el grupo hace el descanso y bajan del pequeño escenario, más una tarima que otra cosa, ella pasa a mi lado. Quiero disimular para que no crea que me dedico a seguir y acosar jóvenes, pero ella apoya su mano en mi hombro y me sonríe, diciéndome algo en sueco que no comprendo.

—Lo siento, no hablo sueco —me disculpo.

—Ah, mejor, así practico inglés. —Se ríe ella—. ¿Echamos un cigarro?

Y esta vez sí me dejo caer a la tentación. Cojo mi jarra y salgo detrás de ella. En la terraza superior me da un cigarro y fuego. Hacía siete años que no fumaba.

—No debería fumar —le digo—. Lo dejé, pero...

Ella se ríe.

—Vaya, por mi culpa has recaído.

—Soy Ray —me presento.

—Yo Lisa.

—¿Eres estudiante, Lisa?

—No, ¡qué va! —Se ríe—. Gracias por el halago, pero soy demasiado mayor para eso. Trabajo en la biblioteca, por eso me has visto salir de ella.

—¿Qué estudiaste? —me intereso.

—Exactamente eso; Biblioteconomía y Documentación. —Arquea una ceja.

—Ah —recapacito y me miro mis no tan juveniles zapatos.

—¿Y tú a qué te dedicas, Ray? —Me sonrío exhalando el humo hacia arriba, en diagonal.

—Me dedico a restaurar documentos y objetos pequeños relacionados con Escandinavia, su folklore, ritos, supersticiones antiguas, pergaminos, mapas...

—¡Ah! ¿Viaje de trabajo?

—Sí y no... más bien de interés personal, solo eso.

—A encontrar tus raíces —afirma con seguridad, algo seca.

—¿Cómo lo sabes? —me sorprende.

—¡Por favor, Ray! Los estadounidenses, porque a la legua eres americano, solo venís al norte de Europa por dos motivos; de turismo o a redescubrir vuestras raíces.

Me quedo callado. Ella aplasta el resto del cigarro en un cenicerito. No sé si ha sido borde o qué acaba de pasar. No lo entiendo y prefiero callarme.

—Voy a seguir con el show. —Y se acerca a mí para darme un abrazo algo distante—. Que tengas suerte en tu búsqueda.

Yo no bajo con ella. Me termino la cerveza y me voy a mi hotel; mañana tengo trabajo.

Vaya niñata —me digo a mí mismo en alto acostado en mi cama—, ¿qué se creará? Es una creída, una maleducada y una superficial; sin conocerme me ha juzgado y ha sido una borde conmigo.

A la mañana siguiente me dirijo al censo, el cual se sitúa en el ayuntamiento. Llego temprano, justo cuando abren las puertas, por lo que apenas tengo que hacer fila para que me atiendan.

—Buenos días, soy Ray Svensson, llámame la semana pasada por un asunto de localización de antepasados —le explico al señor que me atiende—. Me dijeron que aquí están registrados en los censos de 1885: Annika Svensson y su esposo Christofer Svenssen.

Y le enseño la fotocopia de los censos de Saint Paul, Minneapolis y Nueva York, donde desembarcaron en 1885 Annika y Christofer Svensson como matrimonio sin hijos.

Me remite a otra ventanilla, a la que antes llama por teléfono para advertirles el motivo de mi consulta.

Cuando llego a la nueva ventanilla ya han sacado el tomo de los años correspondientes. Annika y Christofer se casaron en 1885, pero como Svenssen.

Christofer era hijo de Adam, Adam de Emanuel, Emanuel de Adam, Adam de Gabriel, Gabriel de Christofer, Christofer de Isak, Isak de Joel, Joel de otro Joel... y aquí se pierde el apellido, porque Joel Svenssen desaparece. Sin embargo hay varias personas que llegan ese mismo día al puerto de Lindö y que podrían ser parientes o conocidos; Reidar Olsson de 36 años, con su esposa Barbro de 33, su hija mayor Barbro de 10 y sus hijos nacidos a la vez de 5 cada uno, uno llamado Joel y el otro Reidar, y otro varón de 2 años llamado Eiríkr. Todos ellos apellidados Olsson.

Las fechas de nacimiento de Joel Olsson y de Joel Svenssen son la misma.

—¿Se pueden cambiar el apellido? —le pregunto al funcionario.

—Antiguamente había gente que se ponía el apellido de la madre, ahora también.

—¿Y por qué? —me intereso.

—Ahora por cualquier motivo, antiguamente había que declarar algún tipo de vergüenza familiar teniendo que demostrar la propia inocencia; por ejemplo, un padre ladrón, o que ha abandonado la familia, o un padre mandado ejecutar por algún delito...

—¿Fue Reidar Olsson culpable de algo? —me intereso.

Reidar Olsson... creo que debe de ser el hermano de la tal Eir.

—No pone ningún delito, solo una agresión a un guardia, falleció mayor... Nada fuera de lo normal. —Y se queda pensando—. Te fotocopio todos estos papeles, quizás en la biblioteca haya algo sobre los motivos de cambios de apellidos en aquel entonces.

—Gracias —le agradezco al que se levanta a la fotocopidora con el libro entre sus manos.

Soy descendiente de Reidar Olsson, no de Eir, aunque aún he de aclarar eso del cambio de apellido. Quizás se corrió la voz de que en la familia había una bruja o algo similar y se quiso desvincular...

Me da las fotocopias y salgo de allí. Ya está, ya sé que soy familiar de la autora de ese diario, ¿y ahora qué?

Los papeles me remiten a la aldea natal de Reidar Olsson, y de Joel Olsson o Joel Svenssen... pero quiero saber más, saber por qué se cambió el apellido, si estaba relacionado con el lunar o fue simplemente una discusión familiar.

Leo las fotocopias varias veces; por lo visto Reidar se hizo marinero, al igual que sus hijos varones en cuanto cumplieron los doce años. El pequeño de los hijos, Eiríkr, murió a los dieciséis años por fiebres.

Joel murió a los cuarenta y tres años, por fiebres también.

«Fiebre», vaya diagnóstico... ni siquiera «infección de», o «neumonía»... «fiebres» ¡estos matasanos!

Sin darme cuenta me encuentro en la puerta de la biblioteca. Solo espero que hoy no haya venido a trabajar la tal Lisa.

Entro; el silencio es llamativo, apenas se oye gente murmurando o los cascos de música de algún chaval con poco juicio que ha decidido quedarse sordo antes de entrar en la treintena y que pasan junto a mí.

Voy al mostrador donde, por suerte, hay un hombre algo más mayor que yo:

—Buenos días —digo susurrando—. Busco... busco libros sobre leyendas relacionadas con lobos, con mujeres...

Me mira raro; creo que se aguanta la risa, ¿me está tomando por un depravado?

—Busque en el ordenador por fecha, por autor, por editorial o por título —me responde rápidamente, queriendo despacharme lo antes posible.

—No, perdone, espere un momento —insisto—. El caso es que no sé autores, no sé editoriales, no sé títulos y no sé fechas del material que busco.

—Pruebe con palabras clave. —Y se arquea para poder mirar a la cara a quien se encuentra detrás de mí.

—Vaya ganas de trabajar que tiene usted, ¿no? —me quejo a un volumen relativamente bajo para un hogar, pero por lo visto extremadamente alto para esa biblioteca.

La gente se queda sorprendida, mirándome como si yo fuera el atracador de un banco que acaba de gritar: «¡Todos al suelo!», y de detrás de unas estanterías del otro lado del mostrador sale ella, ¡cómo no!, con cara de «lo voy a solucionar en un momento dándole una patada en su casi cincuentón trasero».

—¿Cuál es el problema, Edward? —le pregunta murmurando a su compañero.

—Este caballero insiste en que le busque los libros yo mismo sin intentar buscarlos por sí mismo. —Se queda él con cierta cara de satisfacción al encontrar respaldo.

—Sígame —me dice ella, y me conduce a una sala, que debe ser la de descanso de los empleados.

—Lisa —le empiezo a explicar— solo busco información, pero no sé por dónde empezar...

—A Edward le gusta que le pidan las cosas por favor —dice, no sé si con sorna o seriamente.

—Le he dicho «buenos días» lo primero... —intento justificarme.

No creo que haya sido grosero en absoluto, pero se ve que los suecos son gente muy exigente con los modales y muy sensibles respecto a ellos.

—Lo sé, Ray... era solo una broma. Edward es un cretino que no movería el culo de su asiento ni aunque este estuviera ardiendo. —Sonríe más amable—. ¿Qué buscas? ¿Es sobre tus raíces?

¿Qué le digo? No, míentele.

—No, es sobre el trabajo que hago ahora; la restauración de unos documentos relacionados con una muchacha o una mujer llamara Eir, Eyra... depende del documento que se lea.

Me mira a los ojos y se fija en mi boca, como si a ratos leyera mis labios... ¿me he lavado bien los dientes?

—El caso es que esta chica debía ser curandera, pero hay documentos que hablan de que ella tenía... una relación especial con los lobos, algo sobre transformaciones...

—¿Licántropos?

—No lo sé, no exactamente, o sí.

—¿Y de qué época data esta leyenda? ¿De qué zona?

—De Suecia, siglo XVII.

—¿Sabes el nombre de alguna aldea?

—Tengo una posible aldea, Ludovica.

Ella se ríe.

—Esa aldea no existe.

Me hace dudar; miro rápidamente los documentos que tengo.

—Disculpa, aún no me he acostumbrado a la toponimia sueca; Ludvika —le informo—. ¡Tampoco me he equivocado tanto!

—Es lo que tienes que pagar por no hablar sueco y tenerte que hablar yo en inglés —me dice con media sonrisa, y vuelvo a no entender si me lo dice en serio o en broma.

Suena la alarma de mi móvil: la pastilla.

—Perdona, ¿hay algún servicio? —le pregunto.

—Sal de la salita y la segunda puerta a la izquierda —me indica con solemnidad.

Hago caso a sus indicaciones y, en cuanto cierro la puerta detrás de mí, introduzco la pastilla en mi boca y la trago con un sorbo de agua del grifo del servicio. Me miro al espejo... todo bien. El canoso e incipientemente arrugado hombre del espejo sigue como siempre, sin cambiarle el color de los ojos, sin que se le nuble la vista... Todo bien.

Cuando vuelvo a la salita no hay nadie. Ni rastro de Lisa.

—Oh. —Estoy confuso, ¿me he equivocado de sala?

Cuando me dispongo a salir para comprobarlo viene ella, con una estantería móvil, con ruedecitas giratorias, con bastantes libros.

Le dejo paso, como haría un viejo de mi edad, y ella me lo agradece con una sonrisa, no muy perfecta; me percató que sus dientes inferiores se montan ligeramente.

—Esto es lo que de momento he elegido —me informa—. Mira a ver qué cuadra con lo que buscas y a partir de ahí hilamos más fino, ¿te parece?

—Perfecto —le agradezco.

—Voy a seguir con mi trabajo —me informa—. Si no te importa, sal de la sala que es solo para el personal. Ponte en alguna de las mesas que encuentre libres. Si me necesitas estaré tras el mostrador.

Le hago caso y busco una mesa donde trabajar tranquilamente; me gusta disponer de mucho espacio.

Echo un primer vistazo a los libros; por lo pronto descarto dos que son de cuentos infantiles y no parecen relacionados con lo que me acontece. Hay otros sobre arqueología sobre hombres con una relación especial con los lobos; ¿serán los del Clan?

Me meto de lleno en la lectura y anoto todo lo que creo interesante, fotografías retratos e imágenes de los objetos encontrados en las excavaciones, así como de los textos completos que considero importantes. No quiero aparecer por el mostrador para fotocopiar y que el tal Edward me diga que si es ilegal, que si el copyright...

A eso de las tres de la tarde, levanto la vista de los libros y me encuentro una nota con un sándwich y un café: «Aquí no se puede comer, tendrás que salir a la calle o subir al ático de fumadores».

Salgo por la puerta a la calle y me veo solo, comiendo a deshoras... decido subir al ático.

Aquí también me encuentro solo, ¿y qué más me da a estas alturas? ¡Si casi siempre como solo!

Me apoyo en una tapia, mirando en dirección al mar; esta tierra es tan llana que apenas puedo distinguir el cielo del agua en el horizonte. Una mano me toca la espalda y me giro, seguro que es Lisa.

Pero no, un chaval me pide fuego... y no le doy, no tengo.

Termino mi café y bajo de nuevo a la cuadrada mesa de madera donde he dejado todos los libros y otros nuevos que he buscado por mi cuenta.

Cierran la biblioteca y me tengo que ir... y ni rastro de Lisa, ¿esta noche tocará de nuevo en el Tegelvalvet? No sé, hoy ha parecido amable conmigo, incluso se ha molestado en traerme un sándwich y un café.

«¡Bah! Olvídalo, Ray», me digo a mí mismo.

A la mañana siguiente vuelvo a la biblioteca y sigo la búsqueda sin ayuda de nadie y, cuando levanto la vista, está Lisa leyendo algunos de los libros que he escogido y mis apuntes.

—¿Te importa? —le murmuro quitándole mis anotaciones.

—Ah, perdona, tienes razón —se disculpa ella—, pero creo que aquí ya no vas a encontrar mucho más.

—¿No? ¿Y tú cómo lo sabes? —Hoy soy yo el seco y distante, pero no elevo la voz; he aprendido la lección.

—¿Porque soy bibliotecaria de este lugar y sé lo que hay y lo que no? Y lo que buscas no lo hay aquí.

—Pues yo creo que he encontrado muchas cosas —le contesto, intentando menospreciar su posible idea.

—Créeme, sé un lugar mejor.

—Lisa, como tu colega Edward, yo soy una persona muy estricta respecto a los modales, y si cambias tu forma de ser conmigo cada dos segundos me voy a negar a tu ayuda, por estupenda que sea.

Se queda como perpleja. Supongo que no se lo esperaba.

—Disculpe, Señor Svensson, pero no cambio mi humor ni mi trato hacia usted... quizás sea usted el que no entienda el carácter sueco. Y lo siento, pero está en minoría, así que el equivocado es usted.

—Vaya argumentación más poco válida; la mayoría es lo correcto. —Y me sonrío con sarcasmo—. Ahora entiendo mejor cómo funciona el mundo. Gracias señorita...

—Berg

—Que pase un buen día, señorita Berg —la invito a dejarme trabajar en paz.

—Impertinente —cuchichea al irse.

—Listilla —digo demasiado alto.

Y ella se ríe, casi como una colegiala que no sabe por qué se ríe pero no puede evitarlo.

Lo que más me fastidia es que ella tiene razón; al cabo de una hora, ya no puedo exprimir más esos libros ni esa biblioteca. Ya no puedo sacar más información, que tampoco es tanta ni tan valiosa. Casi todo ello lo podría haber obtenido a través de la doctora Aalto.

Salgo de la biblioteca y me estiran del brazo desde atrás. Es Lisa Berg.

—Dígame, señorita Berg —le digo con cierto enfado.

Ella sonrío, parece que se divierte a mi costa y no sé si eso me molesta más.

—No te enfades Ray, solo es una diferencia cultural que enseguida vamos a arreglar; cuando no entiendas algo de mi comportamiento, me dices: «Lisa, ¿es en serio o en broma?» o «No te entiendo».

Parece una mujer muy normal ahora mismo, muy sincera... aunque vuelve a llevar esos pantalones y esas zapatillas que le restan toda la seriedad que pudiera tener.

—Tienes razón; hablando se entiende la gente —le otorgo—. Trato hecho.

Y le alargo la mano en señal de pacto y reconciliación, lo cual acepta estrechándomela.

—Si esperas media hora, salgo de trabajar —me dice—. Los viernes cerramos antes.

—De acuerdo.

Ella entra de nuevo en la biblioteca y a mí me toca tomarme la pastilla. Lo hago disimuladamente; me da la sensación de ser un toxicómano, o un enfermo terminal... Odio tomarme la pastilla de las narices.

En menos de lo que pensaba Lisa sale de la biblioteca, con su gorra roja de pana y me coge del brazo como si me conociera de toda la vida.

—Ven, es por aquí.

Y me lleva a una parte de la ciudad algo oscura, cercana al río.

—No te asustes ni me preguntes por qué conozco el sitio —me advierte para tranquilizarme, pero logra un efecto contrario.

Me pongo algo nervioso, como si Lisa me hubiera llevado a un callejón para robarme lo que llevo encima, ¡ahora entiendo sus pintas!

Ella golpea la puerta de un comercio algo escondido: es una cristalería. Un hombre de menos de cuarenta años abre la puerta y le sonrío como si la conociera de toda la vida.

—¡Lisa! —Se alegra de verla—. ¿Cómo tú por aquí?

—Buenas —saluda ella menos efusivamente, como obligada—. Mira, él es el señor Svensson y busca información sobre...

—Eyra Olsson o gente cercana a ella.

—No sé quién es esa —dice sin pensárselo dos veces.

—Siglo XVI, curandera, hechizos, transformaciones, lobos... —resume rápidamente Lisa.

Se ve que no está muy cómoda con él.

—¿Pero qué buscáis? —Y se mete en el almacén—. Pasad.

Pero no es un almacén de una cristalería, es una segunda tienda: objetos antiguos, libros, piedras, maderas, cristos, muebles, vestidos antiguos, colmillos de elefante, porcelanas... es increíble la cantidad de piratería que hay aquí almacenada, casi a la misma altura que el British Museum.

—No sabemos muy bien lo que buscamos —replica Lisa.

—Papiros, pergaminos, libros, cuadros... algo que diga que ha existido algo relacionado con esta mujer —le explico con paciencia, la que no utilizo con ninguno de mis becarios—. Mujer del siglo XVI, curandera, Eyra Olsson... bueno, se casó creo. ¿Te suena Rudbeck?

Ambos me miran.

—Tendrías que haber comentado ese detalle —replica él, del cual aún no conozco el nombre... ni lo necesito saber.

—Rudbeck fue un arquitecto que hizo varias cosas por Suecia: iglesias, ayuntamientos, puentes, bibliotecas, palacetes... —continúa explicando él mientras busca entre los libros.

—No, aquí no —piensa en alto, y se gira en dirección opuesta, buscando en otro sitio escondido en el gran almacén.

—¿Dónde me has traído y quién es este? —le pregunto a Lisa, con media sonrisa.

Me parece que ella está avergonzada y me divierte verla casi sonrojada.

—Todo esto es...

—Robado —susurro.

—Sí —afirma con vergüenza—. Él es doctor en historia y arqueología, pero aunque tenga un doctorado en realidad en un vago. Y no te digo su nombre, mejor así.

—¿De tu familia? —pregunto.

—¡No! —Pone cara de susto.

—¿Un antiguo...?

—Sí, ¡y calla ya! —me manda ruborizada.

¡Un exnovio! Vaya gusto. No pensé que le iban a gustar así, ladrones, mal vestidos... y no mal vestido como ella, mal vestido como un carpintero lleno de serrín y cola, aunque me imagino que es parte de la tapadera de cristalero.

Al cabo de un rato, en el que me da tiempo a verificar que los colmillos son reales, así como otras piezas de marfil que tiene, viene él con una sonrisa de oreja a oreja, orgulloso de sí mismo;

—Mirad esto. —Y me entrega dos pergaminos que, no sé cómo, están bastante bien conservados.

—¿Los has restaurado tú? —le pregunto.

—No. —Se rie—. No soy el único que se dedica a estas cosas. Las universidades están llenas de restauradores que quieren irse de vacaciones más y más lejos cada vez, con un coche un poco más grande, un poco más potente...

Gilipollas. Es un gilipollas. Vaya gusto tienes, Lisa.

Leo lo que pone; la caligrafía es muy similar a la de Eyra, aunque en realidad está firmado por un tal Rudbeck. Habla de que su esposa ha marchado a Reinøya y va a poder terminar antes la iglesia, ya que no tendrá que volver a diario a su casa. La carta está dirigida a su madre.

Memorizo esa palabra: «Reinøya».

—Lisa, nos podemos marchar ya —le digo guiñándole un ojo.

—Lisa, sabes que el que entra aquí atrás es para comprar —protesta nuestro anfitrión.

—Yo no te he dicho que quisiéramos comprar —le replica ella empujándome para que me dé prisa en salir de allí.

Pero él la coge del pelo muy enfadado.

—Suéltame, hijo de puta —le dice ella, intentándose zafar.

—O me pagas lo que valen los pergaminos y te los llevas o me pagas el alquiler —me dice.

—No me da la gana —le contesta.

—Te sobran dientes, ¿verdad Lisa? —dice agachándose para acercar su cara a la de ella, lo cual aprovecho para golpearlo bien fuerte con una figura de un cisne de cristal.

—¡Joder! —grita él, sin poder evitar soltar a Lisa para llevarse ambas manos a la cabeza.

Sangra, pero me da igual, estiro del brazo de Lisa y echamos a correr hacia una calle más transitada.

—Gracias —me dice ella algo nerviosa aún por el mal trago sufrido.

—Gracias a ti por apoyarme en mi decisión de no pagarle. —Le sonrío—. Y perdona por lo que te ha hecho.

Me abraza, aún está asustada.

—Vámonos de aquí, no me gustaría que nos siguiera —le digo—. Vamos a ponerte un poco de hielo en la cabeza. Ese tirón de pelo te va a doler, ¿te ha arrancado mucho?

—Me da igual. —Sonríe optimista y se pone la gorra de pana roja.

Me agarra del brazo y vamos al hotel donde pido que suban hielo a la habitación.

—Pide vino, por favor —dice ella con cara de estar algo cansada.

—Y una botella de tinto... del que me recomiendes —le digo a la recepcionista por teléfono.

Cuelgo y ella se quita la gorra. No puedo evitar ir a mirarle la cabeza; vaya, le ha dejado la piel muy roja y le ha quitado algún mechón de pelo.

—Perdóname —le pido de nuevo.

Me siento muy culpable.

—He sido un idiota y no he tenido en cuenta las consecuencias de mi acto —me disculpo—. No he pensado que tú lo conoces, que él a ti también...

—Y sabe dónde vivo.

—¡No! —exclamo al darme cuenta,

¡Joder! Muy bien Ray, eres la hostia.

—Tengo que ir a tocar al Tegelvalvet —me dice.

—No vayas hoy, él igual va allí —le aconsejo.

—No, allí tiene prohibida la entrada.

—Pero puede esperarte en alguna esquina...

—¡Por favor, Ray! Pareces una madre obsesionada con la violación y el robo —me regaña.

—Es que igual podría serlo —le respondo.

Ella se ríe.

—¿Mi madre? —Vuelve a reírse.

—Tú ya me has entendido.

—En realidad no. —Y mira a sus zapatillas.

Tocan a la puerta de la habitación.

—¡Servicio de habitaciones! —dice un hombre al otro lado.

—¿A nombre de quién? —pregunto.

Muy bien Ray, como un espía de 007, rápido de reflejos y desconfiado.

—Del señor Svensson.

Abro ligeramente la puerta, colocando el pie para hacer tope por si quisieran abrir de golpe. Solo es el botones y va solo con una botella de vino tinto, dos copas y una champañera con hielo.

Le cojo rápidamente todo de las manos, le doy dos dólares de propina ya que, con las prisas y los nervios, no me he parado en buscar euros.

—Lisa.

—¿Sí? —me dice.

Abro la botella y pongo vino en su copa y luego en la mía.

—La letra de las cartas es muy parecida a la que tenía Eyra, ¿por qué su marido y ella tienen caligrafía similar? ¿Será una falsificación lo que hemos visto hoy?, ¿o quizás los documentos con los que yo he trabajado sean falsos?

Choco mi copa con la suya.

—Ah, eso... En aquella época la gente que sabía escribir tenían caligrafías muy parecidas, y tal vez él le enseñara a escribir a ella. En aquella época pocas mujeres escribían y leían.

—Ella ya escribía antes de casarse con él —le explico y doy un sorbo al vino, ¡qué bueno! ¿De dónde será? Pero la etiqueta está en sueco y ni me molesto en intentarlo.

—¿Sabes si eran de la misma ciudad? ¿Del mismo pueblo? —recapacita ella.

—Creo que sí, aunque no a ciencia cierta.

—Pues seguramente sea porque fueron a la misma escuela con el mismo maestro y él fue quienes les enseñó a escribir a ambos.

Lisa mira el reloj.

—¡Corre! Tengo que ir a tocar. —Y me coge de la manga de la camisa, dejando al descubierto mi lunar... pero ella no lo ve, nadie se da cuenta nunca de él.

Corremos al pub, ella por delante de mí. Aunque no es tan joven se nota que, al menos, lo es más que yo.

Llegamos al Tegelvalvet y ella hace un gesto al camarero y me señala.

—Ahora puedes pedir todo lo que quieras —me dice al oído—. Ahora eres mi amigo.

Y no sé por qué eso me suena a que hay que leer entre líneas, pero no... si no me lo dice explícitamente, no me lo ha dicho.

—Una jarra grande de cerveza turbia —le pido al camarero.

Y la música empieza. A ella le encanta tocar la batería, llevar el ritmo.

De viaje con Lisa.

—Ray, está claro que hay que ir —insiste ella.

—Sí, pero tú tienes trabajo —le recuerdo—. Me iré, de acuerdo, pero quédate aquí tú, no pierdas el tiempo conmigo.

—¿Qué? —Parece algo molesta—. Pues mira, resulta que acabo de mandar un email a mi jefa solicitando vacaciones para la semana que viene.

—Lisa —le digo con cierta tristeza—, y yo me voy el próximo miércoles.

—Oh, vaya. —Se queda seria, pensativa—. ¿Y no puedes pedir que te retrasen el regreso? No has terminado la investigación.

¿Y ahora cómo le digo que la investigación es personal?

En ese momento me vibra el móvil, es Eve.

—Ray, ¿qué tal todo? —me dice con su natural alegría.

—Bien, bien... pero igual necesito quedarme una semana más —le digo con cierto apuro, saliendo del salón de Lisa y girando la puerta detrás de mí.

—¿Y has pedido más vacaciones?

—No, ese es el problema, no creí que esto me fuera a llevar tanto tiempo. Resulta que tengo que ir a Noruega, Eve.

—No te preocupes, mándame por email la solicitud de vacaciones y la mando, y si no hablaré yo con Richard, ese idiota ya sabes que come de mi mano.

Sí, lo sé Eve, no hace falta que me recuerdes que eres la guapa y la que se ha llevado de calle a todo el que ha querido...

—No sé si hará falta tanto —protesto.

—Ray, pásalo bien. Te quiero me dice, aunque no lo pueda ver, sonriendo.

Cuelgo y entro en el salón donde Lisa está bebiendo de su café, como concentrada en un punto lejano.

—Ray. —Despierta de su abstracción—. ¿Estás casado?

Me río.

—No.

—¿Has estado casado? ¿Tienes hijos? —Ella sigue seria, como confusa.

—No he estado casado y, que yo sepa, tampoco tengo hijos. —Me río, ¿acaso está celosa de mi hermana? ¿Qué le pasa a esta chica?

Se hacen unos segundos de silencio en los que Lisa parece volver a concentrarse en el mismo punto de antes.

—Es mi hermana. Se preocupa por mí, solo me llama por eso —le explico.

—¿Tienes hermanas? —se interesa ella, más relajada.

—Solo una, somos mellizos.

—¿Y os parecéis mucho?

Las mismas preguntas siempre. Lisa no es tan diferente al resto de la especie, qué graciosa.

—No; ella es guapa, rubia, muy inteligente. De esas personas inteligentes de verdad, de las que saben salir de los problemas airosos, sin violencia, sin dejarse la piel demasiado... es trabajadora, pero sin apenas esfuerzo sacaba buenas notas en el instituto, en la universidad...

—Estáis muy unidos.

—Ella me ha ayudado muchísimo, más que mis padres, más que nadie hasta el momento.

Ella me sonrío, como con algo de pena.

—Lo pasaste mal en la infancia —pregunta, más que afirma.

—Bueno... supongo que nadie ha tenido una infancia perfecta, ni una adolescencia, ni el trabajo perfecto, ni siquiera una relación sexual perfecta al cien por cien.

Ella se ruboriza un poco.

—¡Vamos, Lisa! Que ya eres mayorcita como para avergonzarte de esa palabra, me haces sentir muy viejo si te avergüenzas de que diga eso. —Me río.

—No digas eso —me regaña.

—¿El qué?

—Que eres viejo.

—Pero es así.

—No, qué va... Hay gente más joven que yo y mucho más vieja.

La miro a los ojos y no sé qué veo... ¡la pastilla!

—Por favor, Lisa, me traes un poco de agua.

Ella parece confusa por este cambio repentino, pero he de tomármela ya, ¡llevo dos horas de retraso!

Mientras ella va a la cocina y trae un vaso de agua yo busco rápidamente mi bote de pastillas... ¡joder! ¡no, no, no! No he comprado y ya no me quedan.

—Lisa, por favor, mira cómo podemos ir a Reinøya —le pido, dejándola con el vaso lleno de agua en la mano—. Yo tengo que ir a una farmacia, es urgente.

Y salgo de la casa. Camino rápido, ¡mierda!

¡Soy estúpido! —me digo a mí mismo—. Mira que sabía que tenía que buscar una farmacia, ¡pero no! Ves a una chica mona que te hace caso y pierdes el norte.

Echo a correr, necesito la farmacia ya. No quiero volver a las alucinaciones, a los ojos anaranjados, al cambio de color de pelo, al cambio en mi voz... Corro más rápido hasta que encuentro lo que parece una farmacia y entro.

—Buenos días señor, ¿en qué puedo ayudarle? —me dice la dependienta.

—Necesito un bote como este. —Y le doy el bote.

—Espere un momento. —Y consulta en su ordenador—. ¿Tiene receta?

Me busco en los bolsillos de la cazadora y visualizo la receta en la entrada de mi casa... ¡Oh, no!

—Creo que me la he dejado en Estados Unidos, señorita.

—Creo que sin receta no podemos vendérselo, señor —dice con falso pesar.

—Necesito la medicación —le explico.

—Señor, tendrá que ir a un médico a que se la recete —me explica ella, que empieza a incomodarse.

—¿Y dónde encuentro yo un psiquiatra que me diagnostique y recete lo mismo? ¿Si tardaron años en dar con esta medicación? —me enfado.

—Lo siento señor, pero yo no puedo ayudarle —me dice para provocar que me vaya ya.

Vuelvo a casa de Lisa, donde me abre la puerta con gesto de extraña sorpresa.

—¿Qué ha pasado, Ray? —se preocupa.

—Que... que se me ha acabado la medicación de... de las contracturas —le miento.

—¿Ibuprofeno? Yo tengo. —Sonríe y se levanta en busca de alguna píldora.

—No, es otra cosa más fuerte, es... un relajante muscular. No te preocupes, Lisa —le agradezco—. ¿Has mirado cómo se llega hasta Reinøya?

—Sí. —Sonríe contenta—. ¡En coche!

—¿Está cerca? —me sorprende.

—A veintidós horas... —dice con la boca pequeña.

—¿No hay otro modo más rápido? —me preocupo por el trabajo.

—Hay modos más rápidos, hay modos más caros y hay modos más aburridos. —Me guiña un ojo—. Ah, cógete ropa de abrigo, porque seguramente vas a estar más cerca del Polo Norte de lo que nunca lo hayas hecho, por muy de Minnesota que seas.

¿Y qué puedo hacer en mi situación? Hacerle caso; preparar mi equipaje y salir del hotel, pagando la estancia del miércoles al sábado.

Mando por correo electrónico la solicitud de vacaciones con copia a Eve y salimos en el coche de Lisa, un Saab de color blanco de lunas tintadas, con cierto parecido a un cuatro por cuatro, más largo quizás. Es muy espacioso por dentro y está bastante más limpio de lo que esperaba. Pensaba que lo tendría con envoltorios de gominolas, bocadillos, migas...

El viaje en coche transcurre más ameno de lo que pensaba; música, charla eterna en la que voy conociendo mejor a Lisa, paisajes preciosos de este país, alguna siesta... y cambio de conductor, más charla, ella cantando y siguiendo el ritmo de muchas canciones en el salpicadero, sus piernas y el cristal de la ventanilla. La verdad es que tiene muy buen oído y una voz sorprendente; no creía que una mujer así pudiera cantar de tantas formas., pero ya se sabe... las apariencias engañan.

Paramos a repostar, ¡qué precios!

—¿Seguro que en coche era más barato? —me sorprendo.

—Sí, creo que sí... tampoco eché minuciosamente las cuentas.

¿Y cómo llegará a final de mes con esa casa tan grande, un coche casi nuevo y toda esa ropa que tiene? Aquí la gasolina es carísima, el tabaco es carísimo y beber tampoco es barato... ¿Cuánto cobrará? Seguramente me sorprenda y resulte que mi bien pagado empleo sea una porquería comparado con el suyo.

Seguimos una ruta por la costa pero me pasa como siempre en esta tierra: nunca logro a ver el mar porque no llegamos a coger altura; se intuye, puedes imaginarlo ahí cerca o incluso ver mástiles de los barcos atracados en los puertos... pero no ves el agua del mar.

Está bien entrada la noche cuando llegamos a una ciudad con puerto llamada Umeå. Lisa bosteza bastante y yo tampoco puedo mantener los ojos abiertos más tiempo.

—¿Buscamos un sitio para dormir? —le propongo.

—El sitio ya lo tenemos. —Y hace un gesto refiriéndose a su vehículo.

—¿Aquí? —me sorprendo—. ¿No será peligroso? ¿Pasaremos frío? ¿Y dónde nos duchamos? ¿Y qué desayunaremos?

—Pones muchas objeciones, Ray —se queja ella—. Este coche es amplio, más cálido de lo que parece, he traído comida y un saco de dormir y una manta... y si quieres almohada coges ropa de tu equipaje.

—Repito —insisto—. ¿Y qué desayunaremos?

—Si tanto necesitas un café, pararemos en una cafetería o en una gasolinera.

Aparca en una explanada de tierra cercana a la carretera, pero algo escondida; allí hay dos furgonetas y una caravana que, por lo que deduzco, están haciendo noche al igual que nosotros.

¿Y si ronco? ¿Y si comienzo con mi alucinaciones? Me saco el bote vacío de la cazadora y paso el dedo por el fondo, intentando sacar el polvito o alguna partícula de las pastillas, y me lo llevo a la boca. Ya llevo tres dosis de retraso.

—Mira qué fácil. —Me muestra Lisa bajando los asientos, quedando una superficie totalmente horizontal en la que cabemos tumbados a la perfección, justos pero suficiente.

—Eso va a estar duro. —Sigo viendo el lado malo.

—No, ¿qué te crees que es ese rollo? —Sonríe.

—Una esterilla que no acolcha nada.

—Una esterilla que soplo un poquito por aquí... —E insufla aire por una válvula de una esquina—. Y vas a estar mucho mejor de lo que te crees.

—¿Y tú? —Me doy cuenta de que solo hay una.

—Yo dormiré en el asiento; lo reclino del todo, pongo los pies en el salpicadero y se está genial.

Lisa tiene soluciones para todo, ¿cuántas veces habrá dormido en su coche?

—Pues ahora que lo dices... cabe una persona más. Yo voy a estar muy ancho.

Ella estalla en carcajadas.

—No, no lo decía por eso... no me refiero a dormir a mi lado, tú, a dormir tú a mi lado...

No sé si lo estoy explicando bien o el simple hecho de haberme puesto nervioso me evidencia más.

—Cabén dos más. —Me guiña un ojo—. Una persona a tu lado y otra en el asiento del conductor, pero el volante hace un poco más incómoda la postura para dormir.

Me acuesto sobre la esterilla y me tapo con la manta, Lisa se mete en su saco... y dormimos hasta que la alarma de mi móvil, avisándome de la pastilla del desayuno, nos despierta.

Nos desesperamos y preparamos todo para seguir el viaje, no sin comer algo y parando a por un café en cuanto ha surgido la oportunidad.

Poco después de Luleå cogemos la carretera que va hacia el oeste, aunque sigue subiendo al norte. Aquí empieza a haber alguna montaña, algunas colinas y la carretera empeora, y mire donde mire solo se ven los tupidos abedules, pinos y abetos que acompañan la carretera.

—Esto es Laponia, ahora estamos en Finlandia. Mira ese cartel —me dice Lisa que ahora va en el asiento del acompañante, llevando el ritmo de la música con sus manos en cualquier superficie.

No he visto el cartel, me he despistado con mis pensamientos.

—Ahora vamos a ir sobre la frontera todo el rato —me informa mirando ligeramente el mapa, como si se supiera cada kilómetro de asfalto que estamos recorriendo.

—¿Siempre has vivido en Norrköping? —le pregunto sabiendo que no, que ha vivido en más sitios. Se le nota.

—Mi familia vive en Estocolmo, yo nací allí, pero cuando empecé a estudiar tenía ganas de conocer más lugares.

—Qué original. —Me sonrío.

—Sí, ya lo sé, casi todos los universitarios salen a estudiar fuera de casa y quieren conocer mundo.—Sonríe algo avergonzada.

—Sigue, perdona.

—Así que hice hasta segundo en Estocolmo, cuarto en Oslo... y quinto en Atenas.

—¡Grecia! Vaya —me sorprendo.

—Sí, fueron unos años duros pero muy divertidos y, ahora me doy cuenta, que muy enriquecedores.

—¿Duros? ¿Para ti? No lo creo...

No creo que haya tenido ningún problema para resolverse en un medio universitario.

—Bueno, estar lejos de la familia, por muchas ganas que se tengan, no es tan fácil, y luego... y a sabes, los hombres hacéis lo que queréis con nosotras.

Me río.

—Yo creo que eso es discutible; a mí me parece que vosotras hacéis lo que queréis... al menos conmigo habéis hecho lo que habéis querido. —Y me río.

—Me da a mí que eres un mentiroso. —Sonríe ella.

Al cabo de un par de horas llegamos a un lago y la carretera gira a la izquierda.

—Para en ese merendero —dice Lisa.

Paro el coche y la miro con sorna.

—¿Merendero? Solo hay una mesa

—¡Ya me has entendido! —Y sale del coche, pero para en la puerta y mete la cabeza dentro—. ¿Sabes? Eres bastante divertido, no sé qué te pasaba cuando llegaste a Suecia.

Me deja pensativo, ¿ahora soy diferente? Igual es ella que ahora me entiende mejor, ¿o eran las pastillas las que me cambiaban el humor?

—¡Sal a respirar! —me anima Lisa—. Ponte ahí.

Y me hace una foto con el móvil.

—Espera. —Y saca uno de esos palos para hacer selfies que los jóvenes usan ahora.

—A ver, con el mar mejor —continúa dirigiendo la sesión de fotos.

—¿El mar? Yo creía que era un lago —me sorprende.

—Ahora va a ser así todo el rato, un entresijo de islotes, agua, marismas... esto en avión no lo hubieras vivido así.

Parece disfrutar tanto, seguramente más que yo.

—Vamos, aún nos quedan dos horas —me llama desde el coche, y se pone al volante.

Dos horas... ¡estoy nervioso! ¡Y se pasan tan deprisa! La verdad es que con Lisa no me aburro, no tengo que ponerme el iPad ni leer el periódico; a ella le gusta hablar y escuchar, y a mí me gusta escucharla a ella.

Llegamos a Tromsø, desde donde compramos billete de barco hasta la isla para el día siguiente.

Nos cobran mil quinientas coronas noruegas, que en dólares son más de ciento ochenta... una barbaridad por dos paseos de una hora en una barcaza motorizada, y poder estar durante todo el día por la isla no sin cumplir unas estrictas normas.

—Esto es un robo —le digo enfadado a Lisa—, me parece demasiado caro.

—Aquí todo es caro comparado con el sur o, por lo que me dices, con tu país. —Se pone algo más serio, como regañándome, o mandándome callar.

Sí, como una madre que le dice a su hijo, el cual no para de preguntar «¿Hemos llegado ya?», «Si lo vuelves a preguntar te bajo del coche y me voy».

Lo capto; voy a dejar de quejarme.

Hacemos la cama en el coche, como la noche anterior, pero Lisa quiere ir a cenar en el pueblo. Temo la factura.

Pasamos por delante de un local pero, aunque no sé noruego entiendo delikatesse. Seguimos hacia delante y llegamos a una calle con terrazas y muchas macetas con flores rojas. Debe ser la calle turística, o la de las tiendas y cafeterías.

La noche no ha caído aún, anochece bastante tarde aquí al norte.

Nos sentamos y Lisa pide en noruego.

—¿Cómo puede ser que un especialista en folklore escandinavo no sepa hablar ninguna de las lenguas escandinavas? —se sorprende.

—No se necesita saber un idioma para conocer costumbres, bailes, vestimentas, ritos...

—Pero igual te facilita el trabajo —insiste.

—Me lo pasan todo traducido siempre... supongo que así tienen a un traductor en nómina —me excuso.

Pero creo que a ella no le convence, aunque cena sin sacar más el tema.

A la mañana siguiente montamos en la embarcación que, según entiendo en un cartel, tiene capacidad para setenta personas pero hemos subido ochenta con la tripulación, y nos ponemos rumbo a Reinøya.

El sube y baja por el mar es suave. De hecho, sigo creyendo, en algunos momentos, que estamos en un lago. De repente hay revuelo entre los turistas, entre los que se encuentra Lisa;

—Mira, Ray. —Señala al agua—. ¡Focas!

¡Focas! Nunca había visto, y en realidad ahora casi tampoco las veo. Veo alguna cabeza negra de algún animal que nos mira, pero si me dicen que es un buzo también me lo creo.

Desembarcamos en lo que me dicen que es Reinøya y me tengo que creer, porque no hay cartel alguno que así lo señale. Podría ser tierra firme, podría ser cualquier isla; estoy totalmente desorientado y, de hecho, siento cierta pesadez, quizás estupor.

Caminamos siguiendo al rebaño por un camino de tierra que sale desde el embarcadero. Tampoco me siento con capacidad para hacer otra cosa que seguir al de delante.

Lisa me coge del brazo:

—¿Estás bien? ¿Te has mareado en el barco? —se preocupa.

—Igual es que tengo sueño, hemos dormido poco estos días.

—Ah, es verdad, igual te afecta el sol ártico —piensa en alto.

Seguimos el camino que lleva hasta un pequeño acantilado de piedra blanca y hierba mullida. Hay un cartel en varios idiomas que explica que hay una leyenda sobre una bruja, una tal Moass, que vivía en una cueva. Pero la cueva ya no es tal por la erosión y el paso del tiempo. Seguramente nunca llegara a ser una cueva. Ahora es un gran ojo vertical en una roca del acantilado, de hecho parece el ojo de un elefante y la piedra que lo forma es la trompa que cae casi hasta el agua.

Se me nubla la vista. Oh, no, esto ya empieza...

—Lisa, necesito ir al lavabo —le digo apurado.

—Sí, en el centro de interpretación hay. —Mira hacia allí—. Pero me temo que hay algo de fila.

—¿Puedes acompañarme a algún sitio donde me pueda sentar y beber algo de agua fresca? Pero no te preocupes, es solo un pequeño mareo... ya sabes, las contracturas y las cervicales.

—¿Seguro? —Parece preocupada.

—Sí, no te preocupes.

Me acompaña al interior, donde hay una sala oscura con unos bancos y se proyecta un pequeño documental sobre la isla:

«... leyendas locales que hablan de una supuesta bruja a la que muchos venían a visitar, especialmente tras ser casado o antes de hacerlo, para que les predijera su buena o mala fortuna.

En 1995, en el derrumbamiento de una antigua casa cercano a la isla en la que nos encontramos, se encontraron unos papeles quemados en los que se podían leer unos poemas. Tras investigar pudimos descubrir que eran las palabras que la bruja, sacerdotisa o figura chamánica llamada Moass, pronunciaba para sus ritos.

Este es solo una parte de uno de ellos:

Tú, hermano lobo, llévame contigo a través de las tierras con caza. Muestra tu verdadera cara ...»

Pero no puedo aguantar más, mi vista se nubla y me miro las manos, ¡tienes mucho vello! Demasiado, ¡mierda! ¡Las alucinaciones!

Me levanto rápidamente y Lisa me mira a los ojos, cruzamos las miradas y corro a los servicios, empujando a la gente con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Paso el primero a los servicios, ante las quejas de los hombres que hacían fila:

—Es muy urgente. —Y mi voz no es mi voz.

Miro de reojo al espejo que hay sobre el lavabo y sí; mis ojos están de color ámbar, ¡no!

Me encierro en la primera cabina que queda libre e intento relajarme. ¡Estoy volviéndome loco! Soy un gilipollas por no haber cogido más medicación en Saint Paul, soy un gilipollas por no haber traído la receta al viaje... soy un gilipollas y un grillado.

Al cabo de no mucho oigo a Lisa;

—Ray, ¿estás aquí? —Y golpea justo en mi cabina.

¿Cómo sabrá que estoy en esta y no en ninguna otra? Seguramente algún testigo le haya orientado.

—Ray, cálmate, no te preocupes —dice con cierto nerviosismo pero con voz suave—. Hacemos una cosa; métete las manos a los bolsillos y cierras los ojos y yo te llevo, o ponte las gafas de sol si las llevas.

Está claro que ella me ha visto, si no ¿por qué iba a darme todas esas directrices?

Le hago caso; corro el pestillo, meto mis manos peludas en los bolsillos de la chaqueta y cierro los ojos. Ella me coge del brazo y me saca de allí, llevándome a un lugar apartado, donde me hace sentar sobre una piedra. Ella lo hace en el suelo y se apoya un poco sobre mí.

—No hables si no quieres, pero quiero decirte que yo no tengo miedo.

—¿De verdad que tú también me has visto? —Mi voz empieza a ser la mía.

—Claro; tus ojos eran como amarillos, y entonces he visto tus manos con tanto pelo... pero no me he asustado.

Abro los ojos y la miro.

—¿Cómo los llevo?

—Bien —duda

Y nuevamente se me nubla la vista.

—¿Ahora? —le pregunto temiendo que se me hayan cambiado de nuevo.

—Ahora estás bien del todo, mírate las manos —se sorprende.

Hacemos un silencio.

—Lisa... buscaba una farmacia porque desde que tengo diez años me han estado medicando contra las alucinaciones —le explico—. Nunca han sabido si era esquizoide o qué.

—¡Pero yo te he visto, Ray! —dice con la voz quebrada—. No estás loco, yo te he visto.

—¿Sabes? Mi hermana Eve también me decía eso, pero yo creía que me lo decía para calmarme, para hacerme sentir más seguro.

—¿Estás aquí por eso, Ray? ¿Estás investigando aquí eso?

—Mira. —Le enseño el lunar de mi muñeca—. La semana pasada llegó a mis manos varios pergaminos donde hablaban de esto, de transformaciones, de lobos... y del lunar de media luna. Al principio pensé que simplemente era un cuento, luego una coincidencia, al final llegué a creer que era una broma de mi hermana... ¡pero es que hay tantas similitudes con las historias que contaba mi abuela!

—Vamos a dentro a terminar de ver el vídeo —propone ella.

—No puedo, Lisa, esas palabras me afectan, ¡me transformo! Eyra lo decía en su diario, eran cantos o rezos para transformar, para sanar... pero no los tengo.

—Creo que hay una sala donde están expuestos y nadie los recita. —Sonríe.

Saco mi cuaderno de notas y la acompaño. Lisa es estupenda.

Ver a Arn, solo quiero eso.

Voy cantando una canción de cuando era pequeña. Creo que me la enseñó Paiva, ¿o tal vez fuera Sigríðr?

Estoy contenta porque ya me encuentro más cerca, calculo que a menos de una semana. Sigo caminando hacia el oeste, atravesando bosques, evitando los caminos que dan más vuelta para no subir las colinas y que, por esta zona, no hay muchas aldeas y no gano nada por ir por un camino.

Me limpio los mocos en la manga; me he constipado, pero nada que no tenga fácil solución si me tomo las infusiones adecuadas y me cuido un poco... pero claro, aún estoy a cinco días de casa o de la aldea, quizás estos cinco días sean demasiado tiempo, quizás en estos cinco días empeore. Será mejor que me vigile la fiebre. Es un incordio estar embarazada y no poderme transformar, ¿cómo lo haría Madre? ¿Cómo lo harán las demás madres?

Me hago gracia a mí misma; no hace ni diez años que sé que soy Aulladora y ya no sé vivir sin serlo, sin transformarme.

Al cabo de dos días llego a un poblado llamado Sefsnös, a la orilla de un lago. Busco techo y descanso, pero ya no me quedan monedas suficientes; todos piden más de lo que llevo y nadie admite regateos.

Les digo quién soy pero parece ser que no han oído hablar de mí como tampoco requieren de mis servicios de curandera. Estoy sola.

Creía que al llegar a Suecia iba a ser más fácil, que serían más hospitalarios que en el país vecino, pero son por el estilo.

Entro en la iglesia y me siento a descansar en un sitio algo más protegido de la ventisca de hoy, pero pronto llega el sacerdote:

—Señora, sea respetuosa y saque al animal de aquí —dice aproximando un pie a Drakkar para sacarlo a empujones o patadas.

—Disculpe —finjo—. No llevo apenas monedas y me gustaría dormir bajo cubierto. Estoy embarazada y me he constipado, y estoy viajando en busca de mi marido, que me dijeron que está gravemente enfermo en la capital.

—¡Hasta la capital! —se lamenta—. Aquí no puedes dormir, sería irrespetuoso.

—¿Y en una cuadra? —insisto—. Mi marido me necesita y querría que llegara a conocer a su hijo.

—Espere aquí, veré lo que puedo hacer. —Y se marcha, no sin antes girarse—. El chucho ha de salir ya.

Y se planta junto a la puerta esperando a que yo saque a mi perro fuera.

—Perro fuera —ordeno sin más.

Y Drakkar sale por delante del cura que lo mira atónito, sin poder creer lo sencillo que era hacerlo salir.

Al cabo de no mucho viene una mujer algo más mayor que yo, pero todavía en edad de tener hijos.

—El sacerdote me ha dicho que buscas casa —me dice.

—Así es, llevo viajando muchos días y aún me quedan mucho más —le cuento—. El caso es que apenas me queda dinero.

—No, no te preocupes. —Sonríe—. Ven a mi casa. Envidé hace unos meses y la tengo muy vacía. Soy Agnetha.

Me presento y le sigo fuera de la iglesia. Me lleva por los caminos del poblado hasta una casa bastante pequeña, algo más que la de Padre, pues ni tan siquiera tiene gallinas ni un establo.

—¿Tienes hijos? —le pregunto.

—No, no quisieron nacer —dice con leve sonrisa y ojos melancólicos—. ¿Cuántos tienes tú?

—Este será el primero.

—Yo nunca logré aguantarlos tanto —me cuenta—, siempre los perdía antes.

Y me da lástima; ojalá la hubiera conocido antes y la hubiera ayudado. Veo el bulto de su cuello y el vello de su cara que se intenta decolorar con manzanilla... la hubiera podido ayudar.

—Quién sabe —le intento dar esperanzas—. Si en el futuro vuelves a casarte... quizás tengas más suerte.

Si le digo que me busque mi historia carece de lógica y no tendría sentido el que mi viaje fuera en busca de mi marido y no de vuelta a casa. Lo primero me convierte en una esposa fiel y lo segundo en una mujerucha de mal vivir.

Me ofrece una cama improvisada al lado del hogar y me ofrece potaje, del cual como con mucho gusto, ¡hacía tanto que no comía un guiso!

Yo a cambio saco bacalao y caballa en salazón y comparto con ella.

Toso.

—Vaya, parece que te has acatarrado bien —dice ella, y se levanta a la despensa.

Calienta leche y le pone abundante miel.

—Toma, te sentará bien —me ofrece.

Es muy amable conmigo; es una mujer muy sencilla y con buen corazón. Tras el nacimiento de mi hijo vendré con Arn para hacerle un buen regalo y le ofreceré cuidar de ella si se queda encinta para que no pierda ningún otro embarazo.

Me ofrece limpiarme y se lo agradezco enormemente pues hace más de veinte días que no he podido ni acicalarme.

Ella no me ofrece una bañera, como mi hermana Paiva, me ofrece una palangana con agua caliente y varios trapos y otros tantos para secarme, pero nada de jabón. Intento ser considerada y uso los menos trapos posibles y, aunque no he podido usar jabón, dejo el agua bastante sucia.

Hablamos hasta entrada la noche, de hecho sacamos su cama al lado del hogar para poder hablar más rato mientras estamos tumbadas.

A la mañana siguiente tengo algo de tiritona, creo que tengo fiebre.

—Así no puedes continuar —me dice Agnetha.

—No estoy tan mal —intento justificarme.

—Tienes fiebre y sigues con la tos —observa—. Aguanta un día más, que a mí no me importa. Ahora debo ir a plantar el huerto, pero en una o dos horas estoy de vuelta. Duerme.

Y me deja allí tumbada, junto a un trozo de torta dulce y un cuenco con leche caliente y abundante miel.

Como y me duermo, sin querer, sin poder evitarlo... sí, estoy enferma. No me pasaba en años.

No sé cuánto tiempo paso dormida pero, cuando despierto, Agnetha está zurciendo a la luz de un candil.

—¿Ya es de noche? —me preocupó.

—No, pero enseguida será hora de cenar.

—Mañana me voy, no puedo quedarme más.

—A mí me haces compañía y no me supones más trabajo del que ya tengo —Sonríe—. Pero entiendo que quieras estar con tu marido lo antes posible.

—Sí, es que me dijeron que estaba muy grave —finjo pesar—, y temo no llegar a tiempo.

—Lo comprendo.

—¿Tienes tomillo, ajo o manzanilla? —le pregunto.

—Manzanilla y ajos sí.

—Pues hazme una tisana bien cargada y pan con ajo, por favor.

Ella pone cara de asco y yo me río.

—¿Es un purgante?

—No, ayudan en las fiebres y catarros. —Le sonrío—. Me lo daba mi abuela de pequeña y me ayudaba mucho, pero tus cuidados me han ayudado más aún.

A la mañana siguiente me despido de ella con un abrazo y le prometo que tendrá noticias mías en cuanto la salud de mi marido me lo permita.

Estoy a dos días de casa y estoy muy contenta. Si pudiera correr sin que me doliera el vientre, lo haría.

El camino rodea unos montes pero quiero ir recto, atajando lo máximo posible, así que busco la manera de cruzarlos sin subir demasiado sus pendientes. Llego a un valle escondido, más bien como si fuera un circo, sin árboles. Me recuerda al de Torolf; solo hierba y piedras y en lo más profundo del estrecho aunque luminoso valle, un arroyo que ya empieza a tener flores.

Desciendo poco a poco. Subir lo hago bien pero, en la bajada, la barriga me empieza a desequilibrar y si caigo por esta pendiente es probable que me parta el cuello.

Lo que me ha costado subir en una hora me está costando bajar en dos. Drakkar se impacienta y sube y baja mil veces. Va hasta el arroyo y vuelve hasta mis pies, como diciendo «A ver, mujer torpe, este es el camino y se hace así de fácil. ¿ves? Así que date más prisa que yo también quiero llegar a mi casita ya».

Logro bajar la pendiente y sigo el curso del agua que va ligeramente hacia el norte, pero sin desviarme demasiado de mi destino.

El valle engañaba; parecía más pequeño de lo que es en realidad, pero al ir aproximándome a su final, a la salida, voy reconociendo algunos paisajes que veo a lo lejos. ¡Estoy muy cerca de casa!

Se hace de noche y hay nubes. Imposible caminar por la noche sin luna llena y sin un camino, campo a través.

Me parapeto a oscuras y hago una hoguera con algo de estiércol que me ha dado Agnetha para este propósito. Hago una infusión bien cargada de manzanilla que ella me ha regalado y me la bebo. Me daba reparo que ella me diera tantas cosas... así que le he dado las conservas en vinagre y parte del bacalao que me quedaba. Y ha sido una buena idea porque ahora me pesa menos el equipaje.

A la mañana siguiente estoy mejor; ya no toso, pero no respiro muy bien porque tengo la nariz taponada. Creo que tampoco tengo fiebre.

Desayuno algún encurtido y un poco de caballa, me bebo la tisana fría que me sobró anoche y a Drakkar le doy el pan duro que me queda, que tampoco es mucho. Luego le daré un poco de pescado, pero no quiero darle demasiado porque no le sienta nada bien la sal y acaba vomitando.

Veo algunas hierbas que se comen y aprovecho, ¡verdura fresca y agua limpia! Como bastante y a Drakkar le enseño que él, si quiere, también puede comer... pero parece que no le atraen mucho los berros ni los dientes de león. Me valgo del agua fresca y bebo bastante, me mojo la nuca y me lavo las axilas... me apetece meter los pies, pero temo empeorar del catarro y volver a tener fiebre. No me puedo arriesgar.

Estoy más relajada, supongo que feliz de estar tan cerca de casa, si aprovecho bien el día quizás a la noche esté ya allí... bueno, seguramente tendría que caminar por la noche.

Anoto todo lo que me ha pasado en estos últimos días ya que no me he parado a escribir todavía; anoto la ruta seguida, anoto lo buena que ha sido Agnetha conmigo y lo que observé en ella: su posible infertilidad por alguna deficiencia alimentaria desde la infancia. Anoto el atajo que he cogido, los berros, el arroyo... y que mi bebé se mueve a diario dentro, golpeando más fuerte cada día.

—Si pudiera le daría un beso —le explico al perro, como si siguiera el hilo de mis pensamientos y de lo que escribo—. ¡Pero no me llego!

Me río sola.

Monto los fardos y me los pongo a la espalda, iniciando de nuevo la marcha hacia el noroeste, siguiendo el arroyo.

Un paso tras otro, poco a poco, el arroyo va descendiendo el valle; a veces hace cascadas que tengo que sortear rodeando ya que conozco mis limitaciones y sé que no estoy tan ágil como hace siete meses, ni siquiera como hace un mes, ¡qué rápido está creciéndome la barriga! Bueno, ya sabía que esto me iba a pasar... a todas las embarazadas les pasa, ¡no iba a ser yo diferente! O quizás sí, yo qué sé si el ser Aulladora implica diferencias en la preñez con respecto a las demás madres de niños, con respecto a las demás mujeres.

El cielo se oscurece; el sol que alumbraba tan cálidamente se oculta tras nubes grises. No va a llover, pero tampoco va a hacer mucho calor.

Bajo poco a poco, resbalando sentada, una gran piedra casi lisa y marrón oscura que algún día debió de caer por la ladera de la montaña y ya no quiso bajar más el valle. Lo hago con cuidado y me sale bien, sin tropiezos ni golpes, sin caídas tontas. Drakkar es más drástico; en dos saltos la ha bajado... y en otros momentos similares incluso en uno.

Para tener nueve años es muy vital, ¡el pobre! Cualquiera día ya no querrá salir conmigo de viaje, cualquier día dejará de comer... y eso me pone triste. Ahora mismo y, aunque no sea comparable, es como el Druida; me hace aprender algunas cosas, o al menos pecatarme de ellas, me hace compañía y, aunque no me lo diga, noto que me tiene cariño.

Se levanta brisa y me tapo con la capa.

—¡Vamos Drakkar! —le apremio, pues lleva un rato olisqueando el suelo y no voy a buscar liebres en estos momentos.

El viento se revuelve, cambiando continuamente de dirección, a ratos incluso circular. Levanta polvo y me mete un poco de tierra en el ojo, por lo que he de pararme un rato. Si fuera por un camino podría caminar a ciegas un poco, pero por aquí no me atrevo.

Oigo un ruido; no sé muy bien si un trueno o un desprendimiento de rocas, ¿Torolf? No, Eyra, no pienses tonterías. Torolf no te va siguiendo y, si así lo hiciera, no supondría más que problemas. Piénsalo bien y no como una muchacha de quince años que quiere destacar en el baile junto a la hoguera.

Miro al cielo; no, desde luego que estas nubes no son de lluvia ni rayos. Me giro y creo ver que una gran roca de una de las laderas se ha desprendido algunos metros, pero tampoco estoy segura de ello.

Sigo caminando y me alejo del arroyo, subiendo por una ladera con hierba y manteniéndome horizontal, sin subir ni bajar la cuesta; aquí al menos solo he de cuidarme de las rocas de esta ladera. Es mucho más difícil que las rocas de la ladera que queda a mi derecha lleguen hasta aquí... o eso creo.

Me vuelven a doler los pies y el arroyo me está tentando. Finalmente, cuando el viento aminora considerablemente, accedo a las silenciosas súplicas del agua y a las dolorosas palpitaciones de mis pies inflamados.

Me descalzo e introduzco los pies en un pequeñísimo remanso donde solo cabrían dos pies más. El agua me llega un poco por encima de los tobillos y ese frío tan agudo, aunque me duele, ¡es tan agradable! Me calma tanto la pesadez y el calor que mis pies acumulan por el viaje y por mi cada vez más pesada barriga.

Se vuelve a levantar viento, desordenado como antes, y rápidamente me calzo. En un momento dado, cuando el viento viene de mi espalda huelo algo, ¿un animal? Imposible; en este valle no he visto cuevas, no he visto huellas de oso, ni de lobo, ni de caballo, ni de nada... quizás algunos excrementos de marmota, o de liebre, pero solo eso, ¡ni siquiera he visto halcones sobrevolando la zona! La verdad es que este valle es muy tranquilo, demasiado tranquilo.

Sigo mi ruta al lado del arroyo y por fin veo cercano el final del valle y, al otro lado, las praderas que hay al oeste de mi casa, donde en verano pastan las vacas; donde, cuando Arn está en la ciudad, voy a practicar volteretas y echo carreras al perro... Si no fuera por Drakkar se me hubiera puesto el culo tan gordo como el de Sigríðr'. Además, no puedo dejar que Arn me saque más ventaja, ¡se reiría de mí! Aunque hace tiempo que ya no jugamos así como antes, cuando me estiraba de la trenza, o de algún refajo... ¡qué bien me lo pasaba! Quizás deba volver a dejarme la trenza en vez de este recogido, pero claro, aún recuerdo lo que me decía Paiva: «Eyra, las mujeres casadas no pueden llevar trenza de muchacha, de hecho hace años que tú deberías recogerte el pelo».

¡La tonta de Paiva! ¡Si fue ella misma la que me animó a dejarme la trenza una temporada más, pese a haber sangrado! Y luego me viene con esas...

Si hace diez años me hubieran dicho que Paiva iba a ser así de idiota y que, sin embargo, Reidar y yo íbamos a llevarnos así de bien, les hubiera dicho que dejaran de chupar sapos.

Me deshago el triste recogido y me hago una trenza, con la cual me siento más cómoda, más segura de mí misma... más yo y menos Paiva. Además, así, el viento no empuja los cabellos a mis ojos y se me aguanta mucho mejor el peinado.

Bajo de nuevo junto al arroyo porque me aproximo a unos cortes en la montaña y veo que por el arroyo se puede continuar hasta el final, hasta una pequeña laguna que hay en una de las praderas que he reconocido.

En esta zona del riachuelo la hierba desaparece casi por completo, dejando al descubierto una zona arenosa con basalto y guijarros, grava que supongo ha ido arrastrando el agua del arroyo día tras día, año tras año. Me cuesta un poco caminar porque me hundo levemente y, al terminar de dar el paso, me resbala el pie y levanto algo de arena.

Para colmo de las incomodidades, otra vez me ha venido ese olor que no conozco.

No lo reconozco; no es persona, no es fuego, no es comida, no es carroña, no es brea, no es mierda, no es lluvia... ¡Joder! ¿Qué es?

Y otra vez. Me giro sobre mí misma, me estoy volviendo una obsesa y tengo que saber qué leches es ese olor, pero no veo nada. Nada se mueve, nada me sigue.

Nada. Yo sola con mi perro a punto de llegar a mi casa.

Vuelvo a caminar. No tengo miedo, si hubiera alguien Drakkar lo hubiera oído y estaría ladrando.

¡Joder! ¿Pero a qué huelo? Drakkar no se muestra inquieto ni ladra, no muestra signos de alerta, pero yo huelo a algo... Quizás el olfato de Lobo que logré cuando me transformé en aquel manantial caliente haya vuelto o quizás mi perro se haya hecho viejo en la última semana y haya perdido el olfato, cosa rara en un perro.

No identifico el olor por culpa del catarro y me estoy preocupando. He de saber qué es ese olor, ¡y lo he de saber ya!

Huele cada vez más a lo que sea se está acercando. No me da buena espina, así que acelero la marcha. ¡Maldito caballo! ¿Dónde se iría? Estúpido jamego...

Ahora lo ha notado el perro y por fin ladra y se muestra inquieto.

Distingo, a mi espalda, en la lejanía, a un hombre sin equipaje. No camina, va corriendo a un ritmo lento pero constante. Es a él a quien huelo desde hace un rato.

No me gusta como huele. No es que huelo a sudor solamente, no es que huelo a mil demonios, no es que no huelo a hombre, pero no entiendo a qué huele y eso me hace recelar y no poco. Agudizo la mirada y veo algo que brilla en su mano derecha.

Camino más deprisa hacia casa. Ya no me queda mucho en realidad y tengo que encontrar a alguien. A cualquiera.

Ya sé a qué huelo; a malas intenciones. Drakkar lo nota también y gruñe, ladra fuerte y da vueltas alrededor de mí como si yo fuera la oveja que guarda, el rebaño que protege.

Intento correr pero el bebé se tambalea mucho en mi interior y me dan punzadas, me duele demasiado. La barriga me pesa mucho, me tira y me duele hasta la espalda. Es imposible, con la barriga no puedo correr pese a que lo intento, pero me da punzadas tan fuertes hacia abajo y hacia mis caderas que me hacen cojear. Las punzadas son tan fuertes que incluso me obligan a agacharme. No merece la pena que corra, pierdo más tiempo que caminando, así que camino todo lo aprisa que sé, todo lo deprisa que ahora puedo.

¡Mierda de rocín! ¿Dónde se iría? Y yo ahora que lo necesito de verdad...

Cada vez huelo más. Me giro hacia él y veo que ya no le falta demasiado para alcanzarme, que solo es cuestión de minutos. Drakkar se va corriendo hacia él ladrando, como poseído.

No me queda otra, es vital que lo haga. Me transformo e inicio mi canción para llamar a los lobos. Sé que no muy lejos aún quedan algunos y quizás lleguen a tiempo;

*«Amaneces ahora porque yo te canto,
con la fuerza de la Luna, con la luz del Sol.
Un fuego brillante sale de mis ojos,
pero no temas, es calor del corazón...»*

¡No, idiota! ¡Ese canto no es para llamar lobos! Comienzo de nuevo mientras sigo caminando. No quiero ni mirar si Drakkar ya ha alcanzado al maleante;

*«Tu fuerza fluye, fluye y crece,
El aullido fluye hasta el cielo.
Tú, hermano lobo, llévame contigo
a través de las tierras con caza.
Muestra tu verdadera cara,
Tu fuerza fluye, el aullido fluye
a través de las tierras con caza
hasta el cielo»*

Canto y retumban las montañas, incluso caen piedras. El Aullido ha llegado lejos, seguro. Espero que vengan los lobos, o que algún viajero me haya oído y venga a curiosear. Ya no veo al hombre que venía corriendo, lo he perdido. ¡Joder! ¡Ya no hay una persona que corre hacia mí! ¡Hay un lobo! Ese señor... ¡es del Clan!

Drakkar ya está alcanzándole y se abalanza contra su cuello, pero el Lobo le dobla en tamaño y apenas le frena en su carrera, ahora veloz hacia mí.

Tengo miedo.

¡Oh, Arn! ¡No te enfades conmigo! Ni te lo pienso contar, todavía recuerdo cómo te pusiste cuando te conté lo del bandido aquel al que le partí un brazo.

Tengo que defenderme, no puedo correr más, no puedo caminar tan deprisa... Ya puedo oír el golpe de sus patas en el suelo, incluso la respiración entrecortada.

Me parapeto como puedo con la punta del cayado hacia el Lobo. Drakkar insiste en su ataque y es respondido por el Lobo, que le muerde la cara y sigue su carrera hacia mí, aunque ya más lenta... está pensando, cavilando por dónde atacarme. No huelo más cosas, estamos solos los tres: el Lobo, Drakkar y yo.

Camina con soberbia hacia mí, se lo noto. Aun así tengo algo menos de miedo al verlo Lobo que al verlo persona con un cuchillo. Aún recuerdo al cabrón del cocinero del barco. Este Lobo solo tiene dientes y ninguna mano para agarrarme

Drakkar vuelve a la carga enganchándole bien del cuello y yo aprovecho para clavarle el cayado en el cuerpo una y otra vez, con ahínco y frenesí. No me reconozco en esta situación tan sádica, casi en trance.

Recapacito sin dejar de actuar. Tengo que usar el Aullido apaciguador, quizás así se amanse. Canto, con la respiración entre cortada, como puedo;

*«Amaneces ahora porque yo te canto,
con la fuerza de la Luna, con la luz del Sol...»*

Y saco el cayado de la no tan profunda herida y le golpeo la cabeza con el otro lado más grueso con toda la fuerza que tengo en estos momentos.

*«...Un fuego brillante sale de mis ojos,
pero no temas, es calor del corazón.
Sé que puedes correr con la velocidad del rayo,
con la rapidez del viento...»*

Sigo golpeándole para partirle el cráneo, pero ni el cántico ni mi lucha parecen efectivos. El Lobo me lanza mordiscos que esquivo a golpe de palo, pero se ceba especialmente con mi pobre Drakkar, al que no suelta por mucho que le atice y le clave la madera.

*«...pero tu alma necesita la estabilidad de la tierra,
la firmeza de la roca.
Amaneces ahora por la fuerza secreta...»*

Drakkar grita en un terrible gemido de dolor. Solo le veo sangre por todas partes, solo me veo sangre en las manos... y el Lobo tan apenas ha sangrado. Ya no canto, grito con rabia.

«...DE LOS DIOS QUE TE GUÍAN, A TI TAMBIÉN, HERMANO LOBO».

Drakkar ya no lucha por mí, ni siquiera lucha por él; se ha caído. Veo un horrendo bulto sanguinolento que sale de su vientre y que la piel se le ha separado del cuerpo por su *gordetillo*[4]. Mi pobre perro, para nada Tyr.

El Lobo prosigue, incansable, sus zarpazos y acometidas contra mí. Creo que la sangre de mis manos es la mía propia, pero no puedo comprobarlo ahora mismo, debo continuar pese a que estoy agotada.

—¡Hijo de perra! —gruño—. ¡Malnacido! Tan poco hombre que me has de atacar como bestia. Tan poco hombre que has de robar para comer, en vez de trabajar y servir para algo.

Y me lanzo contra él pensando en sujetarle las mandíbulas, cayéndole encima y haciéndome un terrible daño en el vientre. El zopenco embrutecido se retuerce y yo consigo apretárselas, pillándole la lengua y haciéndole sangrar. Ojalá se la corte, ojalá se la parta.

—¡Hijo de perra! —le vuelvo a insultar con rabia—. Eres tan mierda de hombre como de Lobo, tanto que una mujer embarazada te ha conseguido dominar. Encontrar a uno del Clan ¡y que sea un bastardo como tú! Seguro que no puedes ni fornicar, ni gratis ni pagando. Se te nota, porque si valieses para algo hace rato que me hubieras podido matar... ¡tienes suerte de que yo esté embarazada! Si me atacas hace siete meses te estaría arrancando la piel y destripando lentamente, jodiéndote más de lo que le has hecho a mi perro, haciéndote sufrir más de lo que haces sufrir a mi hijo, ¡bastardo de mierda!

Quiero coger mi cayado para clavárselo en la garganta pero, si suelto una mano, se zafará. Tiene mucha fuerza y yo muy poca en estos momentos. Hace días que tengo muy poca.

Vuelvo a llamar a los lobos, creo que es mi única esperanza si quiero llegar viva a casa. Les canto y vuelven a retumbar las montañas, cayendo otra vez piedras por las laderas.

*«Tu fuerza fluye, fluye y crece,
El aullido fluye hasta el cielo.
Tú, hermano lobo, llévame contigo
a través de las tierras con caza.
Muestra tu verdadera cara,
Tu fuerza fluye, el aullido fluye
a través de las tierras con caza
hasta el cielo».*

Drakkar aúlla, ¡pobre perro mío! Agonizando y ayudándome aún. Creo oír tronar.

¡Ya sé lo que he de hacer! Tengo que asfixiar al Lobo; le tapo el hocico con los dedos y el Lobo intenta quitarme de encima de él. Me araña la cara y me hace sangrar, pero no ceso en mi empeño de ahogarlo.

—Soy una Skjaldröm —le escupo al oído—. ¡Soy una Skjaldröm! ¡Desgraciado!

Quiero dejarlo sordo mientras se asfixia, pero me da con una zarpa en un ojo y he debido de aminorar la fuerza ya que el Lobo logra salir de debajo de mí.

El malnacido me muerde una pantorrilla, a la altura de la rodilla y quisiera bramar de dolor, pero no le daré ese gusto. A cambio le doy patadas con todas mis fuerzas, tan fuerte que hasta me hago daño en las rodillas al terminar de estirar la pierna contra su morro. He de evitar a toda costa que me muerda el cuello y los muslos, aún recuerdo lo que leí de anatomía.

Cojo el cayado y se abalanza encima de mí. Me muerde los antebrazos y me deja las manos sin fuerzas, con sensación de madera y frío. Sé que me está buscando la cara y el cuello, pero yo lo evito con mis brazos como puedo; prefiero perder el uso de las manos y llegar a casa.

Ya no siento el dolor de sus colmillos, no tengo tiempo para ello. Tampoco siento ya la sangre caliente por mi piel, cayendo... Oh, Am, ¿cómo te voy a explicar todo esto?

Sí siento, sin embargo, que me caen las lágrimas; estoy desesperada por mi vida, estoy cansada, estoy rabiosa, incluso estoy loca. Le muerdo yo también y se me salta un diente, logro apuntar bien con el cayado y se lo clavo en sus entrañas con fuerza, esta vez yo creo que sí...

Y mis entrañas también se remueven. Mi hijo también se retuerce de dolor, al que iba a hablarle del sol y la tierra, de los druidas, de los rituales antiguos, de las runas y los dioses, de cómo sanar, de las plantas, de las plantas, de las plantas, de las...

El trueno otra vez. Luego oigo un pitido intenso, doloroso incluso, y se me nubla la vista, todo se oscurece. El pitido no cesa y no vuelve la luz, pero noto la tierra temblar cada vez más fuerte, más cerca y huele a lluvia, huele a... no huelo a nada. Ya no hay dolor.

En el interior de un dolmen.

—Buenos días, ¿podría hablar con la doctora Aalto? Sí, Maria Aalto. De parte de Ray Svensson, doctor Svensson.

Es la tercera llamada que hago para localizar a esta mujer, ¿dónde estará?

—Ah, vaya, es que me habían dicho que aquí la localizaría. Entiendo, ¿y podría facilitármelo? Sí, es por el trabajo, es importante.

Me van a dar el teléfono personal de la doctora Maria Aalto, parece ser que está de vacaciones. Espero a que el muchacho somnoliento del otro lado del auricular acierte a ver los números que me tiene que dictar.

Miro a Lisa. Duerme tranquilamente en la parte de atrás de su coche.

—Sí, anoto. —Y escribo a continuación de los otros números que me habían dado.

Sospecho que ahora estaba llamando a su domicilio particular.

Ya ha amanecido y dentro de poco Lisa se despertará y querrá ir a comer algo o a por un café. El viaje se acaba y me da lástima porque me lo estoy pasando bastante bien. No es que haya sido un viaje cómodo, pero supongo que es lo que hubiera hecho hace veinticinco años; ir de viaje con una chica, dormir en el coche y no importarme qué iba a comer, solo disfrutar del camino y la compañía.

Llamo al nuevo número, un móvil. Contesta una mujer;

—Buenos días doctora, soy el doctor Svensson, de la Universidad de Minnesota. Sí, tengo novedades acerca de los documentos que nos envió para restaurar. He encontrado nueva información y creo que es una línea de investigación que puede interesarle... o al menos a mí me gustaría que colaborara en ella. ¿Sí? ¿En Suecia? ¡Vaya casualidad! Yo también. Allí nos vemos.

Cuelgo.

—Lisa. —La intento despertar, y le retiro el pelo.

Lisa no se despierta.

—¡Lisa! —digo algo más fuerte, y esta vez cojo uno de sus mechones y le rozo la nariz.

—No me digas dice ella con mala gana.

Me río sin poder evitarlo. Y ella abre los ojos y se despereza.

—Que no te diga, ¿qué? —le pregunto divertido.

—Que eres de esos que despiertan a la gente gastándoles bromas. —Sigue somnolienta y con cierta desgana.

Le sonrío y le ayudo a bajar del coche. No puedo evitar mirarle un rato, como para recordarla en este momento, desaliñada, sin maquillar, ropa arrugada...

Rápidamente vuelvo a la realidad y me dedico a ordenar el coche para poder montar y seguir el viaje.

—Lisa, ¿podemos ir a Ludovica?

—¿A dónde? —Me castiga haciendo como que no me entiende; se hace de rogar.

—Ya sabes a dónde. —Intento disimular una sonrisa.

—No, no sé, de hecho se me va a olvidar el inglés de un momento a otro. —E inicia lo que creo es una cuenta atrás en sueco.

No recuerdo cómo era exactamente el nombre... ¡Ludvika!

—Ludvika, Lisa. Es Ludvika. —Y la empujo suavemente para que deje de hablar sueco.

Lisa se ríe y se prepara rápidamente para continuar el viaje.

—A ver el GPS qué dice... pero creo que no estamos a más de tres horas —dice con alegría.

Creo que a ella también le está divirtiendo este viaje... o quizás sea su alegría natural. No creo, no me pareció al conocerla que fuese muy alegre, aunque también es verdad que medicado mi percepción es diferente. No quiero medicarme más, he de aprender a controlarme y aprendiendo sobre Eyra sabré cómo lo hizo ella y tal vez lo logre yo también.

Montamos en su coche blanco y arranca el motor. Me gusta que conduzca ella, puedo mirarla sin que se dé cuenta... o sin que crucemos las miradas y me entre complejo de tonto, ¡o de viejo verde!

—¿Y a Ludvika para qué? —me pregunta Lisa cuando ya estamos en la carretera principal hacia nuestro nuevo destino.

—A la iglesia de allí... si es que solo hay una —recapacito en alto—. Hay documentos que nombraban el lugar además de que esta leyenda es típica de esa zona.

—¿Leyenda? —se sorprende Lisa—. A estas alturas ya sabemos que no es una leyenda.

Y se queda mirándome un par de segundos, como sorprendida o... no sé.

—La señal dice que es la próxima salida a la derecha —la informo para que mire a la carretera.

Me pongo nervioso si los que conducen no miran a la carretera; odio a esas madres que llevan el bebé al lado y en cada semáforo les hacen carantoñas, o en plena autopista. Una vez me topé con una que le estaba cambiando el pañal en su regazo ¡a la vez que conducía! Alucinante. Menos mal que no tuve hijos, no hubiera soportado a su madre en plena fase hormonal «ser madre es lo mejor que me ha pasado en la vida» pero prefiero pegármela con el coche a que el niño lleve algo de pis en el pañal media hora. ¿Sabrán sus maridos lo temerarias que se convierten tras el parto? Y si lo saben, ¿cómo lo consienten?

Ay, estoy divagando... voy a fijarme en los carteles y a concentrarme en el destino.

Tras más de una hora llegamos a un pueblo de tamaño considerable, más bien una ciudad pequeña de ambiente tranquilo. Creía que sería un pueblo pequeño, pero para mi sorpresa el tamaño de este lugar es considerable. No hay una, sino cinco, entre iglesias, capillas y ermitas... ¿cuál será la que buscamos?

—Vamos a información turística y pedimos un folleto —propone Lisa.

¡Qué buena idea! Es rápida de mente, como si llevara esperando cinco días a tener este problema, como si se lo hubiera planteado ya de antemano.

Llegamos a una oficina de turismo y Lisa se pone a hablar en sueco con la dependiente. Esta le muestra en un mapa las iglesias y rodea con más énfasis dos de ellas.

Suena mi móvil y salgo del pequeño local.

—¿Diga? —pregunto.

—¿Ray Svensson? Soy Maria Aalto —se presenta la voz.

—Ah sí, soy yo.

—Ya he llegado a Ludvika y me dirijo a la iglesia de Ulrika.

—¿Ulrika? ¿Es allí? —Me sorprende porque ella ya lo sabe.

—Sí, por el año de construcción y que todavía se conserva, si no es esa no es ninguna ya.

—De acuerdo, allí nos vemos en diez minutos.

Cuelgo.

Lisa me mira, pero sin acritud, solo me mira esperando. Ha salido y no me había dado cuenta, ¡qué sigilosa!

—Hablaba con la doctora con la que colabora mi universidad, gracias a la cual me llegaron todos los pergaminos, la leyenda... todo esto.

—¿Con la culpable? —Ríe.

—¡Esa! —Me río yo también—. Nos espera. Ha venido hasta aquí para entrar en la iglesia que buscamos, la de Ulrika según ella.

—Pues es por aquí —dice estirándome de una manga.

Aparecemos, en poco tiempo, en una zona arbolada, el parque Kyrk. Vamos por un camino de adoquines y llegamos a un cementerio con alguna lápida, y

pequeños menhires antiguos con runas. Hay un campanario de madera rojiza y techado de óxido verde oscuro separado de la iglesia. Esta es de madera blanca también, pero parece algo moderna. Seguramente hayan cambiado el estilo original.

En la puerta de la iglesia hay una mujer muy rubia y muy blanca, de ojos azules claros, de esos como el hielo.

—¡Tía! —la saluda Lisa.

—¡Qué casualidad! —le responde ella—. Estoy esperando a un colega del trabajo, que quiere investigar sobre...

—Eyra Olsson —termina la frase.

—¿Es usted Ray Svensson? —se sorprende ella.

—¿No me digáis que sois familia? —me sorprende yo más aún si cabe y le tiendo mi mano a modo de saludo.

—Pues sí. —Sonríe Lisa—. Pero hacía ya mucho que no nos veíamos.

Entramos en la iglesia, la cual es luminosa, abierta, bastante sencilla, con un solo púlpito, un altar con un retablo dorado bastante pequeño con letras en hebreo y a cada lado de este unos números: 315, 289, 490.

—No hay nada —dice Lisa—. No hay ningún sarcófago ni inscripción sobre la leyenda.

Y me mira con complicidad. «Leyenda», claro.

Disimulo una sonrisa y miro por una de los vitrales y miro a las lápidas. Veo muchas bastante antiguas.

—Quizás encuentre algo fuera, voy a mirar.

Salgo y empiezo a leer todas las lápidas, una a una, los nombres, las fechas... pero ninguna Eyra, ni Eir, ni similar... ni siquiera ningún Olsson de la época.

—¡Ray! —me llama Lisa desde la puerta—. ¡Corre!

Entro y veo que su tía está levantando unos tabloncillos del suelo.

—Las alfombras en las casas antiguas siempre tapan algo. —Sonríe con satisfacción por su descubrimiento.

Me arrodillo y le ayudo a retirar las maderas del suelo. Ante nosotros unas escaleras de piedra bajan. Huele mucho a humedad y siento algo de aprensión, pero no he venido hasta aquí para hacerle ascos a ningún foso oscuro bajo ninguna iglesia con cementerio.

—No llevo linterna.

Y automáticamente Lisa me da su móvil del cual sale una fuerte luz.

—Bienvenido a la era digital, Ray. —Sonríe ella.

¡Me acaba de llamar viejo! Qué desastre, vaya golpe más bajo. Yo creía que no me veía tan mayor, ¿acaso no me dijo ella algo así una vez, que yo no era tan viejo?

¿O es solo una conversación que ocurrió en mi mente?

Le cojo el móvil de su mano, con pocas ganas, y bajo esa escalera empinada, de escalones estrechos donde apenas me cabe el pie, ¡cómo no!

Ellas bajan detrás de mí, poco a poco.

—Bajad, mirad esto.

Es asombroso. Es una cámara funeraria con un sarcófago antropomorfo en piedra muy clarita en el centro. Tiene una mujer tallada, con buenas vestiduras por lo que seguramente era rica. No, seguro que era rica si la enterraron aquí y así. Parece que la mujer estaba embarazada y, a sus pies, le tallaron un perro enroscado, dormido. No hay ninguna inscripción ni pista sobre el nombre de la dueña de esta sepultura, ni runas ni ninguna letra de otro tipo.

Miro a mi alrededor y sobre mí, esto es...

—Es un dolmen —dice Lisa por mí—. Ayúdame.

Y se pone a empujar la tapa del sarcófago. Yo me remango y la ayudo, pese a que no sé muy bien si es buena idea.

—¿Qué hacéis? —nos regaña la doctora.

—Tía, si esta mujer es Eyra, solo lo podemos saber abriendo el sarcófago para ver el ajuar funerario, por si hay alguna pista.

—Voy a cerrar la iglesia, si nos pillan así... —Y sube las escaleras con rapidez.

Tras un minuto la doctora se nos une para empujar y logramos mover la parte de arriba.

—Un poco más, chicos —anima Lisa—. Una, dos y...

Los tres gruñimos y mis pensamientos van por otros derroteros. Pronto vuelvo a la realidad, no sin avergonzarme por mi inoportuna imaginación; logramos abrir hasta la mitad la tapa.

—No abramos más —dice María—, si se cae nunca lograríamos ponerla en su sitio de nuevo.

Dentro del sarcófago de madera hay un ataúd de listones de madera en bastante mal estado; este país es muy húmedo.

Lisa se saca un par de pañuelos de papel y abre el ataúd sin tocarlo con su piel.

Hay un esqueleto de una mujer, con una vestimenta muy sencilla, más bien pobre, extraño siendo que el mausoleo es bastante rimbombante. Tal y como hay tallado en la piedra del sarcófago, a los pies de la difunta hay algo, un saco.

—Dame pañuelos, Lisa —le pido.

Abro el saco y dentro hay huesos de un animal, por las mandíbulas un perro. Hay una bolsa de cuero al lado izquierdo de los restos de la mujer. Parece una bolsa de viaje, parecida a la de los pastores trashumantes, como un morral.

Las vestimentas son muy finas y se transparenta algo.

—María. —Le señalo el hueco donde antes hubo vísceras—. ¿Ve algo ahí detrás?

—Se transparenta algo, sí —dice colocándose gafas de cerca.

Lisa no se lo piensa dos veces y le levanta el vestido.

—¡Qué es eso! —se sorprende María.

Debajo de la caja torácica y hecho un ovillo sobre la pelvis, hay el pequeño esqueleto de perro o animal similar, un cachorro claramente pues en la mandíbula no hay dientes desarrollados.

—Esto es, seguramente, la prueba de si Eyra era el personaje de una leyenda o la descendiente del Clan —le digo con menos sorpresa de la que ella manifiesta.

Me acerco a la calavera y observo las vértebras del cuello.

—Si es Eyra, se supone que murió atacada por lobos... es decir, degollada a mordiscos —explico para que entiendan qué busco.

—¿Crees que habrá marcas de colmillos? —pregunta Lisa.

La doctora parece estar en shock, ha enmudecido.

—Tía, hay que coger muestras para analizar, por favor —le pide Lisa—. ¡Tía!

María parece despertar.

—Esto es una locura, ni siquiera tendríamos que estar aquí —tartamudea.

—Lo sé, doctora Aalto, pero esto es importante, y lo más importante es que no salga de nosotros tres —le pido—. Esto no debe hacerse saber.

—Entonces, ¿para qué? —se extraña ella.

—Tía, por favor, ¿tú crees que la gente te tomaría en serio? —la intenta convencer Lisa sin nombrarle que la razón soy yo.

—Con pruebas sí —protesta ella.

—Ya, a Darwin le creyeron enseguida, ¿no? Además, imagínate que es verdad que esta muchacha pertenecía a un Clan con poderes mágicos... ¿no crees que habrá más gente en el mundo como ella? No les haríamos ningún favor sacándolos a la luz —insiste Lisa.

—Haré lo que tenga que hacer —dice ella.

—No, os equivocáis ambas —las interrumpo—. Soy yo quien ha investigado y quien ha tirado del hilo que nos ha traído hasta aquí. Yo soy el que decide si esto se hace público o no.

Maria no me mira muy convencida. Creo que está pensando algo, como si se sintiera engañada, o quisiera jugar sucio usando su laboratorio como herramienta de chantaje.

—Doctora, si no quiere colaborar con la investigación lograré analizar las muestras de otro modo —le digo.

—No, colaboraré, pero si algún día hace pública la investigación no olvide ponerme como colaboradora.

Sonrí y me tranquilizo internamente.

—¡Por supuesto! —le respondo.

Lisa coge una vértebra del cuello del cuerpo principal, otro hueso del animalito del abdomen.

—Mételas aquí —le dice su tía tendiéndole unas bolsas de laboratorio.

Cojo el morral y lo abro; hay unos libros de papel encuadernados en piel.

—Esto lo llevaré yo a mi laboratorio —informo mostrando su interior.

—Es tu especialidad —dice Lisa mirándome por un momento, y luego apartando la mirada de mí.

—Sí, es mi especialidad —respondo casi murmurando.

Me quedo quieto, esperando algo, no sé... me ha dejado expuesto, fuera de juego.

La doctora parece ajena a todo esto, ella observa por encima de sus gafas las muestras, cosa rara ya que las gafas son pare ver de cerca. En realidad es una mujer un poco extraña, no termina de convencerme. Nunca lo hizo y agradezco que nuestra relación sea meramente profesional, seguramente si fuese de otro modo nuestra relación no sería nada buena.

Ponemos el ajuar funerario como estaba, cerramos el ataúd y colocamos, no sin menos esfuerzo que antes, la rica mujer embarazada de piedra clara con un perro a sus pies.

Salimos de la iglesia intentando no dejar huellas de nuestra presencia en la cámara funeraria.

En la puerta de la iglesia nos despedimos de la doctora Aalto con la promesa de que en menos de una semana recibiré los resultados de laboratorio.

Lisa y yo volvemos a Norrköping.

Allí me despido de ella. Yo vuelvo a Saint Paul, a Minnesota, a mi laboratorio... y ella vuelve a su biblioteca, no sin antes prometernos mantener el contacto, visitarnos, que nos cuidaremos y comeremos sano... tonterías para no decir nada, para rascar los segundos que la rodean... para no tener que coger ese eterno vuelo con mi triste y aburrida música del iPad, solo hasta mi hueco hogar.

En el aeropuerto, la vuelta, me recibe mi hermana con su marido.

—Ray. —Me abraza ella—. ¡Te veo rejuvenecido!

—Será el frío ártico —bromeo.

Me llevan a casa, tomamos café, charlamos, les enseño fotos y les explico cómo es Suecia, la gente, los edificios... y cuando su esposo se va al servicio veo la oportunidad de sincerarme más con mi hermana.

—Eve, llevo sin tomarme la medicación desde que me fui y estoy bien, tranquila...

—Lo sé, ya lo veo —me tranquiliza ella a mí—. Si quieres tomarla, ¡adelante! Pero si no... yo te veo genial, Ray. Estás relajado, de buen humor... ¡parece que tuvieras diez años menos!

—Eve, mañana es día de trabajo —dice su marido, apareciendo en el salón.

—Cierto —le digo yo y me levanto.

Les acompaño al vestíbulo y les despido, dándoles de nuevo las gracias por haberme ido a buscar.

Hoy no logro dormir.

Le envío un mensaje a Lisa, pero lo borro, y lo vuelvo a escribir... No sé qué decirle que no sea lo típico y que no sea demasiado evidente.

Por otro lado, ¿qué más da si soy demasiado sincero? No creo que la vuelva a ver nunca, y por otro lado... Si le digo que a su lado he sido muy feliz, que me ha parecido estupenda, guapa, inteligente, que quiero viajar siempre con ella... y ella me dice que ella también, ¿entonces qué? ¿Me mudo yo o se muda ella?

Es ridículo Ray, ella te ve como su colega «el viejo», solo eso. Recuérdalo: «Bienvenido a la era digital, Ray».

A la mañana siguiente estoy hecho polvo, pero tengo que ir a trabajar.

Allí me espera el becario al que no tardo en mandarlo a por un café y un kanelbullar a los que me aficioné en el viaje pese a haberlos aquí en cada mercado navideño.

Llevo el zurrón de cuero a la cámara humectante. En una sala más del laboratorio pero con un alto grado de humedad ambiente y decorada, al igual que el resto de la planta, en tonos claros estériles, apáticos, aburridos... Pero bueno, solo es un laboratorio de restauración de piezas de arte y arqueológicas... ¿por qué iba a haber murales? ¿Fotografías de lugares excavados? ¿Acantilados o verdes praderas?

Me pongo la mascarilla y los guantes y lo abro. Está duro por el paso del tiempo y temo partirlo. Lo humedezco más.

De él saco, con sumo cuidado, las encuadernaciones en piel y unas plantas secas que rápidamente meto dentro de un bote de vidrio con trozos de papel desecante.

Las hojas de los libros son de papel y temo romperlas si las abro. Cojo el libro más grande y le pongo «espray abrelibros», bautizado así por los becarios, y abro sus tapas duras de lino y cuero.

Este es un libro de anatomía cuyo autor desconozco pero que seguro apreciarán en cualquier biblioteca o escuela de medicina, pero no tiene nada de lo que busco. Paso una por una todas las hojas, las más de cuatrocientas hojas con emborronadas ilustraciones, pero no hay anotaciones a mano de la dueña.

Lo reservo para enviárselo a la doctora Aalto, ¿o tal vez para Lisa la bibliotecaria? Bueno, no he de pensar en eso ahora, tengo que concentrarme.

—Ray, el café y el kanelbullar —me dice el becario.

—¡Aquí no! —Y le señalo fuera de la cámara—. De verdad que yo no sé para qué se cree que sirve esta sala aislada... ¿tendrá una patata en vez de cerebro?

Al momento entra de nuevo.

—Lávate las manos antes de entrar y luego te pones guantes, gorro y mascarilla. —Le señalo de nuevo la puerta de salida.

¿Qué habrá estado haciendo estos días cuando yo estaba de vacaciones? ¿Comer hojaldre grasiento sobre el Libro de Kells?

Pulverizo con el espray la siguiente encuadernación, más tosca y menos fina. Es un libro más pequeño que el anterior así que estoy casi seguro que no es ningún libro de anatomía, tal vez un catecismo, un cuaderno personal... ¡que sea un cuaderno personal, por favor!

—¡Sí! ¡Esa letra!

Y no puedo evitar saltar, reírme e incluso recibir con una sonrisa al becario. Esa caligrafía y la había visto antes.

—¡Mira! —Y le enseño que es un manuscrito con más de cincuenta páginas—. Hay que hacer foto de cada una de ellas y mandárselas al traductor. No uses flash... ¡venga! ¡Tienes trabajo!

El becario se pone nervioso y va corriendo a por la cámara de fotos.

—¡La de fuera no! —le digo antes de que salga—. Aquí hay una.

Le señalo a los cajones del mueble.

Mientras le vigilo de reojo, me dedico a comprobar el siguiente cuaderno, pero este está irrecuperable. La humedad del interior del sarcófago fue elevada durante muchos años y en realidad ha sido un milagro el haber podido recuperar dos libros de ahí dentro.

—Doctor Svensson, tiene una llamada —me dice una compañera desde la puerta.

—Pásamela aquí, por favor.

Y voy al aparato que está sobre la mesa, al lado de la puerta. Ya suena y descuelgo.

—¿Sí? —pregunto.

—Ray, soy Maria Aalto —dice nerviosa.

—Vaya, ya ni doctor ni señor. —Sonrí—. Le tengo que mandar un par de libros... primero los restauraremos.

—No, no... no me entiendes. Tengo las pruebas de ADN, te tienen que llegar ya por fax.

—¿Y bien? —me impaciento.

—La mujer del sarcófago (bueno, su ADN) coincide con la mancha de sangre de aquel otro documento.

—Vale. —Creo que esta mujer chochea—. No es tan importante, porque solo se puede demostrar que esa mujer fue dueña o autora del otro docu...

—Ya —me interrumpe cada vez más nerviosa—, pero el ADN del cachorro de la tumba no es de perro ni otro animal similar... ¡es de persona! Y comprobé más de un hueso, huesos que por su morfología no corresponden a la osamenta humana.

Me quedo callado. Entonces ya no cabe a duda: los Lobos y los Aulladores existieron.

—El ADN de la enterrada corresponde como madre del cachorro y sí, murió degollada por dentelladas de un lobo —sigue ella, en el mismo estado de nerviosismo

—. Tú sabías algo, por eso te empeñaste en abrir el sarcófago.

—Yo no me empeñé —la corrijo—. Y claro que sabía algo, lo mismo que usted, lo de la leyenda, tan solo que empecé a buscar más.

Creo que no la he convencido, pero me da igual.

—Maria, tengo trabajo —me despido—. En cuanto tenga todo resuelto se lo mando, como siempre. Un placer colaborar con usted y un placer que haya colaborado conmigo en esta investigación.

Me quedo pensativo. ¿Qué le pasaría a Eyra Olsson para acabar así? ¿Quién sería el padre de ese bebé? ¿Uno del Clan o cualquier otro? He de leer ese diario cuanto antes, pero no quiero que transfiera la noticia o que nadie tome en serio su contenido, quiero que quede como hasta ahora; como una leyenda o cuento para niños.

—Cuando termines con las fotos no se lo mandes al traductor —le digo al becario—, ya lo haré yo.

Y me dirijo al fax a por los resultados de las analíticas, mientras marco el teléfono de Lisa desde mi móvil.

¡Vaya! Los resultados de ADN dan más pistas de las que creía.

—¡Ray! —dice con alegría Lisa al descolgar.

—Lisa, tenemos mucho trabajo. —Le sonrío—. Y tú me vas a ayudar.

Aullarle a un histérico.

Cojo los resultados del ADN y los leo de nuevo... aparte de la traducción del especialista, no entiendo nada más. Esas cadenas de letras para mí no tienen ningún sentido.

Paso las hojas y entonces se cae una que había quedado algo pegada a otra. Ahí hay algo escrito a mano por Maria.

En el ADN de la mujer y en el del "cachorro" hay una anomalía. Al principio creímos que podría ser normal (una mutación al azar como otras tantas, una enfermedad congénita...) pero tuve la suerte de que uno de mis mejores amigos, especializado en la evolución de los perros, me echara un cable con ello; esta mutación es similar a la mutación del perro que le hace diferente al lobo, es decir, al gen "domesticador" (gen sumiso, como lo quieras llamar), tan solo que este es lo contrario. En un gen de la "dominancia", de la "agresividad"... en vez de hacer a un animal apto para la vida entre humanos lo haría más arisco, huidizo, y se adaptaría mejor a la vida en libertad.

Es decir, la mujer ahí enterrada seguramente no sería de trato fácil y no sé si todo esto tendrá que ver directamente con lo que albergaba en su vientre o eso sea simplemente una broma de cámara oculta.



Un saludo.

Fdo Dra Maria Aalto

Suena mi móvil, es Lisa.

—Dime.

—Ray, ya he acabado. Mira rápidamente tu correo porque ahí está todo —me dice contenta—. Vas a alucinar. Narra su viaje al norte, los aullidos esos, una vieja llamada Moa Sann que cuando lo lees no te lo creerás. Seguramente sea la bruja de Reinøya... pero nada de ningún ataque de lobos, al revés. Siempre los describe como leales y tranquilos con ella, incluso con su caballo, pero...

—Lisa —la interrumpo—, ¿vendrás a verme?

—Ray, ¡céntrate y lee el correo! —Se ríe—. Te tengo que dejar.

Oigo la voz de un tipo de fondo, diciéndole que llegan tarde a algún lado. Entiendo; ahora tiene novio.

Le hago caso y me pongo a leer la traducción de Lisa. ¡Joder! Moa Sann era la bruja de Reinøya y no era bruja, era Aulladora y Lobo a la vez, pero para rizar más el rizo tenía un mellizo con poderes sobrenaturales también. Sin embargo, a este casi no lo nombra.

Tal vez la muerte de Eyra estuviera relacionada con la desaparición del caballo, o tal vez aquella desagradecida familia ricachona cuyo hijo salvó de morir por herida de trabuco la mandara buscar y le dieran caza con perros.

No lo entiendo, ¿tan desesperada estaba la muchacha que emprendió un viaje sola, embarazada, con nieve y hielo? Ese gen fue su perdición, está claro. No se dio cuenta del riesgo que tomó.

Vuelvo a leerlo todo. Como la pantalla del ordenador me hace daño en los ojos decido imprimirme toda la traducción. Es mi lectura diaria; ni periódicos, ni cómics ni novelas... el diario de Eyra.

Leo desde el principio otra vez; está casada con Arn Rudbeck y feliz.

¿Rudbeck? Me suena de algo... No, será del primer diario.

Sigo; pese a que se declara feliz y sana, resulta que sigue sin poder olvidar lo que vio en las guerras por las que pasó. Sigue recordando a la tal Muriel y a los numerosos ajusticiados que exhibían por los caminos. Su marido, hecho insólito del cual ella exagera en su diario, le anima a viajar para que siga aprendiendo sobre el Clan.

Quizás esta parte sea mentira. En aquella época los hombres ataban muy corto a sus mujeres. Quizás se escapara y en el diario escribiera esto como coartada si la apresaban por abandonar el hogar.

A ver qué más dice el diario... Ah, sí, se queda embarazada y, aún con todo, en cuanto llega el deshielo emprende el viaje.

Esto no hay por dónde cogerlo. Paso las páginas y no me cuadra nada.

Leo la anotación de Lisa; «faltan páginas, están arrancadas» justo tras el baño mágico y antes de llegar a Reinøya.

¿Y si Arn la siguiera y le diera caza con un perro? Igual era realmente un marido celoso, pese a que Eyra no dice nada en ninguno de los diarios, al revés, lo describe como ella, de mente abierta, casi adelantado incluso para la época actual, ¿cuántos esposos dejarían que su mujer emprendiera sola un viaje de un mes? No conozco a muchos así, la verdad... y más de uno aprovecha la ausencia de su esposa para no ser muy buen marido.

Vaya, no puedo saber más, aparte de que Eyra estaba medio loca.

Arn Rudbeck... es decir, ella era Eyra Rudbeck, pero no he hallado nada con esa búsqueda y Lisa tampoco.

De todos modos, no quiero implicar más a Lisa, ella tiene su vida y está bien que me ayudara, pero creo que no he de pedirle más favores, sobre todo si no creo que yo se los pueda devolver.

¡Ay, qué difícil es esto! No me cuadra la muerte de Eyra, no me cuadra mi amistad con Lisa, no cuadro en ningún lado y nada se me cuadra a mí.

El marido de Eyra... he de investigarle más. Según los diarios era arquitecto, así que algo construiría.

Tengo que descansar, así que mañana continuaré con todo esto. Me acuesto y ya no pienso en Eyra, pienso en música, en una batería, en Lisa marcando el ritmo con las manos sobre la guantera, las rodillas y el cristal del coche, en Lisa cantando y sorpresivamente volviendo a tocar la batería... es una rockera de verdad.

Y esa idea me hace sonreír, aquí solo... en mi hueca casa.

Otra vez el desayuno y el trabajo. El café y el trabajo. El sándwich y el trabajo. Y Eve.

Otro día; el desayuno y el trabajo. El café más raro del mundo para mantener alejado al becario y el trabajo. Una ensalada con jamón y el trabajo. Ceno solo.

De nuevo otro amanecer y yo en el trabajo, restaurando y analizando juguetitos y tonterías escandinavas... y Lisa no me escribe ni me llama, y Eyra me llama todos los días, pero no tengo un hueco en el trabajo en el que pueda volver a investigar sobre ella. Tampoco la doctora Aalto me manda nada nuevo ni relacionado con el Clan.

He de ser yo, he de moverme yo. Las cosas no me van a caer del cielo; ya lo hicieron la primera vez.

Este lunar me obliga a saber más. He de saber más.

Unas canciones o palabras mágicas no me solucionan nada, yo no quiero saber aullidos, o eso creo, yo quiero saber por qué murió Eyra y si fue asesinada por su marido. Tengo una insana curiosidad, como si fuera un crimen reciente del cual hubiera que hacer justicia, así que necesito más detalles por desagradables que fueran, y la verdad es que Eyra no detalla mucho en su diario. Supongo que sería precavida por si alguien se lo cogiese, por si su marido lo leyera. Pero esto vuelve a no cuadrar; si tenía miedo a que su marido leyera su diario, ¿por qué escribía sobre él y su decisión de dejarla marchar de viaje en busca de respuestas?

La clave es su marido, está claro.

Dejo la flauta sobre la mesa y me voy a mi ordenador. Me meto en internet y busco «Arn Rudbeck»... y nada. Quizás sea mejor “arquitecto Rudbeck” y sí, ahí encuentro mucho más.

¡Joder con Rudbeck! Arquitecto, médico, botánico... La época cuadra, las fechas cuadran... pero no parece la misma persona de la cual se enamoró Eyra, o que Eyra describe en su diario.

He de comprobar si eran la misma persona.

Vuelvo a la flauta... ¡qué narices! ¿Acaso no tengo un becario?

—Toma, termina tú esto —le digo—. Cuando hayas acabado lo devuelves al museo, por valija, ¿entendido?

Y mi becario parece feliz de hacer él lo que queda de trabajo. Yo me voy a fumar arriba.

En la azotea de la universidad hay más personas fumando. Algunos hablan entre ellos, otros trastean con sus móviles de pantalla táctil cada vez más grande.

«Bienvenido a la era digital, Ray», me digo a mí mismo sin poder evitar esbozar una sonrisa.

¿Y qué hago yo aquí? Y no me refiero a qué coño hago fumando de nuevo, sino... ¿qué hago yo en Saint Paul? Mi hermana es importante para mí, pero ella tiene vida propia y yo podría tener vida... propia.

Y es que, además, todo me lo está diciendo; la investigación sobre la muerte de Eyra, mi vida aquí, mi trabajo aquí, mis recuerdos de allí... Tengo que volver. No sé si podré coger vacaciones de nuevo, lo dudo, pero he de volver a Suecia... o a Norrköping. Por lo menos lo habré intentado.

¿Y si Lisa no me quiere allí? ¿Y si Lisa no me quiere? Bueno, sé que Lisa no me quiere... ¿habré echado al traste mi bien pagado trabajo en la universidad?

A la mierda, me marcho.

Salgo de la azotea entrando al edificio por la escalera de incendios. Bajo rápidamente y me dirijo al despacho del de recursos humanos, en la primera planta. Voy a entrar en su despacho pero a través del cristal de la puerta puedo ver que tiene a dos personas con él, así que espero.

Espero. Espero más. Sigo aquí, de pie, esperando... y a mí me corre el tiempo como si llegara tarde, como si llevara no unos minutos de retraso, sino años. Exactamente quince años.

No aguanto más, toco en la puerta y entro sin esperar a que me den permiso.

—Disculpad —les digo a los muchachos que se sientan delante del titular del despacho—. Necesito una excedencia de un año.

A la noche siguiente me encuentro de nuevo en un vuelo transoceánico, rumbo a Estocolmo. El no haber reservado con antelación me ha hecho comprar un billete caro con dos escalas; una en Chicago y otra en Reikiavik... y se me está haciendo más largo que la otra vez pese a que esta vez voy con bastante más ilusión que la anterior. Se me hace tan lento que cuando paremos en Islandia quizás me plantee coger una lancha hasta Noruega, ¡cómo se puede tardar tanto en bajar a la gente de un avión y subirla en otro! Y no es que las puertas de embarque estén cercanas entre sí, es que hay que cruzar el aeropuerto. Son un desastre estas aerolíneas.

Esta vez iré a un hotel más barato y más cercano al Tegelvalvet. Esa zona me pareció más animada, y si quiero salir y beber podré hacerlo sin temor a perderme ni plantearme coger ningún taxi.

¿Qué hago? ¿Aviso a Lisa? Desde luego ahora no, en pleno vuelo y con el típico aerófono al lado controlando que nadie tiene ni el reloj de pulsera encendido, que sujeta los reposabrazos como si no estuvieran bien atornillados y que no deja de comprobar el cinturón de seguridad ni un segundo... ¿y si le aullara? Y me imagino poniéndome de pie, delante de estas cien personas o más, aullándole al histérico este, como si le declarara un amor inconfesable.

Me entra la risa y el aerófono se me queda mirando fijamente, mosqueado. Me da igual, se mosquearía incluso por ponerme a dormir en medio de una situación tan crítica y letal como lo es viajar en avión.

Me pongo los tapones y cierro los ojos. Mañana será otro día y este viaje es muy largo, aún falta una hora de vuelo hasta Reikiavik.

Algo sencillo y en el campo.

¡Por fin en Norrköping!

Salgo de la estación de tren y me dirijo con mi maleta rosa fluorescente hacia el centro. Camino rápido, no puedo estar sentado ni un segundo más y siento que se me ha nublado la vista desde que he llegado a Suecia. Durante el viaje en tren me he puesto las gafas de sol pero ahora, en la calle, tengo que quitármelas o me chocaré. A estas horas es ridículo llevar gafas de sol y menos por esta zona donde el alumbrado no es muy bueno.

Tengo que gastar la adrenalina, estoy muy nervioso. Tengo ganas de correr pero tampoco quiero que la gente piense que huyo de ningún lado; seguro que se creerían que le he robado su maleta Barbie a alguna niña y, claro, se abalanzarían contra mí.

Entro al hotel de ladrillo rojo y ventanas verde oliva. Pillo al recepcionista cenando un sándwich que, rápidamente, esconde dentro de la caja mientras me pide disculpas.

Me registro, subo a mi habitación y me doy una ducha. Me miro al espejo y veo que ya debería afeitarme... ¡y que todavía no soy yo! Mis ojos siguen anaranjados. Lo ignoro, he de aceptarme así y hacer como si no pasara nada.

Vuelvo a mirarme la barba. Cojo la cuchilla... pero no, decido no hacerlo. Creo que me da igual, creo que estoy más cómodo así, sin afeitarme a diario y dudo que Lisa se vaya a fijar en eso. En realidad no tengo grandes esperanzas respecto a ella, pero por otro lado... No, no me afeito. Paso.

Me pongo ropa limpia, algo más informal que de costumbre y salgo a la calle, en busca del pub. Lo encuentro pero no hay nadie en la calle. Parece que hoy no abre.

No, sí que está abierto; entro y veo que el ambiente es mucho más tranquilo que en otras ocasiones. Hoy no hay música en vivo, la gente cena tranquilamente, incluso hay algún niño.

Pido cena para uno y me siento en una pequeña mesa. Miro a mi alrededor buscando caras familiares, pero no reconozco a nadie. Ceno solo y en silencio, mirando ocasionalmente el partido de soccer en la televisión de la sala. Son equipos que desconozco pero tampoco sigo este deporte. Antes veía el hockey, pero la medicación no hacía casi efecto. Ahora sé que con el estrés, con la adrenalina; me transformo.

Me levanto al lavabo y me miro en el espejo; sigo en modo Aullador y nadie se ha percatado. Nadie me ha mirado asustado... nadie me ha mirado. Paso inadvertido totalmente.

¡Seguro que a Lisa no le pasaría eso!

Esperaba verla aquí, pero claro, ella no vive aquí... y no, no me voy a presentar en su casa.

Mañana iré a la biblioteca y buscaré, por mi cuenta, información sobre Arn Rudbeck. No he venido a por mano de obra gratuita y tampoco quiero exhibirme por delante de Lisa... esto es complicado y no sé cómo hacerlo. Si hubiera salido con más chicas sabría, pero... bueno, supongo que no salía con chicas porque no sabía salir con ellas.

Bueno, yo sigo con mi cerveza y mi estofado, no sin sobresaltarme cada vez que la gente celebra o protesta por algo del partido.

Por fin ha acabado el partido y entonces bajan las luces. La gente aplaude.

¿Qué? No entiendo nada. Oigo que afinan un instrumento y me levanto, hacia el escenario que no veo desde mi mesita puesto que el pub tiene bastantes recovecos.

Hay un chico afinando una guitarra. Confirmado: hoy hay concierto.

Vuelvo a mi mesita para terminarme la cena y coger un sitio, aunque sea de pie, cercano al pequeño escenario donde la batería ocupa casi todo.

—¿Tú aquí? —me dice una mujer.

Miro a mi alrededor y veo que alguien se abre paso entre la gente, y entonces veo la gorra de pana roja.

—¡Lisa! —Le sonrío y me acerco a ella, pero veo que su cara no es de alegría.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —me recrimina.

—No quería molestar —intento explicarle.

—¿Qué? Idiota —dice enfadada—. Tengo cosas que hacer.

Y se va al escenario con su grupo, dándome la espalda y sin volverme a mirar. Lisa se baja la gorra hasta la nariz impidiendo que nadie le vea la cara, pero no como en otras ocasiones que solo era el pelo el que flotaba alrededor de ella, húmedo por el sudor, al ritmo de sus movimientos drásticos de cabeza y tronco.

Hoy no canta, hoy solo apalea los tambores y platillos, y juraría que lo hace con más fuerza que en otras ocasiones.

Cuando hacen el descanso se va directamente arriba, pasando por delante de mí pero ignorando mi presencia. Voy detrás de ella.

—De verdad que no lo entiendo, Ray —me dice ella en la terraza superior del pub.

—Lisa, es que no quiero que pienses que solo te necesito para investigar y, por otro lado, no quiero estar escribiéndote tonterías como: «he vuelto a mandar al becario a por café kopi luwak, con leche ecológica de coco y azúcar moreno biológico del Brasil porque es un pesado y quiero trabajar solo».

Ella se ríe.

—¿Esas cosas le haces a tu becario, doctor Svensson? —me intenta avergonzar.

—Es que me gusta trabajar solo —repito casi al cuello de mi camisa.

Le estoy buscando los ojos pero entre la gorra y el flequillo casi no se los veo.

—Ya veo, ya... Vienes y no me avisas —vuelve a su tono de reprimenda inicial, el de enfado—. Pues te dejo solo, no te preocupes.

—Lisa, no. A mí me gusta que estés conmigo.

Y se pasa y se gira con una gran sonrisa, de oreja a oreja... pero sigo sin verle los ojos.

—El que no me gusta es el becario —insisto—. Tengo que saber sobre el esposo de Eyra, el arquitecto —le digo.

—Yo ya busqué algo... pero no pude hacer gran cosa —me informa—. Tuve bastante lío en el trabajo y con otras cosas.

Levanta la barbilla y se quita la gorra y entonces veo que se ha cortado bastante el pelo; nuca y laterales muy cortos y más largo por arriba. Le queda muy bien, es una de esas mujeres guapas que, cuando se cortan el pelo, siguen siendo guapas... y por fin le veo los ojos, que se abren un poco más por un momento... y me guiña uno.

—Tengo que volver abajo, ¿vienes o te quedas solo, Aullador? —Y entra por la puerta.

—Yo, contigo siempre —murmuro. Supongo que no me ha oído... y así está bien.

Ella sube de nuevo al escenario, sin la gorra. La gente le aplaude y aclama y ella les sonrío y saluda levemente, entre agradecida y avergonzada. Supongo que es conocida en este ambiente, o entre la gente que viene a este pub.

Tocan cinco canciones más y parece que van a terminar, pero no... ella se va de la batería y se sienta junto al guitarra. El cantante se va a la barra y se queda allí, no sin animarle y silbar fuerte para caldear más, si cabe, el ambiente.

El guitarrista se pone la acústica y se sienta en el mismo taburete que Lisa. Y empieza con la guitarra.

Esos acordes sí los conozco. No es una canción original, están versionando a... ¡Guns and Roses! No recuerdo el título, ¿Sweet Child? Creo que es esa.

Oh, y qué bien lo hace ella, rasgando la voz pero de forma tranquila, sin exagerar ni sobreactuar. No nos engañemos, no es María Callas, no es Tina Turner, tampoco Bonnie Taylor... pero lo hace bastante bien.

¡Qué viejo soy! La he comparado con antiguas estrellas y no me sé el nombre de ninguna actual. Bueno, es que no hay ninguna actual digna de mencionar. ¡Otra vez! Eso que acabo de pensar sí que es de viejo y carca.

—Mañana en la biblioteca —me dice ella—. No faltes, ¿vale?

Es una amenaza, lo sé.

Voy a mi hotel. No sé si dormiré. Me pongo el iPad y pongo música, busco cosas de Guns and Roses... y logro caer en la oscuridad del sueño y el descanso del

silencio de la mente.

Desayuno, me lavo los dientes... ¡tonterías! Me miro al espejo. Sigo con la barba y mis ojos se han normalizado. Bueno, sigamos así hoy. Me da igual, estoy tranquilo y no me afecta el verme diferente en el espejo. No necesito la medicación. Llevo casi un mes sin tomarla y nadie en el trabajo me ha dicho nada, mi hermana me ve mejor, yo estoy feliz... ¡Feliz!

Entro a la biblioteca y busco en el ordenador de los usuarios a Arn Rudbeck, pero nada. Por Rudbeck salen varios autores, uno hijo del otro. El padre fue arquitecto y científico interesado en la botánica. El hijo se especializó más en las plantas.

Saco todos los libros relacionados con ellos y leo rápidamente por encima. Casi todo son biografías y edificios que hizo. He de buscar la iglesia que nombraba Eyra. Una iglesia en una ciudad. Nunca escribía el nombre ni de su aldea, ni de «la ciudad» ni «del puerto». Eso me hubiera facilitado muchas cosas.

El puerto podría ser Norrköping, pero creo que no porque en el censo no figuraba ninguna Paiva Om. Eyra, para la buena cabeza que tenías ¡qué perezosa a la hora de escribir los nombres de los lugares por los que estuviste!

Encuentro varias iglesias del arquitecto Rudbeck y casi todas en poblaciones que podrían considerarse ciudad en aquel entonces, incluso en Estocolmo, pero quizás sea Estocolmo el puerto del que tanto hablaba Eyra. Cuadraría, no está tan lejos de Ludvika.

—Buenos días Ray —me saluda Lisa, quien ha cambiado de peinado pero no de ropa—. No son cagarrutas de civeta, ni leche de coco, ni vainilla de México, pero seguro que lo agradeces.

Y me da un café con leche casi humeante.

—Muchas gracias, Lisa. —Y la miro a los ojos para poder decirle—: No sé qué haría sin ti.

Se ríe y se marcha. No me toma en serio. Creo que solo me aprecia como amigo, y punto. La próxima vez seré más directo, más sincero, más... le diré la verdad sin adornos. Sin adornos desde luego, nunca he sido poeta y no tengo años de empezar a intentarlo.

Vuelvo a la investigación y cojo la revista de arquitectura donde hacen un especial sobre arquitectos del país y le dedican un buen párrafo al tal Rudbeck senior. No sé si merece la pena ni que lo lea... pero entonces mis ojos contaminados por otros pensamientos encuentran, de casualidad, ciertas palabras propias de la prensa sensacionalista y las novelas para mujeres; «Tras la muerte de su amada».

Leo el artículo;

«(...) la casa que quiso construir para casarse con una chica de su aldea natal, pero a día de hoy no queda rastro de ella, pues usó una a una todas las piedras para hacerle un mausoleo, ya que esta murió en extrañas circunstancias, quedando viudo de forma muy temprana. Tras la muerte de su amada le levantó el cariñoso mausoleo, localizado en Ludvika y, tras esto, se dedicó plenamente a la arquitectura y otros estudios, dejando la familia en un segundo plano. En uno de sus diarios se puede leer cómo quiere aprender más sobre numerosos campos (...)»

¡Un diario! Él también tenía diario. Qué gente más generosa los de la antigüedad, que escribían diarios y así nos dejaban pistas sobre su vida... Los del futuro no leerán más que sandeces en páginas caducas de internet.

Me dirijo al mostrador. Vuelve a estar el hombre de la otra vez, el hombre pegado a una silla.

—Buenos días señor, disculpe las molestias —exagero mis modales, solo me falta hacer reverencias—. ¿Podría hacer llamar a la señorita Berg?

Me mira de reojo y, sin levantarse de la silla, se mueve hacia las estanterías que tiene detrás de sí. Seguro que cree que las sillas de oficina son el mejor invento. Qué vago.

Al cabo de unos segundos sale Lisa.

—Dime Ray, ¿has encontrado algo?

—Nada extraoficial, pero se sabe que el arquitecto Rudbeck escribía un diario. Seguro que a lo largo de su vida escribió más de uno. Hay que encontrar los de la juventud, porque en los posteriores, según las revistas y las biografías, solo demostraba interés por los estudios, como mucho por instruir a su hijo en la botánica.

—Qué bonito. —Queda ensoñada.

—¿Por? —No la entiendo.

—Está claro que se interesó por la botánica gracias a Eyra y quiso que su hijo la aprendiera. —Me abre los ojos Lisa.

—Cierto —le doy la razón.

Es muy lista, sabe leer entre líneas, sabe ver más allá.

—No te preocupes. —Da un respingo como despertándose—. Buscaremos el diario, conozco a gente...

—¡No! —elevo la voz y la gente me mira—. A ese tipo no, te la tiene jurada. Llama a tu tía.

—Mi tía no sabe más, créeme, y conozco a mucha gente, Ray. —Eleva las cejas con pesar y se dirige a sus estanterías, sacando su móvil y escribiendo algo. Escribiéndole a alguien.

Quizás a su novio, el del otro día, el que la apremiaba para irse a cenar, o al cine, o yo qué sé.

Termino de anotar todo lo que considero importante sobre Rudbeck senior e incluso el hijo. Parece que fueron importantes en la época, no famosos en la actualidad, pero sí importantes entonces. Casi hasta siento orgullo de aquel antepasado familiar, un chaval de aldea que pudo haber muerto analfabeto pero que, sin embargo, a costa de esfuerzo logró ser incluso profesor en la universidad y ganar bastante dinero, mucho más que cualquier pueblerino de la época. Tuvo suerte... o supo encontrarla, claro. No me extraña que Eyra viera algo en él, aparte de su tolerancia con ella y sus inquietudes.

Lisa sale al fin de su turno y me lleva, de nuevo como hace un mes, estirándome de la manga de la cazadora, por calles nuevas para mí, en busca de algún lugar poco legal.

Llegamos a una casa bastante mona y toca el timbre. Sale una mujer a abrir la puerta y Lisa le habla en sueco. Entiendo que se presenta y me presenta y pregunta por un tal Erik. La señora sonríe y hace salir a un chico de la edad de Lisa.

«¡Chico!». Soy un viejo y cada vez me doy más cuenta.

—Ray, él es Erik —me presenta y le estrecho la mano.

Es bastante guapo, de pelo claro y liso, ojos azules oscuros, alto y bien formado, casi atlético... todo genética porque me da que este chico no emplea mucho tiempo en el deporte.

—Erik, estamos buscando unos diarios del renacimiento —le explico.

—¿Diarios? ¿Periódicos? —Y bosteza.

Creo que no se está despertando de la siesta, sino que acaba de venir de un viaje por el fondo del mar.

—No, diarios personales —le corrige Lisa y le explica lo que buscamos.

Me acero disimuladamente, acortando la distancia que nos separa, para olerle. Seguro que ha fumado hierba.

—Ah, sí... pero de quién. —Y abre un poco más sus hinchados ojos.

—De Rudbeck el arquitecto —le contesto.

—Vale, esperad un momento.

Y se adentra en su casa. Al cabo de diez minutos sale vestido con otra ropa y con pinta de estar más espabilado. No quiero ni saber cómo lo ha hecho aunque me lo figuro porque se toca mucho la cara y la nariz. Me da miedo preguntarle a Lisa de qué conoce a este tipo. Espero que no sea su camello.

Nos lleva por otro lado de la ciudad donde cada vez hay menos casas y más naves. Estamos en un polígono industrial. Llega a la puerta de una y toca, entonces le llaman al móvil y dice que es él.

—Soy yo.

Y abre la puerta y entra, pero sale de nuevo.

—Esperad aquí.

Asentimos con la cabeza y esperamos.

—¿De qué conoces a este tipo? —No puedo evitar preguntárselo—. Solo dime que no es tu «farmacéutico».

Ella se ríe a carcajadas y niega con la cabeza.

—No, Ray. Ya sabes, el colega de un colega que fue novio de una amiga... y que resulta que nos puede ayudar. Solo eso.

—¿Y cómo te puede ayudar a ti habitualmente? —Sigo sin entenderlo.

—Ray, algunas veces sí fue mi «farmacéutico», pero no te escandalices, ¿vale?

Un poco sí me he escandalizado, o quizás defraudado. Se ve que las chicas listas y guapas, las que saben leer entre líneas, ver más allá, cantar muy bien, tocar la batería como nadie, hacer salir el sol cuando sonríen y con sus ojos mandarte al infierno... esas también prueban las drogas.

Creo que lo ha notado porque mira a sus zapatillas, como avergonzada, como si su padre le hubiera pillado los condones.

—Lisa, no pasa nada. —Le sonrío—. Yo he estado drogándome desde niño hasta que vine aquí la otra vez.

Sale al fin el tal Erik, el guaperas pero bala perdida, y nos da una dirección.

Lisa le da las gracias y un billete azul. No sé qué cantidad de dinero le ha dado por la información.

Vamos a la dirección que nos ha dado... a Estocolmo.

Otra vez de viaje con Lisa y ojalá nos perdamos por el camino y me da igual si encontramos el diario del arquitecto. Creo que ya me da igual lo que le pasara a aquella mujer atacada por lobos. Solo quiero estar con Lisa. Me lo paso bien con ella, me apetece estar con ella a cada momento.

Llegamos a la capital con el coche de Lisa y tras no mucho, aparcamos en la dirección que nos ha dado Erik.

—Empieza a hacerse de noche —le digo a Lisa.

—Sí, pero no pasa nada. —Y golpea la puerta de un local sin escaparate ni cristales pintado de verde oscuro.

Abre la puerta una mujer algo mayor que Lisa y le enseñamos la tarjeta que nos ha dado Erik y se mete al local, cerrando la puerta detrás de sí.

—Estoy alucinando con el contrabando cultural que hay en este país, Lisa.

—Así nos lo montamos aquí —teatraliza simulando ser una macarra—. ¡Nos colocamos con cultura!

Grita levantando los brazos como los raperos y me río. Es un poco payasa, pero es graciosa. Quizás sí sea una macarra, ahora que me doy cuenta; toca en un grupo, viste... viste mal, conoce a traficantes y ladrones. Quizás lo de ser bibliotecaria solo sea una tapadera.

Lisa se dirige al coche y pone la radio.

—Mejor esperar con música y sentados que de pie, ¿no?

Al cabo de un buen rato de espera sale de nuevo la misma mujer con una caja.

—Quinientos —dice.

¿Quinientos euros?!

—No llevo tanto —digo apocado—. Podemos hacerle fotos y te lo quedas, prometo que las publicaremos.

Me mira como si le hubiera contado un chiste sin gracia y va a cerrar la puerta cuando Lisa, rápidamente, pone el pie en la puerta.

—¡Al coche! —me grita.

Yo le hago caso y me pongo al volante, arrancándolo. Lisa se mete de un salto.

—¡Acelera! ¡Corre! —me apremia muy nerviosa.

—¿Qué has hecho, Lisa? ¿Qué has hecho? —le digo nervioso.

—Ponerte en modo Aullador —se ufana y me enseña la caja.

Miro por el espejo y veo que la mujer nos lanza piedras y una impacta contra la luna trasera, dejándola rota casi con un agujero.

—¡Estás loca! —Me enfado con Lisa—. ¿Quieres que todos los ladrones y contrabandistas de Suecia te busquen y te maten?

—No exageres —dice restándole importancia.

—No exagero, loca del demonio —le riño enfadado—. ¿Cómo haces eso? Ahora irán a por Erik y luego a por ti.

—Que no —sigue impasible ella—. Esta gente le debe dinero a los jefes de Erik. Erik me ha dado una tarjeta falsa en la que ponía que veníamos de parte de otra persona que nada tiene que ver con él o conmigo. Otro sinvergüenza diferente.

—Lisa, esto no me gusta nada —le reprocho—. Una cosa es que mi vida sea monótona y otra cosa es esto. Yo no he venido aquí para infartarme, vine en busca del significado del Lunar de Media Luna y del Clan.

—Y ahora, ¿por qué has vuelto? Y no me digas que para resolver un crimen de hace cuatrocientos años, Ray.

No puedo mirarla, voy conduciendo. Miro por los espejos, miro a todos lados y veo un hueco al que apartarme, junto a los árboles de una zona ajardinada. Paro el coche, me quito el cinturón de seguridad y la beso. Le cojo con una mano por la nuca y la otra de un brazo, acercándola a mí. Y ella no se intenta zafar, no se aparta... ella me responde el beso y me abraza también.

No sé cuantos minutos mantenemos el beso. Si me separo de su boca tendré que hablar y no sabré qué decir, además, ahora estoy muy bien, no quiero parar. Sus labios son muy cómodos y sus besos son cariñosos y firmes... pero todo tiene un fin.

Y nos miramos a los ojos, en el coche, casi en penumbra... nadie en la calle.

—Volvemos a casa —le digo, y arranco el coche de nuevo.

¡Qué tonto! Podríamos, hubiéramos podido. Era el momento. Ahora, volver hasta Norrköping... qué pereza. Ella se dormirá, la dejaré en su casa y yo me iré a mi hotel.

—No. —Y ella echa el freno de mano y apaga el motor.

Rápidamente echa los asientos abajo y pone unos parasoles en ventanillas y luna delantera. Se queda mirándome y se quita la camiseta para volvernos a besar.

A la mañana siguiente nos despertamos en el coche, semidesnudos.

—Me gusta tu barba —dice Lisa atusándomela.

—Me gustan tus ojos, tu sonrisa, tu voz, tu manera de tocar la batería, lo inteligente que eres... y lo loca que estás, pero aun así deberías calmarte un poco. —Le sonrío.

—Vale —dice con soniquete.

—Hay que vestirse, vamos —la animo.

Me visto y abro la caja: en el interior hay un diario muy parecido al de Eyra, pero mejor conservado. Veo que ya lo han restaurado así que lo abro sin temor y se lo doy a Lisa. Ella entiende bien el succo antiguo..

Empieza a traducirlo en voz alta:

«Nunca me había sentido solo hasta ahora, ni siquiera cuando te fuiste con el viejo Druida tanto tiempo. Me has dejado solo y todo porque yo te animé a ello, te dije que marcharas ¡y a ti te faltó tiempo para hacer el equipaje! Niña tonta y malcriada, un azote más no te hubiera sobrado.

Ya hemos empezado los cimientos de tu nuevo sitio, algo sencillo y en el campo, donde tú y tu perro podréis estar tranquilos.

La gente está colaborando bastante, ya sabes, en realidad había mucha gente que te quería. Gente que ni pensabas en el fondo te echa de menos, por ejemplo Sigríðr, una de las que más aporta comida, material de construcción, incluso alguna idea de las que tú hubieras puesto mala cara pero que en el fondo te encantarían.

Pero tú todo lo sabías, todo lo podías, eras imparable hasta que te pararon. Hasta que aquel bastardo te paró y te degolló.

Aún sueño con los lobos que lo descuartizaron y su cuerpo por ti muy bien empalado, aún te vienen a aullar. No sé si servirá de algo ya. Tu padre se ha unido a ellos, creo, pero a los aldeanos, como tú dirías unos imbéciles, no les gustan y tienen miedo. Ya planean darles caza.

Solo espero que si tu padre se ha ido con ellos, corran buena suerte... me respetaron cuando te encontré, a ti no te habían tocado y a Tyr... a tu Drakkar... yo creo que tampoco. No lo entiendo pero ¿tal vez tu asesino fuera del Clan? ¿fuera Lobo?

Fuiste valiente y fuerte, te mató pero tú no le permitiste vivir. Ojalá te hubiera acompañado, Eyra... ojalá hubiera podido estar contigo. Al menos, si no te hubiera servido de ayuda ahora yacería contigo y podría descansar, porque ahora... ahora no descanso, solo me quiero morir. Y en esta casa estoy tan solo, esta casa... esta casa, mi querida Eyra, va a ser la tuya para siempre. La voy a desmontar para hacerte tu pequeña guarida en el campo, perfectamente de tu gusto, casi como la casa del Druida que nos hiciste renovar.

Eyra, perdóname, pero me iré a la ciudad, aquí me sobra el aire (...)»

A Lisa hace rato que le tiembla la voz. Ha dejado de leer y se limpia las lágrimas de los ojos.

—Suficiente. —Y le beso la frente con un pequeño abrazo.

Hacia el este, hacia el oeste, hacia el cielo y hacia la tierra.

Desayunar solo es aburrido. Nunca había estado solo en una casa; siempre con mis padres, mis hermanas, mis tíos... o con Eyra.

Mi Eyra, ¡qué graciosa! Con su temperamento siempre fuerte y con su sonrisa brillante, tan dulce cuando nadie la ve, tan afable, jovial y afectuosa conmigo. Solo conmigo... bueno, y a veces creo que también con Tyr.

Tyr su perro faldero, siempre con ella. Amor a primera vista desde el día en que la conoció atacándome. Pese a eso, la quiere más que a mí y le obedece en todo. Se enamoró de su parte bestia, tan potente, y la obedeció por su parte humana, tan afable.

¿Qué estará haciendo que tarda tanto? Si en dos días no ha vuelto, iré a por ella. Hace una semana que me dijo que llegaría. Igual el caballo se ha quedado cojo... pero ella lo habría curado. ¡Ah, no! Que no puede ahora con la preñez. No debe.

Mi Eyra, que es tan arisca y a mí me quiere tanto, que juega conmigo siempre... ¡que no deje de jugar nunca!

Tan atenta conmigo, con una piel tan cálida, suave, sugerente... Como aquella tarde del lago en la que nos besamos. Su calor en el agua fría era tan confortable, tan tentador que tuve que contarle que sabía cosas de ella para distraernos con otro tema, pues de haber seguido abrazados, besándonos, no creo que hubiésemos podido controlar nuestro calor.

Me da la sensación de estar rezando, pero es que ya la echo mucho de menos, y a no me gusta estar sin ella ni un solo día y, sin embargo, a ella parece gustarle más no estar aquí conmigo.

Le tengo que prometer que en el próximo viaje iré con ella, sin embargo con el bebé no sé si será muy acertado. Pero tengo que hacerlo, si no acabará loca y yéndose sola al bosque, como el Druida o como la vieja a la que ha ido a buscar tan lejos.

Por lo menos la hice razonar y aceptó marchar tras el invierno, con la primavera comenzada.

Dejo mi tazón y salgo de la casa. La mañana está fresca y huele a lluvia. Oigo un gemido extraño, algún animal lastimero. Quizás algún viajero haya dado un puntapié a su perro.

Vuelvo a oír el quejido. Me giro en todas direcciones y, hacia el oeste, por una ladera, veo venir una mancha marrón muy parecida a Tyr... solo, sin acompañante.

—¡Eyra! —llamo, pero nadie responde.

—¡Tyr! —insisto y la mancha marrón, que hace un fallido intento por acelerar su marcha, se derrumba en el sitio.

Corro al establo y cojo mi caballo, lo ensillo lo más rápido que puedo y lo saco de la cuadra montándolo enseguida, sin reparar en cerrar la casa.

Cabalgo rápido, lo más raudo que puede el caballo y conforme me voy aproximando me doy cuenta del estado agónico y suplicante del perro destripado.

—¡Eyra! —llamo de nuevo, pero no hay respuesta—. Lo siento Tyr.

Y lo dejo en el mismo sitio donde se había desplomado, no merece morir así, pero tengo que saber si Eyra está bien. Marcho rápidamente en la dirección de la que venía el perro. Hago galopar vertiginosamente al caballo. No sé cuánto rato llevo así, pero el animal empieza a quejarse; me da igual, le atizo para que no cese la carrera.

—¡Eyra! —la llamo, y no responde nadie, ni siquiera el eco—. ¡Eyra!

Ya casi se me quiebra la voz, noto una fuerte presión en la garganta y en el pecho.

—¡Eyra! —Y sigue sin haber respuesta.

Al otro lado de una colina diviso una jauría de lobos. ¡Han sido los lobos! ¡Seguro! ¡Confíada de Eyra! Vaya si te voy a dar una bofetada cuando te vea.

—¡Eyra! —Pero no hay respuesta y la manada no se inmuta.

Seguro que tienen que haberme oído.

Conforme me acerco ralentizo el ritmo del caballo. Entonces me percató de que los animales están haciendo un círculo, casi en absoluto silencio y eso me da una horrible sensación. Parece la triste visión de un homenaje, de un funeral; la horrible despedida de mi esposa.

Me bajo del caballo y alguna bestia me mira y se aparta. Están mansos, aunque entonces veo que guardan el turno para atacar a un hombre que yace muerto junto a una mujer con trenza.

—¡Eyra! —la llamo, pero ella no me responde.

Está aferrada a un cayado que atraviesa al hombre por la mitad del cuerpo.

Ambos yacen muertos, ambos degollados por mordiscos y con heridas por el cuerpo.

Rápidamente abrazo a mi mujer que está llena de profundas heridas por los brazos, le pongo la oreja en el pecho, como tantas noches había hecho antes, pero no oigo su corazón. Le beso la cara, los ojos, la boca, le beso el pelo y la vuelvo a abrazar, ¡mi Eyra!

—¡Malditos! —Y quiero matar a los lobos, pero veo que ninguno la muerde a ella, ni siquiera los están devorando.

Solo hay un lobo que se ensaña con él, mordiéndole las piernas y los brazos, partiéndoselas en mil pedazos ¿estarán castigándolo?

Me fijo mejor en lo que queda del hombre y tiene aspecto de ladrón o peor; ropas rotas de batalla; lleva gregüescos y algodón doble, no va artillado que yo vea. Será algún soldado huido de alguna guerra del sur, probablemente incluso sea un galeote. La cara de este está ensangrentada, especialmente alrededor y dentro de la boca. Lo aparto con mi pie, no quiero que siga tocando a mi esposa. Si ella lo atravesó será porque se lo merecería.

Eyra está blanca, fría y lacia, no sé cuántos días llevará aquí así, quizás dos. En la barriga tampoco hay reacción. Se acabó.

—Nos vamos a casa —digo en alto, como informando para que los lobos no me ataquen y pueda llevármela en paz.

Y cuando la monto en la cruz del caballo, a mis espaldas oigo que los lobos se alborotan y terminan de resarcirse con el cadáver del miserable al que mi valiente y fuerte esposa había atravesado con un simple bastón algo afilado.

La vuelta me resulta infinita, larga y pesarosa. Eyra no se sujeta al caballo, no me habla, ahora no es más que un trapo a la merced del tiempo. Mi mujer, tan joven y embarazada, ha acabado así.

¿Acaso le consentí demasiado? Ningún hombre deja que su mujer viaje sola, ¿me despreocupé de ella? Si ninguna mujer es independiente será por algo.

—¿Sabes, Eyra? —la reprendo elevando la voz, incluso agitándola un poco—. ¡Mírate! ¡Mírate ahora! Y yo fui tan anormal como para animarte a que buscaras a alguien que te ayudara... y ahora ¿quién te ayudará? ¿Y quién me va a ayudar a mí? ¡Dime, niñaata arrogante y consentida!

Y me callo; estoy perdiendo la cordura.

Me doy cuenta de que tengo que ir a casa de Sven y que llamen al alguacil. Tengo que informar del asaltante y de lo sucedido.

Por fin llego hasta donde Tyr desfalleció. Ya no queda rastro de su aliento tampoco. Espero que ahora se sigan haciendo compañía.

No puedo dejarlo ahí, a Eyra no le hubiera gustado en absoluto, de hecho sé que ella se hubiera llevado un buen disgusto si hubiera visto a su perro así, a... a Drakkar, como ella lo llamaba. Lo recojo con la capa de mi esposa, a ella ya no le hace falta, y lo subo hecho un fardo junto a Eyra. Me cuesta sujetarlos a los dos, pero he de hacerlo, no queda otra.

Llego a casa y dejo a Eyra en la cama y al perro en la cuadra. Cierro la casa y voy a casa de Sven, me va a matar, lo sé. Pero ojalá me mate, ¡ojalá! Porque es lo único que me apetece hacer ahora, morirme. Morirme como ella, poco a poco, morirme sufriendo, porque he sido un estúpido por no ir a buscar antes, he sido un confiado, he sido... un mal marido; uno bueno no la hubiera dejado marchar sola.

Llego por la tarde. Aporreo la puerta y abre Barbro, la mujer de Reidar. Me mira como quien mira un fantasma y me hace pasar de inmediato, sin mediar palabra. Debo de tener muy mala pinta porque ella nunca lo ha hecho así antes, o no conmigo.

Reidar y Sven están sentados en la mesa, riendo por alguna ocurrencia, a saber... me da igual. Tengo ganas de vomitar, tengo ganas de morir ya.

—Sven —No sé qué decirle.

Me mira serio y Reidar se levanta.

—¿Aún no ha regresado? —Se enfada mi suegro.

—Está en casa... —Me siento, me tengo que sentar.

Me tapo la cara, por vergüenza, porque tengo ganas de llorar, porque no quiero que me dé un puñetazo... y me la destapo, ¡quiero que me maten a puñetazos!

—Está muerta —termino de confesar.

Les explico lo que sé, no puedo hacer más.

—Voy a llamar al alguacil —farfulla Reidar encolerizado y se va de la casa dando un portazo.

Barbro parece afectada y se lleva a sus hijos al dormitorio, a rezar supongo.

—¡Barbro! —grita Sven haciéndola venir—. Hay que limpiar a Eyra y prepararla, hay que ir a casa de Arn.

Y vuelvo, con Sven, por el desdichado camino a mi casa, en silencio. No se oye ni mi propia respiración.

Llegamos ya de noche. Le dejo a solas con Eyra y me voy a la cuadra. No sé qué hacer, no puedo hacer nada, ¡y quiero hacer algo de verdad útil! No quiero cavar la fosa, no quiero lavarla, no quiero vestirle la mortaja, ¡quiero hacer que me abrace de nuevo y que el mes que viene se ponga de parto! Si ninguno de mis actos sirven para eso, no voy a hacer nada.

No quiero comer nunca más, quiero que el caballo me dé una coza en la cabeza y que me mate. Solo quiero estar con ella, mi Eyra...

Sven me encuentra y se sienta conmigo.

—Yo sé lo que es perder a una esposa y un hijo a la vez, pero estaba obligado a sacar adelante al resto de la prole. —Y me posa su ruda mano en el hombro—. Yo sé que has sido un buen esposo para ella, que la quieres mucho y que ella te ha querido al que más. Sé que nunca hubiera estado mejor casada, porque tú la aceptabas y la entendías, sin tenerla atada.

Suspira... y se aclara la voz. Claro que está afectado.

—Lo que ha pasado... no ha sido culpa tuya, ha sido de quien la ha asesinado —me absuelve—. Si siguiera vivo se lo haríamos pagar nosotros, pero ella se supo defender muy bien y el cabrón ya lo ha pagado... pero eso a nosotros no nos consuela, ¿verdad?

Se levanta y sale fuera de la casa.

Oigo a las mujeres del pueblo que rezan el cuerpo de Eyra y cumplen con el velorio. Mis hermanos, mis padres, todos han venido y me han abrazado, vecinos de la aldea, pacientes de Eyra de diferentes aldeas...

La noche está siendo demasiado larga para mí, y yo solo quiero dormir con ella por última vez, pero no me dejan estar solo. Todos se pueden despedir menos yo, y esa sola idea es la que al fin me permite llorarla y que la presión de mi garganta y de mi pecho se alivie.

Despierto en la paja de la cuadra. Me levanta la hija mayor de Reidar.

—Tío, vamos a misa. —Y me da un beso.

Se parece un poco a Eyra... No, qué va, solo son las ganas de volver a verla moverse, hablándome, discutir con ella, ¡incluso darle una azotaina por todo esto!

Eyra idiota, niña malcriada, engreída, loca, bruja, necia, boba, altanera, debilucha... ¡Mujer tonta! Si pudiera te azotaría... y si pudiera te volvería a besar, pero no me dejan, están todos contemplándote.

Me intento quitar el olor a cuadra con el agua que han traído las muchachas de la familia y un poco del jabón de menta y lavanda que hizo mi esposa este invierno.

Subo a ver a Eyra y ya la han metido en una caja de madera y vestido como para ir a misa un domingo. Le quito el velo que le han puesto, supongo que a alguien le resultaba desagradable verle la cara llena de arañazos y heridas, ahora cosidas por alguna de las mujeres. Ahora las lleva limpias, sin sangre alguna. Ya no le queda sangre alguna.

La beso.

—Quería haber dormido contigo, pero no me han dejado —le susurro muy bajito, pidiéndole perdón.

Oigo sollozos de alguna mujer e incluso los de Eskoll.

—¿Quién me ayuda a llevarla? —pregunto a los presentes y, acto seguido, un grupo de hombres de mi edad, aproximadamente, se me unen para sacar a Eyra de la casa y llevarla al cementerio.

Me doy cuenta de que Eyra no querría estar en el cementerio, pero tengo que acatar esa norma; la gente se entierra en el cementerio... Bueno, lo solucionaré de algún modo. Eyra estará donde tenga que estar.

Montamos el féretro en una carreta y nos dirigimos a pie hasta la iglesia de nuestra aldea, la aldea en la que nos criamos juntos, en la que íbamos a la escuela... es la más cercana. Allí nos espera mucha más gente; gente de mi trabajo que vienen a quedar bien, Paiva y su familia que no han tenido la decencia de venir hasta mi casa, gente de otras aldeas que conocían a Eyra... no veo a Sven, ¿dónde estará?

Replican las campanas y se oyen aullidos; la gente se asusta y tengo que poner orden.

—¡Silencio! —casi bramo—. Un respeto a Eyra, mostrad más valentía, la que ella siempre tuvo.

El sacerdote oficia el funeral y los aullidos no cesan. Yo sé que han venido a despedir a Eyra, entonces recapacito; Sven no está, ¿se va a perder el funeral de su hija?

—¿Tu padre? —le susurro a Reidar.

Se encoge de hombros.

—Yo creía que había pasado la noche contigo.

Niego con la cabeza. Espero que no le pase nada.

Salimos al exterior y meten a Eyra en una fosa recién cavada, con una lápida provisional de madera. El sepulturero traerá pronto una de piedra, eso ha dicho.

Miro hacia la colina que lleva al lago donde nos bañábamos en verano, justo donde están los lobos; allí llevaré a mi mujer, junto a su lago.

Sigo mirando los lobos, no sé por cuánto tiempo. La gente me va diciendo cosas y yo no les hago caso, miro a los hipnóticos lobos lejanos... y me doy cuenta de que hay uno algo viejo que cojea.

Cuando todos me han dado sus condolencias el alguacil se me acerca;

—Señor Rudbeck, soy el alguacil —se me presenta, aunque ya lo conozco. Es el borracho que no nos quiso atender en el otoño pasado.

—Hemos recuperado lo que quedaba del hombre que encontró muerto junto a su esposa. Ha sido muy difícil porque había lobos descuartizándolo... perdone que sea tan descriptivo en este momento, pero me ha resultado chocante porque no lo estaban devorando.

—Siga —le apremio. No tengo ganas de hablar más con nadie, y menos con este despojo humano.

—Ese hombre era un buscado bandido, robaba y asesinaba. Estábamos buscándolo por aquí hace meses.

¡Increíble! La ineptitud elevada a lo indescriptible. Monto en cólera y lo cojo de la pechera.

—¿Y si lo estaban buscando, por qué no se dio el aviso a tiempo? —vocifero—. ¿Acaso cree que hubiera emprendido mi mujer ningún viaje sabiendo que un asesino estaba por estos montes?

—Señor, su mujer, en su estado, no tenía que haber salido de viaje —me contesta con desdén—. La dejaba hacer demasiado y muy sola siempre.

Reidar le propina un puñetazo y tienen que sujetarle para que no le dé una paliza al alguacil, que está sangrando por la nariz.

—¡Apresadlo! —les ordena a sus compañeros.

La gente abuchea y empuja a los guardias que, como si no fuera con ellos, se llevan a mi cuñado al sótano de la casa comunal para cerrarlo en una celda.

Me quedo solo, junto a la tumba, cavilando cómo poder llevar a mi mujer a un sitio mejor, más de ella. Deben de pasar horas, porque cuando llego a casa ya es de noche.

¡Tyr! Llevo sus restos con su ama y regreso a casa. Esta vez hago el viaje a caballo.

Me encierro en casa durante varios días, dibujando y preparando el nuevo lugar de Eyra, además aún tengo dinero ahorrado.

Voy a casa de Sven a contarles mi idea y me vuelve a abrir Barbro, que está más pálida aún, casi tanto como debo de estarlo yo.

—Mi padre no está, Arn —me dice preocupado Reidar, que solo ha estado tres días en el calabozo. Han sido benévolo.

—Te parecerá una tontería, pero... ¿te acuerdas de los aullidos el día del funeral? Uno de los lobos cojeaba, ¿puede ser...? —insinúa.

—Puede ser, quién sabe. Los dos eran unos locos, los dos eran igual de testarudos y de brutos, los dos...

Y Reidar se desmorona y alivia su alma llorando. Cundo se recupera de su dolor le explico mi idea y parece conforme.

—No te pido dinero porque sé que no sois ricos, pero Paiva quizás quisiera ayudar —le comento con cierta esperanza.

—No te preocupes, todos querrán ayudar y ayudaremos. A Eyra la queríamos todos, pese a lo que ella se creía. —Y me pasa el brazo por los hombros con cariño.

No sé por qué Reidar y yo no fuimos amigos de pequeños, no sé por qué Reidar iba siempre con esa gente que a día de hoy ha demostrado no merecer casi nada bueno. Es un buen hombre, honrado, cariñoso con su familia, locuaz pero noble... y trabajador.

Van pasando los días y, junto a un grupo de gente que aporta herramientas, carretas, animales de tiro y ganas de trabajar, vamos cavando un foso en lo alto de la colina que sube al lago. Poco a poco va tomando forma.

Pasan los días, pasan los meses, los que ahora trabajan solo lo hacen por dinero, pero muchas mujeres siguen aportando donaciones, bien en comida o en monedas. Solo quedamos Reidar y yo, y él tampoco viene todos los días y al hacerlo yo he perdido mi trabajo en la ciudad.

A veces me da por recordar las festividades paganas que a ella le gustaba celebrar. A veces enciendo una hoguera fuera de la casa, por la noche... pero solo me quedo mirando las llamas. Yo no podría cantar esas cosas sin ser ridículo. A veces quiero creer que esa mujer desangrada no era mi esposa y que averiguó cómo hacerse lobo, y que ahora corre detrás de un venado y retoza por algún prado.

Me siento solo; quizás me mude a la ciudad. Alguien me ofreció hace poco un perro porque su perra había parido, pero no he querido. Me recordaría demasiado a Tyr, y Tyr siempre me recordará a ti. El lago me recuerda a ti, el manzano, las luciérnagas, el arroyo, el norte, el sur, las nubes, las praderas... Sí, cuando termine la iglesia y te traslade a ella, me mudaré a la ciudad porque sé que tú nunca irías allí. Allí no hay nada que me pueda recordar a ti.

Pero es que, aunque yo no quiera, todo te evoca, todo te recuerda. Vienes cuando quieres, a mi cabeza, a mis pensamientos, a mis sueños, a las mentiras... porque mi cabeza me miente y te recuerda en momentos no vividos y, entonces, me encuentro hablándote solo, como no sé si lo estoy haciendo ahora.

No, ahora estoy hablando en alto, y recapito. Me estoy volviendo loco.

Me estoy volviendo loco... Ojalá algún día, si no muero pronto, todo esto sean sensaciones vagas de algo vivido.

La manada aquella de lobos se ha quedado por el lugar y de vez en cuando oigo a uno aullar, uno nuevo. Este solo lo hace los días de tormenta con los truenos, los demás no dicen nada, solo lo acompañan. Me he fijado en que aúllan dos, siempre los mismos, el que cojea y el nuevo que solo aúlla si hay truenos... y Sven sigue sin aparecer, ni muerto ni vivo.

Eyra, espero que ese lobo cojo sea tu padre. El último Lobo...

Completo e incompleto no son incompatibles.

Da tono pero no lo coge. A estas horas Eve debería estar comiendo y, por tanto, debería poder coger el teléfono. Si lo llego a saber... ¡con el sueño que tengo! Lisa duerme en su lado de la cama, es muy mirada para eso; ella su lado y yo el mío. Abrazados en el medio, pero no en los lados... ¡Maniática! Me hace gracia.

—¿Diga? —responde una voz de mujer.

¡Por fin!

—¿Eve? Soy Ray.

—¿Estás otra vez en Suecia? ¡Qué loco! —Se ríe ella.

No le importa, es decir, le parece genial la decisión loca y repentina que tomé.

—Sí, Eve... es que te tengo que contar. —Empiezo a notar el estómago algo revuelto, ¿cómo le cuento esto ahora? ¿Me creará o terminará por darles la razón a nuestros padres y pensará que soy esquizoide? Miro a Lisa y veo que se ha despertado y me mira, con media sonrisa, somnolienta.

Me da la mano y me dice;

—Te va a creer.

—Eve, ¿sabes el lunar de mi muñeca? Pues resulta que hace cosa de seis semanas me llegaron unos pergaminos y un diario, y... bueno, eran de una muchacha de una aldea sueca, del siglo XVII. Ella era como yo, parecida; malhumorada, bruta... y con cambios —le describo—. Ella tenía cambios de aspecto; sus ojos, su voz, su pelo... y no estaba loca, había testigos de sus transformaciones.

Hago un silencio para intentar averiguar si Eve tiene algo que decirme.

—Sigue —me dice, sin embargo, mi hermana—. Es una historia muy interesante.

—Resulta que esta muchacha tenía un lunar de media luna, como yo. Lo más curioso, Eve, es que nosotros somos descendientes de su familia y que, este lunar, lo han tenido muchas personas. Significa la pertenencia a un Clan que tenía una extraña simbiosis con los lobos, unos ritos, y... ¿tú crees que estoy loco, Eve?

—Ray —dice mi hermana.

—Lisa me cree, me ha visto —intento defenderme y convencerla.

—Ray, escucha —dice con calma—. Calla un momento. Yo llevo años sabiendo que no estás loco, sabiendo que tenías algo especial pero no necesariamente malo, Ray. Eras tú el que no lo sabía, eran nuestros padres los que tenían miedo, los que estaban ciegos y no querían ver... ¿o acaso no recuerdas las historias de la abuela sobre el mal genio que tenía su padre y sus ojos con llamas, con cambios de voz de ultratumba? Al principio yo creía que la abuela exageraba, ¡pero a ti también te pasaba!

Se ríe un poco.

—Ray, todo eso pasó. —Vuelve a ponerse seria pero calmada, con voz suave—. Ahora tienes que vivir tu vida y hacer lo que te dé la gana, pero lo que te dé la gana de verdad; salir de fiesta, viajar más, conocer mujeres...

Me ruborizo. Creo que Lisa puede oír la conversación porque veo que, aunque se hace la dormida, ha ahogado una carcajada.

—Eve, solo quería contártelo porque siempre me has apoyado y escuchado, siempre me has tratado bien, hasta cuando nos pegábamos de niños pese a que muchas veces te hacía llorar.

—Ray, no seas ñoño —se avergüenza ella.

—Es verdad, y lo sabes. —Sonrío—. He de volver a la cama, es muy tarde aquí. Ven en cuanto puedas porque te lo enseñaré todo, leerás los diarios y comprenderás de lo que te hablo. Este sitio es muy bonito, Eve... yo aquí estoy bien.

—Claro que sí, Ray, iremos en las próximas vacaciones. Y si necesitas cualquier cosa, avísame que te lo mandaré.

Creo que se refiere a dinero.

—Un abrazo, Eve. —Y cuelgo.

Me meto a la cama y abrazo a Lisa, desnudos, piel con piel. Es el mejor momento de todo el día, poder abrazarla así.

Ahora ella sí está dormida, su respiración la delata; cuando duerme respira fuerte, a veces ronca un poco, ¡si no fumara...!

Me giro y cojo los papeles de la mesita, en los que he anotado los cánticos u oraciones que encontré sobre el Clan:

El Apaciguador, ¿era para amansar a las fieras? Lisa debería aprenderse los por si acaso un día me enfado demasiado, que a veces me pasa.

El Transformador, que me temo que no me será muy útil, ¿para qué quiero yo que nadie se vuelva Lobo? Además, ¿quedará alguien más del Clan o soy yo el último? Esta duda también la tenía Eyra y, sin embargo, tuvo muchas sorpresas al respecto. Tal vez el Clan haya sobrevivido en el anonimato, como lo he hecho yo. Seguramente me haya cruzado con un Aullador transformado y no me haya dado ni cuenta.

Quizás, incluso, debería buscar aquella fuente termal del diario de Eyra, por el norte; ¿me volvería lobo como le sucedió a ella?

El aullido Sanador. Si fuese enfermero o médico me iría de perlas, pero me temo que no lo usaré nunca, ¿o sí? Mira a Lisa, ¿y si le pasara algo? ¿No querías curarla? Sí, tal vez deba aprender a usarlo también.

El de la Caza; no voy a aprenderlo. Paso.

El aullido del Duelo; espero no tenerlo que usar, ¡qué gafe! Paso.

Y el aullido del Eclipse Lunar; este no lo comprendo aún. No entiendo su uso porque Eyra arrancó hojas de su diario y luego hacía referencias a los hechos eliminados, sin decir nunca nada, hablando en clave, dejándose notas a sí misma.

¿Para qué sirve escribir si los demás no entienden lo que has escrito? Supongo que nunca pensó que nadie más, aparte de ella, leería sus anotaciones. Que moriría más tarde que pronto y que, seguramente, nadie conservaría sus anotaciones, o que pasarían de padres a hijos y les darían uso y, por tanto, acabarían por romperse.

Cómo me gustaría poder viajar a la época y conocerla, decirle: «no seas tan brabucona y cuidate más» o «que te acompañe tu esposo», o seguirla de lejos para ver todos los sucesos mágicos que vivió.

¡Me hago gracia! Hace unos meses hubiera dicho que la magia no existe, que son trucos de los magos... pero viendo cómo me transformo, ¿cómo negarlo? Bueno, sé que hay una anomalía genética, pero eso no lo explica absolutamente todo, solo explica que se trasmite de padres a hijos, pero no la transformación en sí, las transferencias energéticas, la complicidad con los lobos... Hay muchas cosas en el tintero todavía.

¡Joder! Cuanto más sé sobre el Clan, más quiero saber. Ya sé mucho, seguramente lo sé todo lo que se pueda saber hoy en día, todo lo que se ha conservado, pero sin embargo ¡me faltan tantas cosas!

Tengo que dormir, pero Lisa... ¡huele tan bien! La vuelvo a abrazar y beso su desnuda nuca libre de pelo que grita que la besen y acaricien. Y a mí, si me piden algo, y más a gritos, lo cumplo...

—Buenos días —me dice su voz, esa que cuando quiere se rompe o dulcifica, esa que solo tiene ella.

Abro los ojos y está a mi lado, clavándose con cariño sus ojos azules casi grises de largas pestañas, humedeciéndose los labios con saliva para darme la mejor de sus tempranas sonrisas.

No sé si yo soy lo suficientemente guapo para estar aquí, así, con ella, desnudo a plena luz del día.

—¿Sabes, Ray? —Sonríe con cierto sonrojo—. Esa barba me encanta, no te la cortes nunca.

—¿En serio? —me sorprende—. Pero se me ven más canas.

—A mí me gustan tus canas. —Me muerde la barbilla. —Y tu espalda.

Y me muerde el pecho.

—Y tus brazos. —Y me da otro mordisco en el cuello—. Y tu forma de...

Y Lisa ahoga sus palabras en mi boca. ¡Así yo no puedo! No, no puedo más que estar con ella, ¿cómo no voy a hacerlo? He tenido tanta suerte de conocer a esta loca mujer que me acepta como soy, que me aguanta el mal genio, que me ríe las tonterías, que besa tan bien, que es tan inteligente, que tiene ese cuerpo tan mal vestido... ¿cómo no voy a quedarme aquí con ella! Todo el día y toda la noche (mientras la comida de la nevera no se termine).

¡Me encantan los domingos, las vacaciones, los festivos...! He descubierto que soy muy vago, o que me gusta ella demasiado. Igual sí que me hago poeta...

Por cómo nos rugen las tripas debe ser la hora de comer.

Nos duchamos juntos y decidimos ir a comer por ahí, juntos y de la mano, como si siempre lo hubiéramos hecho.

—Lisa, no soy tan rico como para estar sin trabajar —le digo a la hora de comer.

—Pues búscate un trabajo —dice como si tal cosa.

—Como he podido ahorrar bastante, ahora estoy de excedencia —le intento explicar, hacerle ver que no sé si estoy seguro de dejar mi bien pagado empleo.

—Búscate un trabajo —repite exactamente igual, como un disco rayado.

—Ya, ¿y si te cansas de mí? No tardaré mucho en cumplir los cincuenta, y cuando menos te lo pienses necesitaré una cadera de titanio y un andador.

—Claro, y a mí se me caerá el culo y las tetas, me saldrán canas también...

—Ya —la corto—. Pero tú eres bastante más joven y se te terminará la buena vida antes.

—¡A veces dices unas gilipolces! No me explico cómo alguien así puede ser doctor en nada. —Se ríe.

—No voy a dejar mi empleo en Saint Paul, no por el momento —le digo en voz baja—. ¿Te vendrías tú allí?

Ella sigue caminando, de mi mano, sin decir nada, y me mira de reojo.

—¿No crees que el problema es el mismo? Tú estás decrépito, buenorro pero decrépito, y yo soy una niña joven y fresca que no ha nacido para cuidar a nadie...

Me aburriría de ti en cuanto empezaras con el reuma.

Esta chica no sabe hablar en serio nada más que cuando a ella le interesa.

—¿Tú qué quieres hacer? —me pregunta más seria.

—Yo tengo una casa pagada allí —intento tentarla.

—Ya, bueno... yo estoy casada con el banco aquí. Eso es un punto a favor de Saint Paul. Pero estoy fija en la biblioteca y, como funcionaria, tengo importantes ventajas; descuentos en librerías, museos, educación, teatro, guarderías, seguro médico completo...

—Yo no necesito descuentos —me jacto.

—Vamos a ese restaurante. —Y me dirige, estirando de mi mano, a un italiano.

—¿Y dónde podría trabajar aquí? —me quejo—. Soy especialista en folklore escandinavo... ¿acaso alguien así es necesario aquí?

—¿Y no hay nada más que sepas hacer? —insiste Lisa—. Plantar coles, criar gallinas, ordeñar vacas, pintar paredes, cuadros o murales, pescar, entrenar un equipo de fútbol, trabajar madera, hacer casas...

—Bueno, podría aprender. —Me quedo pensativo, imaginándome construyendo una casa, cubierto por serrín.

Entramos al restaurante y pedimos un plato de pasta y una pizza para ambos. Para beber: una cerveza y una copa de tinto. Mala elección. El vino no está bueno, y para el precio que tiene, esperaba que no me diesen agua agria con color morado.

—Recuérdame que no vuelva a pedir vino si no vamos a algún sitio elegante, Lisa —le digo tras beber abundante agua para quitarme el horrendo sabor de ese brebaje al que han llamado vino.

—¿Por qué crees que yo pido siempre cerveza? —dice, como si tal cosa, mientras enrolla un par de bucatinis y los baña con salsa arrabiata.

Estoy comiendo tranquilo, pensando en qué trabajos podría hacer un hombre de mi edad y con mi currículum, si tendría que hacer cursos de formación, o estudiar algo... y entonces recapacito más profundamente y me doy cuenta de la situación: ¿Lisa se querrá casar alguna vez? ¿Y si un día decido que quiero casarme con ella? ¿Y si ella no quiere casarse nunca? ¿Y si decide que quiere ser madre? ¿Yo quiero ser padre a estas alturas? Si casi podría ser abuelo, uno joven, pero abuelo.

Me altero y creo que se me nubla la vista. Respiro para tranquilizarme, incluso bebo algo más de vino para que el alcohol intente adormecer mi instinto, pero eso morado no debe tener ni alcohol.

Lisa me mira y me observa.

—Ray, ¿todo bien?

Asiento con la cabeza. No, no me he transformado.

Creo que le doy demasiadas vueltas a la cabeza, ¿por qué no podré disfrutar y ya está? ¿Por qué tengo que plantearme problemas que no existen? O no existen todavía.

Ya, pero de plantearse... Si Lisa quisiera tener hijos y yo le dijera que no, eso significaría nuestra ruptura, y entonces, ¿qué haría yo aquí solo en Suecia? Habría dejado mi trabajo para nada, mi casa, mi familia...

—¡Ray! —Me pone los pies en la tierra—. Que si quieres algo de postre.

«A ti, cubierta de helado de chocolate», pienso.

—¡Ray! Decidete —insiste ella, con media sonrisa como si me hubiera leído el pensamiento.

Creo que debería observarle todos los lunares, igual es del Clan y no me lo ha dicho.

—No, nada, un café también. —Y sonrío—. Y luego compramos helado en el súper y vamos a casa.

La clave ahora es...

Nuevo aviso de paquetería; será otra caja más desde Saint Paul, o llena de libros o con cazuelas, o con fotografías, o con ropa...

Solo había hecho una mudanza en mi vida y no fue tan complicada, pero esto... una mudanza transoceánica se sale de mi concepto de «coges tus cosas y te vienes a vivir conmigo».

Voy a la oficina de correos y, en efecto, son dos cajas que me manda mi hermana. Las abro en el coche y en una hay libros y en otra hay ropa.

Han pasado seis meses desde que decidí quedarme con Lisa y todavía no hemos terminado de vaciar mi casa. Se ve que, para ser soltero y sin hijos, he acumulado muchas cosas.

En las próximas vacaciones iré a vender la casa, definitivamente... aunque por otra parte siento nostalgia. Además, cuando vayamos a Saint Paul, ¿cabremos en casa de mi hermana? Sé que mis sobrinos ya empiezan a tener novios formales y, cualquier día, Helen vuelve de la universidad con un anillo en el dedo. Y ya se sabe; marido, hijos... vamos a casa de la abuela por Navidad... y el último en esa casa soy yo, así que...

Entro a la casa de Lisa, que por fuera es de color gris claro con adornos y detalles en blanco y tejado negro, pero por dentro tiene una mezcla de colores; hay un dormitorio que parece el interior de una cabaña lapona, el salón es bastante roquero, algo punk incluso, la cocina podría ser la cocina de La casa de la pradera" aunque modernizada y mejorada... supongo que Lisa no sabía por qué estilo general decantarse y puso uno en cada estancia. Es bastante caótico, como su ropa, pero supongo que me da igual la decoración mientras todo sea funcional y a ella le guste.

—¿Ya has vuelto? —me dice desde la cocina.

—Había poca gente y cada vez me entiendo mejor en sueco. —Sonríó satisfecho—. Es una caja de libros y otra de ropa.

—Tenemos que hacer limpieza para que quepan tus cosas —dice desde la cocina todavía—. Quizás podríamos vender alguna cosa.

—Sí, yo tampoco necesito tantos libros —recapacito mirando las cajas que hay por casi toda la casa.

—¿Hoy vuelves a la obra? Es por esperarte o saber qué hago.

Me acerco a donde está ella y le beso la nuca. Me encanta que se haya dejado el pelo corto.

—No, ahora toca laboratorio y hasta el lunes ya no vuelvo. Faltan productos y así no podemos avanzar en la restauración.

Finalmente me contrataron como restaurador en el museo, así que cada vez que al excavar (para hacer un nuevo edificio, cambiar los cimientos, etc...) encuentran algo, me mandan a sacarlo con cuidado sin que lo rompa ningún albañil. Y me gusta. Eso de estar yendo a sitios, extraer piezas... (como cuando hice las prácticas de tercero en aquella excavación de Oaxaca) me gusta.

—Vistete y vamos a dar un paseo en bici —la animo.

—Vale, dejo esto en dos minutos y... listo. —Y le da tres vueltas rápidas apartando la cazuela del fuego.

—Por cierto, en Navidad tendríamos que ir a Saint Paul. Mi hermana ya me ha hecho demasiados favores con la mudanza.

—Tienes razón —recapacita—. Y tendríamos que llevarles algo, e insistir en que vuelvan por aquí. O tus sobrinos sin sus padres... haz de tío enrollado.

Se quita el delantal y se marcha al dormitorio.

Yo me quedo en el quicio de la puerta apoyado, mirándola hacer cosas: desvestirse, darle una patada a una zapatilla, vestirse a saltos por el dormitorio, darle otra patada a la otra zapatilla... y todo esto absorta, dándole igual que la mire o que la pueda juzgar por su desorden o niñerías.

Suena el teléfono de casa.

—Lo cojo yo —le digo.

Si lo coge ella podríamos estar bastante rato y al final ya no iríamos con las bicicletas a ningún sitio.

—¿Diga? —pregunto.

—Ray Svensson, ¿cierto? —me dice una voz grave pero agradable, parece de locutor de radio.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Yo también soy del Clan. —Hace una ligera pausa en la que sospecho que sonrío, seguramente al imaginar la cara que he puesto—. ¿Ya te ha llegado la leyenda de Torolf?

¡Torolf! Me cuesta recordar quién era Torolf en toda esta historia... ¿el hermano mellizo de la bruja de Reinøya?

—Pero ¿cómo te llamas? —insisto, pero me cuelga.

Lisa sale del dormitorio.

—¿Qué pasa, Ray? Tienes mala cara. —Se preocupa—. ¿Quién te ha llamado? ¿Qué te han dicho?

—No sé quién era. —Salgo de mi pequeño estupor—. Un hombre, creo que un poco más mayor que yo o de mi edad... del Clan me ha dicho. Y que si me ha llegado la leyenda de Torolf.

—¿A dónde te tiene que llegar? —se sorprende ella.

—¿A casa? —me pregunto en alto, y salgo por la puerta principal de casa a mirar el buzón donde, efectivamente, hay un sobre grande a mi nombre.

—Ese del Clan sabe mi nombre, mi dirección... ¡y sabe que soy del Clan! —digo enfadado, entrando a casa con el sobre en la mano.

—¿Quién será y qué te habrá mandado? —se pregunta Lisa, con cierta preocupación.

Yo ya no estoy sorprendido, estoy indignado.

Abro el sobre y saco de su interior unas fotos con unas runas. Detrás de cada foto hay una traducción.

—Mira. —Se lo enseño a Lisa.

—«Torolf, el Lobo de Thor». —Lee de una traducción—. Eso me suena, estaba en el diario de Eyra, ¿no?

Asiento con la cabeza.

En otra foto leo: «Torolf nació con su hermana Moa Sann», y además saco del sobre una fotocopia de lo que parecen unas hojas bastante estropeadas.

No necesito leer la transcripción, ¡esa caligrafía es la del diario de Eyra! Parecen ser las hojas que se arrancaron de su diario.

Según aclara el anónimo, esas hojas intentaron ser quemadas.

—Lisa, léeme tú esto, no quiero leer lo que este señor haya traducido. —Y le doy la fotocopia.

—No está claro porque faltan palabras y letras. —Enfoca la mirada en el papel, entrecerrando los ojos—. Creo que dice algo sobre Torolf y Drakkar, que juegan, y algo de... una cueva... y sus ojos... No sé.

Y me devuelve la fotocopia.

—Puede... puede que Eyra conociera a Torolf y se enamoraran. —Sospecho.

—Ray, ¿vamos a tener que investigar más? —Y se le ilumina la cara.

—No lo sé... ¿y si se enamoraron pero Eyra le dijo que volvía con su marido y Torolf la mató? —vuelvo a conjeturar.

—Pero la mató un lobo o un perro. Acuérdate de las marcas en los huesos del cuello —me recuerda ella.

—Ya, pero la encontraron muerta junto a un bandido y una manada de lobos que destrozaban el cadáver del otro pero no el de Eyra —recapitulo—. O bien el bandido tenía un perro que mató a Eyra y desapareció después, o...

—¿O? —me anima—. ¡O Torolf era Lobo! Era del Clan y quizás, como Moa Sann, tuviera poderes especiales.

—Hay dos sospechosos; Torolf y el bandido —resumo.

—Pues del bandido no sabemos nada, ni el nombre, y de Torolf...

—De Torolf hay que investigar. —Le sonrío.

La cojo de la mano y salimos de casa, con nuestras bicicletas, en dirección a la biblioteca... para investigar.

EPÍLOGO

¿Por qué se fue? Yo sé cómo me miraba, y lo noté. Ella es la respuesta, con ella el Clan podría crecer y ser como Madre me decía que fue.

Su hijo no me importaba, no era problema, lo hubiera querido como a ella e iba a ser del Clan.

¡Qué dolor! Algo me muerde el cuerpo. Pero estoy con la manada y ninguno me ataca, ninguno se altera.

¡Ah!, no puedo evitar bramar, y cae un relámpago en la montaña.

¡Más dolor! Me duele el pecho, las piernas... ¡otra vez! Y caigo al suelo, retorciéndome.

Sorprendentemente, ese horrible daño, tan intenso, se me pasa rápidamente. Me transformo en Lobo y subo la montaña corriendo. Algo ha pasado, algo grave...

¿mi hermana? Ya es vieja, quizás... Pero siempre se ha cuidado bien.

¿Y si esa embarazada le ha hecho algo? Pero no parecía tener malas intenciones, era una Skjaldmö. Son bruscos, pero su instinto sanador no les permite tener mal corazón. Sus ojos emanaban calor, pero no odio.

Al fin llego a lo alto de la loma y miro hacia mi hermana. Huelo a... ¡sangre! ¡No!

Aúllo. Aúllo con todas mis fuerzas y Thor me contesta acumulando negras nubes y golpeando su martillo.

Aparecen, tan fríos como siempre, con el rostro sin expresión alguna. Son casi de color blanco, esta vez me cuesta verlos más que en otras ocasiones. Los Espíritus del Clan antiguo.

—Tu hermana ha muerto en las fauces de un oso —me dicen ellos—. Ve a buscar a la Skjaldmö y protégela. No todos los del Clan estamos unidos, no todos los del Clan sabemos pasar desapercibidos... Búscala y protégela. Y solo así podrás estar con ella para siempre.

Despierto del trance, empapado bajo la incesante lluvia y los truenos. Han pasado horas, o quizás días; nunca lo sé cuando me sucede.

Aúllo y reúno a algunos más aparte de la manada habitual de mi pequeño valle y busco el olor de Eyra. Está lejos, bastante al sur, al otro lado de las montañas, casi por la costa.

Voy detrás de su rastro, día y noche, casi sin descanso, pero en varias ocasiones pierdo su olor.

Es de noche y creo haberla encontrado. ¡El caballo! Está solo, sin ella... ¿dónde está ella? Hoy, caballo, no es tu día de suerte. Si a ella ya no le eres útil, nosotros podremos aprovecharte.

Lo devoramos bastante rápido. Somos unos cuantos y llevamos tres días sin alimentarnos.

Salimos de aquí antes de que cualquier hombre de granja, humanos domesticados, decidan darnos caza.

Vuelvo a encontrar su rastro que cruza diferentes aldeas e incluso grandes poblados. Nosotros no debemos, solo podemos rodearlos.

Y lo huelo... huelo que ha enfermado y que no nos ha llamado para darle calor. Es una mujer testaruda, pero seguramente lo haga por su hijo. Lo pude oler, es hijo del Clan.

Mis lobos se percatan de algo, están inquietos... y entonces yo también lo oigo, ¡nos llama! ¿Por dónde? ¿Qué atajo has escogido, Eyra? Corro hacia ella ladera arriba, sin darme cuenta de mi forma humana.

Al fin la oigo más cerca, está agotada y lo huelo desde aquí. Ese metálico olor, caliente... Me transformo y corro lo más rápido que puedo. A mi manada, que se cae a trompicones ladera abajo, se le une otra más. Su aullido ha sido efectivo... y por lo que veo tardío.

Ella está cubierta de sangre, alanceando a un Lobo, tal y como me dijeron los antiguos del Clan que iba a pasar.

Me abalanzo sobre el pescuezo del asesino pero ella ya no respira; la ha degollado con los dientes. A él a penas le queda aire en sus pulmones ya, atravesados por el garrote de la mujer.

No hay nada que hacer. He fracasado. Ella... Eyra tenía la respuesta y yo tenía que estar con ella, tenía que hacerla mía. Era para mí y yo para ella.

Huyo a los bosques, dejando a mi manada con los muertos. No la tocarán a ella, de él igual no dejan ni los huesos.

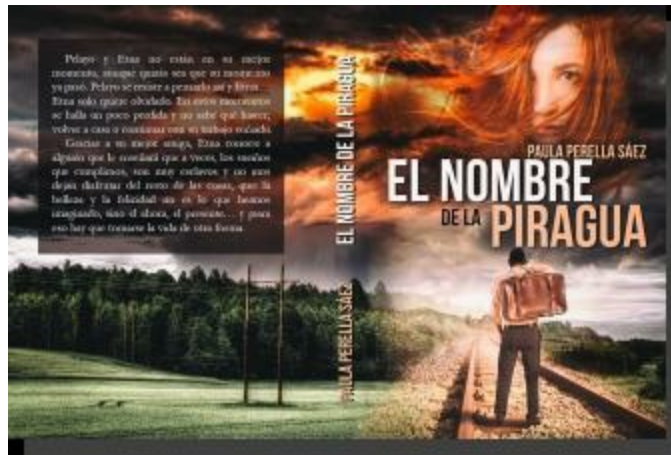


Paula Perella Sáez nació en Zaragoza en 1986. Ya desde joven plasmaba su creatividad en relatos cortos y dibujos. Siempre le interesaron las ciencias de la salud, por lo que las estudió en la Universidad de Zaragoza. Sin embargo, su inquietud le hizo evolucionar hacia las Terapias Naturales.

Su primera novela ***El Nombre de la Piragua***, no vio la luz hasta Enero 2015 pese a que la escribió durante la carrera universitaria.

Tras el éxito de la publicación de ***Lunar de media luna*** en Octubre de 2015, hizo una exposición de esta novela con el dibujante Diego Nicolás en el Consejo de Juventud de Zaragoza. Gracias a esta exposición la novela fue recomendada a colegios e institutos de la zona. Poco después formó parte de un jurado en un concurso de literatura organizado por el Centro Cívico La Almozara.

El nombre de la piragua



Pelayo y Etna no están en su mejor momento, aunque quizás sea que su momento ya pasó. Pelayo se resiste a pensarlo así y Etna... Etna solo quiere olvidarlo. En estos momentos se halla un poco perdida y no sabe qué hacer; volver a casa o continuar con su trabajo soñado. Gracias a su mejor amiga, Etna conoce a alguien que le enseñará que a veces, los sueños que cumplimos, son muy esclavos y no nos dejan disfrutar del resto de las cosas, que la belleza y la felicidad no es lo que hemos imaginado, sino el ahora, el presente... y para eso hay que tomarse la vida de otra forma.

[Disponible en Amazon y en Taj Mahal Cómics](#)

[1] Manera de contabilizar la población mediante el número de chimeneas en funcionamiento durante los inviernos.

[2] El pueblo lapón o sami habita en una región que se extiende por el norte de Noruega, Suecia, Finlandia y la península de Kola, al noroeste de Rusia.

[3] Tiendas sami hechas antiguamente de piel de reno sobre largas ramas dispuestas en forma cónica.

[4] Región de la extremidad posterior de los animales, correspondiente a la zona que queda entre el costado y el muslo.